

# Rusticatio Mexicana

Rafael Landívar

Traducción de Ignacio Loureda



BICENTENARIO  
**GUATEMALA**  
1821-2021



LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 2

# Rusticatio Mexicana

RAFAEL LANDÍVAR



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA  
“LUIS CARDOZA Y ARAGÓN”

861

L257

Landívar, Rafael

Rusticatio Mexicana / Rafael Landívar.—

Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes de  
Guatemala, Tipografía Nacional, 2021.

184 p.; (Colección: Lecturas Bicentenarias, N.º 2/21)

1. Poesía guatemalteca

2. Literatura guatemalteca

I. t.

PRIMERA EDICIÓN | Bolonia: Ex Typographia S. Thomæ  
Aquinatis, 1782.

*Obra de dominio público.*

© Por la presente edición, Ministerio de Cultura y Deportes  
de Guatemala, 2021.

\* EDICIÓN AL CUIDADO DE EDITORIAL CULTURA \*  
Francisco Morales Santos—Carlos Arrazola, asesor  
editorial—M. A. Guzmán, P. Méndez-Moreno;  
S. Alaya, K. Contreras, M. F. Toledo, corrección—  
M. Díaz, W. González, A. Reyes, diseño de  
colección—A. Reyes, ilustraciones de portada.

Impreso en Guatemala  
*Printed in Guatemala*

ISBN | 978-9929-774-42-1

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, binario u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

RAFAEL LANDÍVAR

# Rusticatio Mexicana

Selección de

Francisco Morales Santos

Traducción directa de la segunda  
edición de Bolonia (1782) por

Ignacio Loureda

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Felipe Amado Aguilar Marroquín  
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo  
VICEMINISTRO DE CULTURA

Luis Adolfo Mijangos Recinos  
DIRECCIÓN GENERAL DE LAS ARTES

Esta colección es posible gracias  
al apoyo del Banco de los Trabajadores

Guatemala, 15 de septiembre de 2021

Estimadas amigas y amigos:

La conmemoración del Bicentenario de nuestra Independencia patria se constituye como una inmejorable oportunidad para que, como guatemaltecos, reflexionemos sobre los retos que hemos superado y, a partir de estas experiencias, construir juntos las condiciones necesarias que nos permitan transitar, como conciudadanos de esta bella patria, hacia el bienestar y el desarrollo del país.

En el marco de la conmemoración de esta fecha, el Gobierno de Guatemala a través de Editorial Cultura y el Banco de los Trabajadores, se complace en presentar la colección *Lecturas Bicentenarias*, la cual nos permite hacer un recorrido histórico por algunas de las principales obras de las letras guatemaltecas.

La publicación de este catálogo de obras es el resultado de un minucioso trabajo de selección, edición y diseño —liderado por el Ministro de Cultura y Deportes—, cuyo principal objetivo es el de reconocer el extraordinario aporte de

nuestra literatura a la literatura universal y contribuir al entendimiento de los distintos procesos que han configurado nuestra historia.

Les invito a conmemorar esta fecha a través de la lectura de estos fascinantes títulos, esperando que puedan compartirlos con familiares y amigos, a fin de contribuir a su amplia difusión, y que entre todos generemos un acervo que nos permita reconocer y apreciar la tradición literaria guatemalteca.

Atentamente,



Alejandro Eduardo Giammattei Falla  
Presidente de la República de Guatemala



LECTURAS BICENTENARIAS:  
UN RECORRIDO HISTÓRICO POR  
LAS LETRAS GUATEMALTECAS

La obra que tiene en sus manos forma parte de la colección literaria Lecturas Bicentenarias, un homenaje y reconocimiento por parte del Ministerio de Cultura y Deportes a los hombres y mujeres que a través de sus letras han enaltecido el acervo cultural de Guatemala a lo largo de su historia. La colección forma parte de los actos simbólicos de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, y tiene como fin resaltar la riqueza literaria que se ha producido en el país desde antes de ser una nación independiente.

La historia política de Guatemala ha sido registrada en diversos espacios, en donde miles de hombres y mujeres han plasmado sus ideas, propuestas e impresiones sobre lo que significa este país, su gente, su identidad, su esencia y sus contradicciones. Políticos, intelectuales y artistas, cada uno desde su perspectiva ideológica y visión personal, han contribuido al enriquecimiento de las letras guatemaltecas y aportado a la literatura universal.

Esta colección no es una lista definitiva, ni mucho menos; es apenas una reducida muestra de algunas de las obras más emblemáticas. Faltan muchos nombres, pero no sobra ninguno. Desde la primera traducción al español del *Popol Vuh*, libro sagrado del pueblo K'iche', hasta *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)* —un recorrido histórico del antes, durante y después del proceso de emancipación—, especialmente escrito para conmemorar la efeméride por el maestro Enrique Noriega.

La línea gráfica de la colección se inspira en el majestuoso diseño arquitectónico del Centro Cultural Miguel Ángel Asturias, una de las máximas expresiones artísticas del país, que forman parte de nuestra identidad.

Guatemala, 15 de septiembre de 2021.

## PRESENTACIÓN EDITORIAL

La tradición literaria de Guatemala es una de las más complejas, ricas y extensas de la región. Parte de la oralidad primigenia hasta alcanzar el texto escrito, atravesando y testimoniando su tiempo; a la vez que se asienta en la amplia diversidad de espacios culturales y lingüísticos sobre los que se cimienta la identidad de la nación.

En torno a los títulos que integran esta selección titulada *Lecturas Bicentenarias*, es necesario manifestar que, dado el contexto antes mencionado, resulta difícil hacer justicia a la totalidad de autores destacados en narrativa y poesía, por lo que todo intento antologador no es sino una aspiración, en lo posible, a resaltar los relieves del mapa de la literatura guatemalteca.

Esto no impide que, con motivo del Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, nos hayamos propuesto integrar esta colección, de modo que sirva como una muestra representativa de los últimos siglos de la literatura nacional.

En tal sentido, este esfuerzo editorial abarca la antigua historia de los pueblos de Iximulew, la colonia, el proceso de independencia, el modernismo, las vanguardias estéticas y el pleno desarrollo de una variedad de estilos e influencias a lo largo del siglo XX.

El primero de los libros que conforman estas *Lecturas Bicentenarias*, redactado en el siglo XVIII, recupera la palabra milenaria de los pueblos mayas y evidencia la continuidad de la antigua expresión poética mesoamericana. Para suerte nuestra no fue Diego de Landa, sino el dominico fray Fran-

cisco Ximénez (1666-1729), quien como párroco de la iglesia de Santo Tomás Chichicasteñango conoció el manuscrito original en k'iche' del libro que hoy conocemos como el *Popol Vuh* y lo tradujo al castellano.

Casi medio siglo después, en 1767, como resultado de la expulsión de los jesuitas en los territorios bajo el dominio de Carlos III, Rafael Landívar (1731-1793), miembro de la compañía, se exilió en Bolonia, donde escribió en latín eclesiástico una de las obras fundacionales de la poética de la Nueva España, la *Rusticatio Mexicana —Por los campos de México—*, título con el que se propone nombrar los reinos ocupados de dicha región, tal y como el mismo lo manifiesta al escribir:

*Intitulé este poema Rusticatio Mexicana, ya porque casi todo lo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.*

*Mas en este opúsculo no tendrá cabida alguna la ficción, si se exceptúa la que presenta a los poetas cantando a la orilla del lago mexicano. Lo que vi, refiero, y lo que me han manifestado testigos oculares, por otra parte veracísimos. Cuidé, además, de verificar lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares.*

Seguido de este magno poema, se revisita las obras de tres representantes del siglo XIX: María Josefa García Granados —*la Pepita*— y José Batres Montúfar, cuyas infancias transcurrieron en la última noche del período colonial; y José Milla y Vidaurre, nacido justo un año después de la declaración de la Independencia.

La Pepita (1796-1848), nacida en España, es por derecho propio una figura fundamental para la poesía satírica y polémica.

mica, además de ser el primer antecedente documentado del feminismo guatemalteco, tal y como lo afirma la académica Aida Toledo en las páginas preliminares del volumen que reúne su obra. Por su parte, José Batres Montúfar (1809-1844), miembro de un familia aristocrática en descenso, políglota, ilustrado en la poesía europea, dejará una obra breve pero considerada central en el canon de nuestra región, en especial por sus *Tradiciones de Guatemala* y por el que es, probablemente, el poema más memorizado en la historia del país: “Yo pienso en ti”. La obra de este poeta fue recuperada gracias al esfuerzo de su amigo José Milla y Vidaurre (1822-1882), quien, por su parte, con sus novelas de carácter histórico es el primero en cultivar de manera sistemática el género narrativo.

En estos tres autores se evidencia una cultura muy amplia, un lenguaje puro y una imaginación aguda, que más que mover a los lectores a la hilaridad los lleva a conocer ciertas peculiaridades de la sociedad en las que les tocó vivir.

En el alba del desarrollo de la literatura guatemalteca de comienzos del siglo XX, resalta la influencia de varios escritores latinoamericanos; siendo el primero de estos el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), cuya primera estancia se registra entre junio de 1890 y agosto de 1891, con visitas recurrentes entre 1892 y 1915, quien además, con apoyo del Estado guatemalteco, fundó *El Correo de la Tarde* en diciembre de 1890, diario que, a pesar de su corta vida, registró el encuentro entre el padre del modernismo y la emergente figura de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Al destacar rápidamente como periodista, Gómez Carrillo encuentra en este espacio la oportunidad para salir de Guatemala e iniciar su trayectoria como corresponsal y trotamundos, que lo llevó a ser reconocido como el “Príncipe de los cronistas”. Su bibliografía registra alrededor de ochenta libros, de géneros variados, y su labor periodística abarcó paí-

ses de Europa, África del Norte, Asia y América, estableciendo un estilo propio por el cual fue elogiado en innumerables prólogos, estudios y reseñas de autores como Benito Pérez Galdós y Maurice Maeterlinck. Así mismo, en España dirigió la revista *Cosmópolis* (1919-1921) donde abrió las puertas a las primeras publicaciones y traducciones de jóvenes escritores latinoamericanos de la talla de Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro y Enrique González Martínez.

Ante la irrupción del modernismo y de las vanguardias estéticas, Guatemala aporta una serie de escritores, de los cuales rescatamos para este tramo de la colección a Rafael Arévalo Martínez, Miguel Ángel Asturias, César Brañas y Luis Cardoza y Aragón.

Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), el gran escritor modernista, realiza una mordaz sátira al sistema político de su tiempo con *La Oficina de Paz de Orolandia*, aunque su fama como gran prosista ya era ampliamente reconocida en el continente desde la aparición de su cuento “El hombre que parecía un caballo” en 1915. Miguel Ángel Asturias (1899-1974), el Gran Lengua, posiblemente el más universal de los escritores guatemaltecos, segundo escritor latinoamericano en ganar el Premio Nobel de Literatura, recrea un universo simbólico que rompe con las formas establecidas, convirtiéndole en uno de los pilares del realismo mágico. César Brañas (1899-1976), por su parte, fue un escritor prolífico quien desde su posición en *El Imparcial* impulsó el discurso literario emergente de la Guatemala de su tiempo. Sus libros *Viento Negro* y *Figuras en la arena* constituyen los más destacados de su extensa obra poética. Sin embargo, hemos optado por recuperar una faceta menos conocida de su escritura, como lo es su narrativa corta. Finalmente, cerramos la sección dedicada a los albores del siglo XX con una selección poética de Luis Cardoza y Aragón (1901-1992), con la intención de

evidenciar el papel y la influencia de este gran autor en los movimientos posteriores, tendientes a la vanguardia y experimentación, que surgirían a lo largo de la segunda mitad de la centuria.

A partir de este momento, se abren paso un sinnúmero de hombres y mujeres como Manuel José Arce y Valladares (1907-1970) —quien vuelve al verso clásico español—, Humberto Hernández Cobos (1905-1965) —cuyo poema *El Resucitado* publicamos con un riguroso estudio de la poeta y crítica literaria Delia Quiñónez—; Francisco Méndez (1907-1962), quien en *Cuentos de Joyabaj* recupera una parte importante de la oralidad de los pueblos del norte del Quiché; y Augusto Monterroso (1921-2003), premio Príncipe de Asturias de Letras del año 2000, máximo exponente del cuento corto, tanto dentro como fuera de las fronteras de nuestra lengua.

Gracias a los cambios suscitados durante los años 40 y 60, el clima literario guatemalteco ve surgir un estallido de voces y movimientos generadores de obras que serán relevantes para comprender las décadas siguientes. Para esta segunda mitad de siglo, incluimos textos de tres de las máximas exponentes de la poesía de su momento, protagonistas privilegiadas de los cambios que darían forma a nuestra sociedad actual: Margarita Carrera (1929-2018), quien además de ensayista y académica reconocida, fue consagrada por su desbordante y melancólica poesía, sobre todo por *Del noveno círculo* (1977); Ana María Rodas (1937), quien se catapultó al escenario de la literatura latinoamericana con *Poemas de la izquierda erótica*; e Isabel de los Ángeles Ruano (1945), poeta inabarcable, dueña de un exquisito lirismo que surca entre lo clásico y lo contemporáneo.

El viaje por la literatura de nuestro país continúa con *Cárcel de árboles*, una de las obras más representativas de Rodrigo

Rey Rosa (1958); y finaliza con dos obras que presentan una nueva escritura: *Eva y el tiempo* de Lorena Flores Moscoso (1974) y *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas* de Sabino Esteban Francisco (1981), escritor q'anjob'al, uno de los representantes más recientes de la continuidad de la poesía maya; cerrando así, el ciclo iniciado con el *Popol Vuh*, mas no la colección, a la cual se suma un estudio titulado *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)*, comisionado al poeta Enrique Noriega, con el fin de dar contexto a estas obras y de hacer un sumario desde la visión histórico-política del devenir del proceso de Independencia.

Así pues, *Lecturas Bicentenarias* es tan solo una breve panorámica de las obras que conforman nuestra tradición literaria, mas su importancia es de primer orden, tanto por la diversidad de obras como por el número de autores que la integran.

Estamos conscientes de que faltan muchos nombres importantes y esperamos la oportunidad para seguir añadiendo obras que permitan poner a disposición de los lectores guatemaltecos aquellos libros fundamentales para entender nuestro presente, desde el entramado de la memoria colectiva y la historia que compartimos.

El editor.







## AL QUE LEYERE

No voy a mal pergeñar aquí el prólogo del libro.

Solo quiero rendir al público somera y honrada cuenta del cómo y por qué hube de poner manos al trabajo.

El señor rector de la Universidad Nacional, Lic. D. Ezequiel A. Chávez, acaba de declarar paladinamente y sin ambages ni rodeos que la Historia de la República está por escribir. El ilustre y querido maestro, Excmo. señor don Rafael Altamira, sintetizando a maravilla el estado de los espíritus y de la ciencia referente al caso, escribió en *España en América* que siendo hoy el mundo del pensamiento es fuerza revisar las fuentes de conocimiento y rehabilitar a España, en lo tocante y concerniente a su gloriosa y siempre civilizadora colonización. Ranke, en fin, había compendiado la labor del historiador, digno de tan alto y cuasi sagrado nombre, en estos términos: estudio crítico de las fuentes, concepción imparcial, exposición objetiva, representación de la verdad pura.

De suerte que, para que haya Historia, lo primero es que haya fuentes de conocimiento y como, afortunadamente, la Historia es hoy, más que nada, interna, psico-social y civilizadora, o sea exponente e índice de la fundamental ley de progreso, las fuentes internas, psicosociales y progresivas, esto es, experimentación de la ley de progreso, son las que por propia y particular manera interesan, ocupando, desde luego, entre ellas muy preferente lugar el arte, especialmente la literatura, arte bello por excelencia.

Acaso no haya en toda la numerosa, valiosa y erudita producción literaria de México en el siglo XVIII, que es por

excelencia la centuria de la cultura mexicana, sobre todo de su sistematización, difusión y nacionalización, una obra tan eminente y representativa como la *Rusticatio Mexicana* del P. Rafael Landívar, que es, creo yo, en las letras mexicanas lo que Francisco Javier Alegre en la Ciencia, si bien fue Alegre hombre tan completo, brioso y laborioso, que se llevaba por delante así la Ciencia como las Letras, habiendo logrado figurar en primera línea en el uno y el otro campo.

Y bien, los ejemplares escasean tanto, que el que yo utilicé —merced a los buenos oficios del señor Torres Bodet— es de la Biblioteca Nacional, que lo hubo a su vez del colonial Colegio Apostólico de San Fernando, según imborrable marca que el mismo libro ostenta.

Por rudimentario patriotismo y por elemental, amor a la cultura, se debe conservar la ilustre obra y esto lo logramos insertando íntegro el texto original, lo cual servirá, además de esto, para que el docto y latino compruebe el honrado, leal e intenso esfuerzo del traductor. De no hacerlo así, dentro de poco andaremos a caza de un ejemplar de la *Rusticatio Mexicana*, como andamos ya desentrañados en busca de los trabajos filosóficos de Clavijero y sin trazas de poder dar con ellos\*. En todo caso, hay que divulgar: yo vi en una cierta biblioteca de Morelia ejemplares de bellísimas oraciones fúnebres en latín, debidas a la doctísima pluma de ilustres humanistas mexicanos, que nadie cita ni siquiera conoce, y, siendo ayudante del bibliotecario de altos estudios, tuve en mis manos un ejemplar de una *Teología Dogmática* del egregio Alegre, de la cual nadie habla y que ni Menéndez Pelayo

---

\* Nota editorial: Afortunadamente, estas condiciones han cambiado, y hoy día resulta bastante fácil para el lector encontrar el texto original, en latín. Por lo que en esta edición presentaremos, únicamente, la traducción de Ignacio Loureda.

citó. No perdamos ni soterremos estas joyas literarias y científicas, que, bien mirado, ni son muestras, sino patrimonio del mundo culto.

Mas como, desgraciadamente, todavía el latín no ocupa en nuestros planes de estudios la amplitud y distinción que fuera de desear, y hasta algún tiempo estuvo en entredicho su estudio, para hacer llegar la obra a la generalidad de los lectores, era fuerza traducirla, y traducirla de modo asequible y divulgador y, naturalmente, conservando lo más posible el espíritu y colorido del original. De aquí que haya compuesto una traducción literal y en prosa.

No habrá que notar que literal no vale servil, hasta el extremo de sacrificar a la nimia y cuasi mecánica fidelidad de la versión la lógica de las ideas y los fueros de la propia gramática y léxico. Pero son estos los únicos fueros que he respetado y tan seguro estoy a este respecto que creo que, de censurárseme por algo, habrá de ser, no por falta, sino por exceso de fidelidad.

Especialmente hube de separarme, aunque levísimamente, del texto en pasajes extremadamente oscuros. La cual obscuridad la confiesa y reconoce el propio autor en el *Monitum* y llega a tanto, que en ocasiones, hubo de acompañar al texto grabados explicativos, escrupulosamente numerados y relacionados.

Aun así, no sé si siempre habré logrado dar a la versión toda la claridad que quisiera. Me esforcé por lograrlo; pero ni modo de que le hubiese dado una diafanidad que, por expresa y previa confesión del poeta, no tiene el original mismo. Una traducción en verso no cumplía a nuestro proposito de conservación y divulgación de la obra. Ya se sabe que en tales traducciones se sacrifica el contenido al metro, cuando no son sino, hablando en puridad, gimnástica métrica, raudal de más o menos bella palabrería, elástica paráfrasis, en la cual el

texto original es, si acaso, el motivo; y hasta pueden muy bien ser engañifa y embeleco para el poco avisado, especialmente si no se acompaña el texto original.

Nadie lee hoy a Homero en Hermosilla, sino en Segalá y Estalella.

Si el público me dispensa su favor, creo no será este el único trabajo de su género que haya de emprender. El campo es rico y abundoso: ahí está Alegre, que demanda imperiosamente un estudio completo de su amplia y titánica labor. Solo se necesita esfuerzo, esfuerzo que yo debo a la cultura de la República.

Ignacio Loureda  
México, junio-agosto de 1924



## Dedicatoria y advertencia





## A LA CIUDAD DE GUATEMALA

Salve, madre querida, dulce Guatemala, salve; encanto de la vida, fuente y origen de la mía. Cuán grato es, augusta, recordar tus prendas, el templado clima, fontanas, rúas y lares. Paréceme ya distinguir las frondosas montañas y las campiñas verdes por el perenne don de la primavera. Mil veces se me representan en la mente los ríos, que corren de una a otra parte, y las márgenes cubiertas de sombrosos árboles; luego el interior de las casas, guarnecido de variado aliño, y muchísimos verjeles, de idalias rosas cubiertos. Y ¿qué, si recuerdo las espléndidas sedas de áurea magnificencia y los magníficos vellones de lana en el fenicio mar teñidos? Siempre será esto para mí pábulo del amor patrio y alivio en la pobreza. Pero me engaño. Trastornan, ay, las ilusiones el tranquilo espíritu y las vanas quimeras juguetean con mi corazón; por cuanto la ciudad, poco ha fortaleza y brillante capital de gran reino, es ahora un hacinamiento de piedras. No restan al pueblo casas, templos, calles, ni tiene por donde subir seguro a la cima de la montaña. Rueda todo muerto en precipitada ruina, cual si herido fuese por los alados rayos de Júpiter. ¿Por qué, sin embargo, me duelo de esto? Surgen ya del sepulcro las altas moradas, elévanse al cielo los arduos templos. Vierten ya las fuentes el undoso chorro, la muchedumbre llena las calles y llega ya la bienhechora paz, anhelada por los ciudadanos. Es decir, que de las propias cenizas vuelve nuevamente a la ciudad una más dichosa vida. Alégrate, pues, renacida madre, ilustre ciudad del reino, y, libre de nueva ruina, vive por largo tiempo. Y yo mismo, pronto, levantaré hasta el cielo tu glo-

rioso triunfo, de repentina muerte engendrado. Entre tanto,  
recibe el ronco plectro consuelo del dolor y sé tú misma para  
mí el galardón.

## ADVERTENCIA

Intitulé este poema *Rusticatio Mexicana*, ya porque casi todo lo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.

Mas en este opúsculo no tendrá cabida alguna la ficción, si se exceptúa la que presenta a los poetas cantando a la orilla del lago mexicano. Lo que vi, refiero, y lo que me han manifestado testigos oculares, por otra parte veracísimos. Cuidé, además, de verificar lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares.

Referente a las minas, reconozco que se echan de menos en este poema muchas cosas. Ni me había propuesto ofrecer una puntualísima idea de su beneficio; por cuanto exigiría un abultado volumen; sino solamente lo principal y más de saberse.

Finalmente, para que sin tropiezo recorras este poema, lector benévolo, quiero que sepas hablaré según usanza poética, siempre y cuando que se ofreciere mentar las vanas deidades de la Antigüedad. Santamente sé y religiosamente confieso que ningún sentido tienen estos imaginarios númermenes, con cuánta más razón fuerza y poder.

Temo, sin embargo, que, al recorrer estas páginas, te tropieces tal vez cosas un tanto obscuras; pues en asunto tan difícil, expresarlo todo en verso latino, de manera que sea visible aun para quienes ignoran la materia, ardua cosa es, por no decir imposible. Lo cual no embargante, para cuidar de

la claridad con la posible diligencia, trabajé empeñosamente en lo que ahora por primera vez ve la luz pública; volví todavía al yunque lo divulgado; en las cosas en que cambié mucho, agregué algo y quité algo. Pero es de temerse aún que me haya fatigado inútilmente y no haya satisfecho el deseo de los que ningún trabajo quieren emplear en cosas hasta por su misma naturaleza difícilísimas. Me servirá, sin embargo, de consuelo lo que, referente al particular, cantó Golmaro Marsigliano:

*Oh, cuán difícil es hallar vocablos y agregar  
cadencias en temas totalmente nuevos.  
Me faltarán muchas voces (desde ahora lo  
presiento).  
Muchas veces habrá desacuerdo entre voces  
y cadencias.*



LIBRO PRIMERO

Los lagos mexicanos



Oculte otro sus pensamientos en enigmáticas figuras, cuyos arcanos misterios nadie ose penetrar ni torturar la mente con el estéril esfuerzo; adapte luego al bruto la razón y las gratas hablas; colme asimismo de armas los campos y las tierras de mortandad y sojuzgue los reinos todos con armados escuadrones.

Delítame a mí, por amor a la tierra nativa, visitar las siempre florecidas campiñas patrias y, reunidos de todas partes compañeros, recorrer en un esquife los lagos mexicanos y los amenos huertos de Flora. Visitaré después la cima del Jorullo, reino de Vulcano, y los cristalinos manantiales, que bajan presurosos de la alta colina, y luego el purpúreo zumo, así tirio como indiano; encaminaréme en seguida con las flechas a las ciudades del castor y con la barreta a las minas y condensaré el azúcar en los moldes de barro. Luego, habiendo seguido los ganados esparcidos por la comarca, lo mismo que las fuentes, cantaré las aves y las cavernas y enseñaré los juegos.

Debiera, lo confieso, revestir el pecho de luctuoso peplo y verter amargas lágrimas; ya que, mientras en las praderas brotan las flores e irradian fulgores los astros, profundo dolor morará siempre en mi alma. Pero solo soy obligado a esconder la pena, bien que el quebranto arranque suspiros al precavido corazón. ¿A qué, pues, sacaré del pecho tristes gemidos? Subiré a la elevada cumbre del escarpado Pindo e invocaré suplicante al maestro de las Musas; pues el corazón adolorido ansía a veces la consolación.

Tú que diriges los concentos con el ebúrneo plectro y enseñas a las Musas a modular armonías, tú me asistes a mí propicio, pues que canto cosas verdaderas ciertamente, aunque sin duda que peregrinas, e, invocado, otórgame apacible melodía.

Había lejos de aquí una ciudad, conocidísima en las tierras occidentales, México, espaciosa y poblada, en habitantes y riquezas magnífica, dominada en otro tiempo, durante largos años, por los naturales del país. Mas al presente los hispanos sometidos los pueblos por la guerra, empuñan el cetro y gobiernan con soberano dominio la ciudad. La cual ciñen con sus límpidas aguas varias lagunas, que dulcemente mecen los esquifes con la blanda corriente. No es, sin embargo, mi intento celebrarlas todas en mi canto; por cuanto las que, distanciadas, miran más de lejos a la ciudad, ni están henchidas con tan abundoso caudal que la fama las celebre, acudiendo las gentes en gran número, ni alimentan en sus aguas peces de brillante escama, flotantes erillas de flores y bandadas de ánades. Empero, la que quiebra los purpúreos rayos de Febo, cuando torna de las sombras, y la que se desvía hacia al austro (a quienes el río sinuoso otorga proporcionado tráfico) abundan en olas y baten las espumosas orillas, delicia del pueblo y gala del florecido campo.

Alzanse junto a estas unas ciudades de frondosas riberas, las cuales dieron ambas nombre y fama a la laguna. A esta llamó Chalco, Texcoco a aquella remota antigüedad, con vocablo de la lengua vernácula tomado. Luego prefirió unas linfas a otras con justa diferencia y, cuerda, ensalzó con diverso honor; pues, bien que ambas ofrezcan parajes resguardados a las angostas navecillas y guarden la ciudad a manera de altos muros, con todo cautiva a los ciudadanos la argentada Chalco, por alimentar en sus claras ondas lozanas mieses y amenísimos verjeles, entretejidos con las hojas de los árboles; principal gloria del lago y deshonor del campo cultivado.



Acumula este aguas dulces en el vasto álveo; pues reúne por los encubiertos canales los apacibles riachuelos, así como pequeños arroyos innominados y límpidos ríos, que ondean por la pradería cubierta de césped. No lanza allí Eolo al impetuoso aquilón o al vendabal, ni el euro y el céfiro se retan, luchadores, a encarnizada lid con furiosas borrascas. Al contrario, acallados los silbidos y ahuyentados los vientos a sus cárceles, serena bonanza se extiende por las claras linfas.

Empero, por más que Chalco superabunde en tan grande cantidad de agua, mana, sin embargo, en medio de las ondas una clarísima fuente, que ni la ribera mezcla de dorada arena ni los campos labrantíos afean con manchado barro, sino que el agua es tan pura, tan límpida, tan cristalina que, con fácil mirada, se pueden examinar y contar aun las más pequeñas guijas que caen al fondo. Mas este raudal, que salta de tan profundo abismo, lanza la fresca agua de arte que, con ciego ímpetu, sube a la superficie y se extiende luego en vastos círculos. A la manera que, en otro tiempo, el griego Alfeo en las esponjosas riberas, tras haberse escondido precipitadamente en la tenebrosa gruta, corría deslizándose con rápido paso en medio de las sombras bajo el inmenso piélagos y las sonoras olas, hasta poder tocar los confines sicilianos, lanzando, oh Aretusa, en tu desembocadura el argentado caudal; así aquel raudal sigue ocultos caminos, hasta que, fugitivo, llega a las anheladas auras.

Mas es dudoso de donde se deriva su perenne nacimiento o con qué ímpetu brotan las linfas que luchan por salir. Hay, en efecto, quien afirma conocer por seguros indicios que el aire, encerrado en escondidos canales, se condensa con el frío invernal en varias partículas, las cuales han de ser luego en las praderas apacibles corrientes y aun abundosos riachuelos sobre los quebrados riscos. Si no es más bien que el agua, deslizándose bajo las tenebrosas cavernas del mar, busca desde

allí salida por las angostas hendiduras, hasta precipitarse a los campos, dejando bajo tierra la sal y el salobre sabor; colmar las fuentes y lagos y refrescar las plantas con la sabrosa dulcedumbre. O bien que las regadoras fuentes traen seguro origen de las altas montañas, cargadas de lluvia y de hielo. El cual parecer y opinión es admitido como más fundado por aquellos a quienes la naturaleza descubrió sus admirables secretos y manifestó los difíciles orígenes de nuestro manantial; por cuanto, bien que el campo separe los repechos de las aguas y ninguna colina se eleve en la abrigada pradera; con todo, montañas gemelas alzan las altas cumbres, vecinas a las estrellas, retadoras del cielo, cubiertas siempre por el nevado aquilón de hielo que, endurecido, se eleva en muchos codos. Derretido lentamente por los vientos y por el calor de Febo, resbala y va a caer a la falda de la montaña penetrando a los escondrijos, hasta que, formado rápidamente como un enjambre de gotas, brota impetuoso y triunfa veloz de las palustres aguas.

Agrégase a este otro prodigio, más extraordinario que el cual, no hay; singular, inusitado, de perpetua nombradía. Una elevada cruz, de níveo y macizo mármol cortada y por la diestra del artista y el rigor del hierro bruñida, yérguese sumergida en el fondo del corriente manantial, clavada en el suelo y tan porfiadamente fija que no puede arrancarla ningún esfuerzo o traza. Mas el suceso, el principio de la obra, olvidáronlo las antiguas crónicas. Calle en lo sucesivo Apolo cirreno las fuente Castalia y desdeñe Júpiter Amon las líbicas olas o los pródidos manantiales que donó la clara Aretusa. Cada uno de los númenes fluviales calle sus fuentes y magnifique la fama solamente las aguas mexicanas, a quien dio ilustre nombradía la señal de los cristianos.

Ahora bien, pues que conceden los astros mar tranquila y las azuladas aguas empujan suavemente las angostas naveci-

llas, sacaré presto de la ribera la pequeña chalupa, para visitar los huertos dotales de la bella Flora, que los indios, en lengua vernácula, denominan chinampas. Pero tú entre tanto, oh bellísima esposa de Céfiro, que, ataviada con pintadas rosas, reinas sobre los campos, dime quién confió las flores a las fugitivas olas y sometió el borrascoso mar a la agricultura; ya que, por merced tuya, los pomares ríen en sus yemas.

Los mexicanos erigieron primeramente en medio de la laguna la ciudad, que sin embargo había de ser, transcurridos algunos lustros, capital de gran imperio. Pero con tan gran suntuosidad la ilustre nación edificó los templos de los dioses, los alcázares de los reyes, los palacios y las casas, y tanto aumento en breve tiempo, que inspiró ingente inquietud al rey, a quien toda ella, por largo tiempo sometida, había pagado tributo. Es decir, que se dolía de que la gente y la ciudad se engrandecieran. Por lo cual ordenó el tirano que la triste pagara otro tributo, no proporcionado a sus fuerzas; que le presentase aromosos huertos flotantes, embellecidos con frutos y sembrados de verdes hierbas. Y si la población negaba poder cumplir entonces sus órdenes, trazaba, en castigo, destruir la ciudad y el pueblo. Prorrumpieron todos en gemidos y llenaban con el sordo rumor de los suspiros los venerandos templos de los dioses. Corría enloquecida la multitud, suelta al viento la desmelenada cabellera. Pero de todo salió triunfante la sagaz industria de la nación.

Confiados los ciudadanos en el ingenio y en el tesón del ánimo, se disponen a la empresa y, dejando sus moradas y sus ondas, penetran en los negreantes bosques y en las frondosas y fragosas arboledas, provistos de espartos tejidos, en busca de materiales. Se reparte a cada uno su quehacer y oficio: unos arrancan fáciles ramas del flexible mimbre; otros cargan las chalupas; otros conducen a remo las cargadas. Se trabaja con ardor y es grato concluir las rudas faenas. Mas,

luego que la muchedumbre juntó un acervo de bosque y con maduro consejo aprestó todas las cosas, acude en tropel y teje ligeros tapetes de hoja de árbol, semejantes a prolongadas esteras, que extiende cabe los muros; y reúne las tejidas en alta mar, dejando de una y otra parte muchos caminos sobre las profundidades. Sin embargo, para que vientos contrarios no dispersasen los conatos o el mar inclinado los socavase con las fugitivas olas, cautos hincaron en el fondo vigas de nudoso roble y amarraron con jarcia a los maderos esteras de mimbres.

Cuando advierten los mexicanos que la tarea ha sido acabada felizmente, voltean a porfía las proas hacia la costa; en seguida tornan nuevamente a los alegres campos y, extendidos por las tierras labrantías, cavan en la campiña terrenos sustanciosos para las simientes. No así solícitas liban por los floridos campos la miel las numerosas abejas, cuando fabrican en las espaciosas florestas nuevas colmenas y llenan de miel los enjambres. Luego los jóvenes, reuniendo césped, cargan las lanchas y, a poder de remos, arremolinan el inconstante mar. Pero, en llegando a los tapetes extendidos por las olas, derraman todos terrones, sin arado recogidos, y confían a la fructífera tierra húmedas semillas. Este arroja el trigo a los flotantes sembradíos, aquel se complace en esparcir la fecunda semilla de las hortalizas. Ni faltan cultivos, en otro tiempo consagrados a la Venus profana, de los cuales se ruboriza la reina del vergel, gala de la primavera. Mas, tan pronto como la multitud percibió en medio de las olas el reverdecido campo, brinca a una de regocijo con festivo alborozo y, remando y remolcándolo a flote por las cerúleas aguas, paga los arduos presentes al cruel tirano. Precavida, empero, se reserva en las ondas otros huertos, que agreguen los dones de Ceres a los botones de Flora y que, incesantemente labrados por su duradera raza, sean por la misma custodiados, cual imperecederos monumentos de su trabajo.

Y si por el contrario un pirata despojare del cultivo al huerto o viento turbulento dañare los maduros frutos, transporta por las aguas a otro lugar el pequeño campo y evita daños en gran manera sensibles el ingenioso colono. De aquí que el pueblo tenga tantos florecidos sembradíos como tapetes se ven, plácidamente flotantes sobre las profundidades.

La ribera vecina, émula, siente estos frutos, este cultivo de campo que sobrenada, y rivaliza a porfía en sus praderas con los verdes olmos y los cerezos y el fecundo peral y el bermejo manzano y el pino y el laurel y el cedro y las robustas encinas y la perenne primavera.

Y aun todavía esconde en la espesa arboleda tan gran número de aves que resuena el bosque, estremecido de la suave armonía. Por aquí la alada muchedumbre, de varios matices hermoçada, se complace en hender con las pintadas alas la región del aire, figurando alegres juegos con la canora garganta y atronando las orillas con los melodiosos trinos. Dulcemente canta el gorrión, cubierto de purpurino y extendido penacho y de sonrosado plumaje, que en torno del cuello flota. Juega asimismo el centzontle, príncipe de las aves, la más parlera de todas, insigne por la singular diversidad de cantos y desconocida del viejo mundo, el cual reproduce la voz de los hombres, de las aves y de los perros y hasta la melodía de quien acompaña el canto con la música. Ora canta a compás, ora imita al voraz milano; ya remeda al gato, ya simula el toque del sonoro clarín y, festivo, ladra y gime y pía. En la jaula encerrado, se complace en revolotear cantando día y noche consecutivamente, sin cerrar los ojos al sueño. No con tan concertados lamentos llora sus cuitas el triste rui señor cuando, perdido en las espesas sombras de las selvas, inunda de gorjeos los bosques de álamos; como el centzontle regocija con sus donaires las amenas riberas.

Esta melodía, estas ondas, estas apacibles riberas frecuenta noble juventud, en pequeños barquichuelos conducida, al tiempo en que el retorno de la primavera cubre los flotantes campos de azafranadas flores y esmalta de pintadas rosas las praderas. Embárcase cada cual con dos remeros en ligero esquife, cautivando el ánimo con la melodía de amoroso plectro, al cual responde a lo lejos Eco con confusas voces, y resuena la selva, herida del dulcísimo canto. Entonces llevan las veloces chalupas a dudosas regatas y arremolinan las fáciles aguas azulinas, suspendiendo los aplausos hasta tanto que la victoria señale la nave con el verde laurel. Bogando luego vencedor y vencidos alrededor de las erillas, penetran en los canales de travesía y discurren en torno de la sinuosa ribera, conduciendo las lanchas por los floridos campos. A la manera que en otro tiempo el esforzado Teseo en la ilustre Creta eludió, vigilantísimo, los confusos recovecos del laberinto, registrando con cauto paso los engañosos umbrales, así examina, al remar, los inciertos canales la urbana juventud, cuando recorre los vacilantes huertos.

Hay igualmente a las veces quienes gustan de pescar con el corvo metal y conducir la pesca a la sinuosa ribera, cuando, dejando atrás a lo lejos ribera y huertos, penetran con remero y chalupa en mar abierto. Entonces echan a los peces, recatadamente encubierto con engañosa comida, el anzuelo, que la fatal caña toma del redondo aparejo, e impuesto silencio, callan. Al instante apíñanse alrededor muchedumbre de peces, pero sin que ninguno sea osado de tocar la funesta comida sino que se dirigen nuevamente al fondo. Tornan otra vez de allí a poco, luego se escabullen por entre las frescas ondas y andan y desandan el camino, hasta que, forzados por el olor, muerden ansiosos la envenenada comida. Saca al punto con la caña el pescador al pescado en medio del aplauso de todo el concurso de compañeros. El pez, al morir, sacude la

cóncava nave con los temblorosos miembros, en tanto que la multitud pesca otros, aparejadas de nuevo las cañas, según costumbre. Se bambolea la chalupa con tan gran peso, recogíanse los pescadores y, recogiendo la pesca, regresan a sus hogares, cuando se aproximan las sombras del crepúsculo.

Mas cuando cesó realmente el insensato tumulto y el numeroso gentío regresó por las aguas a la ciudad, discurren serenos por la apacible quietud de la ribera los que llevan en el corazón tranquilo sosiego, a quienes fatiga el afán y es grato entregarse a la facunda Minerva. Entonces, cautivados por la secreta dulzura del húmedo campo, los poetas llenan a veces de armonía las orillas. Aquí el piadoso Carnero, en celestial amor inflamado, llora en versos elegiacos las terribles heridas de Cristo, los escarnios, muerte y la afrenta de la cruz. Allí el ilustre Abad, ardiendo en sagrado estro, cantó en verso al Señor sublimes loores. Retumbaron también con formidable canto estas orillas cuando Alegre, conocedor del apolíneo arte, cantó las hazañas del héroe hijo de Peleo y las crueles guerras. Y aun grabaron sus nombres en los árboles ribereños Zapata y Reyna y el ponderado comediógrafo Alarcón, cuando con el suave plectro sus tristes pesadumbres aliviaban. Con todo, luego que Juana deja oír sus canoras melodías, detiéndose la corriente de las aguas y las aves, interrumpiendo de pronto el vuelo, suspendidas en el aire, enmudecen por largo tiempo y parecen conmovearse los peñascos con los dulcísonos concentos. Mas para que la amarga envidia no atormentase a las Musas se ordenó a la misma aumentar el número de las hermanas aganípeas. No con tan melifluas cadencias resonaron las praderas del Caístro, cuando el nevado cisne entremezcla suspiros y cantos al morir en la ribera.

Mas ya los ríos se deslizan en rápida carrera y huye la corriente toda por el vasto canal de la laguna, que rocía lento los campos, atraviesa la ciudad y sigue diversos caminos

en las sinuosas aguas, hasta precipitarse por entre las rocas a la salobre laguna, formando espumosos remolinos por las quebradas riberas, semejante al Jordán, que, al incorporarse a las fétidas aguas del Asfaltites, pierde las dulces propias. Pues por más que los campos de Texcoco destilan arroyos de agua pura y se alimenta la laguna de agua dulce, extiéndose, sin embargo, una capa de agua por el falaz y amargo álveo, que altera los manantiales y torna ásperas las orillas. De aquí la aridez del enyerbado y la salvaje esterilidad de la maleza. No puede la tierra producir allí abundantes frutos ni pacer los ganados la gustosa hierba; pues terrible azote agosta los extendidos campos. Hasta las aguas, desvirtuadas por el salobre sabor, alejan de sus ondas a los peces de río. Y si inconsiderada ansia de la dulce Chalco arrastra a alguno, hastiado, a penetrar, nadando, a la salobre laguna, muere de fatal muerte, al tocar las envenenadas aguas.

Engañan además a los navichuelos las pérfidas olas del mar; pues apenas Apolo, mostrándose por el mar del oriente, ahuyentó las estrellas que vagaban por el cielo, así como la noche, cuando las cerúleas y apacibles aguas ostentan sus tranquilas ondas. Mas cuando en su carrera el sol transpuso resplandeciente la mitad del Olimpo, enfurécese el austro fiero y con desapoderado tumulto alborota los mares y empuja a la ribera las espumosas olas, que ora, precipitándose, se entreabren bajo las ligeras chalupas, ora, tornando impetuosas, se elevan hasta las estrellas. Cien veces azotada por ellas, cruje la diminuta chalupa e importunan a los dioses con sus clamores los marineros y, si el solícito Palinuro no enderezase el timón a la ribera, sepultarían los hados en las profundidades al diminuto esquife.

Pero tienen, sin embargo, su belleza las traidoras linfas pues, devorando el lago al canal de Chalco en la embocadura y absorbiendo por doquiera innumerables manantiales, en-



cierra en el codicioso álveo las aguas que han entrado y no permite que salga de allí por los campos gota de agua, sin que, colmado de tanta se desborde. Del mismo modo que el mar, cuando baña con sus aguas tierra intermedia y se bebe las aguas reunidas en la extendida boca del océano, sin que estas atenten contra la tierra, sin que se desborden o comiencen comunicación con otros mares.

Con todo, nada contempló el viejo mundo más gustoso que las emboscadas que la multitud de indios prepara a la nube de aves. Al principio el ánade de río, la más excelente riqueza de la laguna, atravesaba mil veces los aires y las aguas mexicanas y no recelaba los proyectiles y ardides de la población. Y hasta acostumbrada a vagar por las orillas de los lagos, burlábase audaz de los desarmados indígenas. Mas triunfó al cabo del atrevido la astucia del pueblo. Crece, en efecto, en los espesos bosques la hueca calabaza, que pende de las más altas ramas de los árboles, conveniente para Neptuno y futura botella para Baco. El astuto indio elige las mayores de ellas y vacías las echa a flotar sobre las cristalinas ondas por la parte que se reúne más numerosa multitud de nadadoras aves. Primeramente el ánade teme y espantada con cosas tan extraordinarias, llena fugitiva, la ribera con lúgubres cantos. Mas cuando ve que no reciben quebranto alguno los que vagan de una a otra parte, abandona el miedo al corazón y torna a la laguna. Nadan por doquiera, no temen ya ni turban a los que regresan. Entonces el sagaz indio acomodándose en la cabeza una calabaza vacía, igual en un todo a las demás que vagan por la alta mar, se sumerge hasta el cuello en las borrascosas olas y anda por el fondo, nunca profundo cerca de la deliciosa ribera, hasta haberse introducido lentamente entre el incauto ejército, al cual permite ver la calabaza abierta en rendijas. Oculto entonces sustrae unos y otros indistintamente, asiéndolos de las patas, los sumerge en las aguas y veloz, sin

que alguno se percate de la encubierta maña, retorciéndoles el cuello les arranca la vida con prematura muerte. Tan grande, es a saber, el ingenio del inculto pueblo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO



LIBRO TERCERO

Las cataratas guatemaltecas



Asaz de montañas y llamas, asaz de perniciosos nublados y destrucción en el poema. Nuevamente tornaré ahora en mi canto a los ríos, a los ríos que se despeñan, coronados de espuma, por en medio de los duros riscos, en donde toman el fresco las pudorosas Ninfas.

Oh hermosa cohorte de las Náyades y doncellas Dríadas, que bañáis los hechiceros cuerpos en las cristalinas linfas y habitáis el bosque y la corriente viva y el sombrero valle, decid, quién cortó precipitadamente por la desierta ribera y os adaptó los lares bajo las altas rocas, si a dicha tenéis, oh Ninfas, rocas, si es que de verdad tenéis río.

Hubo una infausta ciudad, Guatemala, de sereno cielo, abundosa en aguas, en población copiosa y fértil en frutos. Habíala erigido primeramente el indio en ameno paraje, situándola a la falda de una inaccesible montaña, cubierta de espesos árboles y de flores campestres, incultas a la verdad, pero que esmaltaban la revuelta de la colina con siempre aromos matices. Y hasta la fecunda tierra, sin el duro arado, producía pródigamente sus frutos en los huertos. En medio de los cuales y a raíz de la falda de la montaña, una cristalina fuente vierte de la roca viva undoso chorro, en donde robusta juventud huelga de alejar el calor bebiendo sus aguas y riega los pomares con el suave rocío. Esta ciudad, estos campos habitaba en otro tiempo la gente india; mas luego que los hispanos la dominaron y administraron justicia al pueblo sojuzgado, al punto una inundación, crecida con las aguas de

la montaña, sumergió los templos de los dioses, los lares de la población y la ciudad.

Resolvieron entonces los colonizadores hispanos trasladar a otra parte las ruinas de la ciudad y situarla en medio de un valle, en torno del cual sabían que se alzaban convenientemente, a manera de altos muros, montañas de excelsa cumbre que se elevaban hasta los astros, insignes por sus frondas, por sus aguas y perenne primavera. Aquí, dejando lejos los indígenas en su antigua morada, echaron los hispanos los cimientos del nuevo reino y edificaron en el vasto valle inmensa urbe, provista de rectas calles y extendida en amplia circunferencia, a la cual no atacaba jamás el contagio de cruel dolencia y no fatiga a la población ni con el excesivo calor Apolo ni el Aquilón con frío glacial. Arduos templos, de columnas cortadas de la roca, cuidadosamente labradas, resplandecen por doquiera, decoradas de coruscante oro y, además de esto, las casas, ricamente exornadas de bella magnificencia, así como la lozanía del campo y las fuentes, que rociaban las praderas, habían dado a la ciudad nombradía y gloria eterna.

Con todo, la mísera ciudad, a quien estaba reservada la destrucción, nuevamente sacudida por ingente terremoto, desmoronóse toda y se desploman indistintamente las techumbres. Abátense templos y casas y, obstruidos por rodados peñascos, no resta sendero alguno por las antiguas calles. Entre tanto un nubarrón, que entenebrece al cielo, había arrebatado al día y al sol de la luctuosa ciudad. Convirtiéndose de pronto en torrencial lluvia, afeó con la undosa corriente todos los tesoros, impregnados de cieno y sepultados en medio de la tierra y las olas. Álzase en tal punto la grito de los hombres y el lúgubre quejido de las mujeres y los suspiros inundan el cielo. Lloraron los padres al hijo, sepultado entre los escombros, y los hijos al padre y a la ciudad arrancada de su asiento.

En presencia de esta, por la parte por donde Febo vuelve hacia el Austro, alzándose una elevada colina de excelsa cumbre, pareció atravesar las etéreas regiones, tocar con su cima los astros y declarar la guerra al cielo. Establece la mole sus vastos cimientos en el extenso campo y se agranda, ensanchándose en elevaciones tan espaciosas que rodea veinte leguas. Estrecha luego su masa y, reduciéndose paulatinamente, disminuye tal volumen tanto más cuanto, más alta, busca más húmedas auras, hasta vencer, batida de los vientos, a las alígeras aves y a las espesas nubes con el soberbio cono. Cual rasga los nimbos el Olimpo con su encumbrada cima y, osando ascender a las regiones etéreas, se encamina a los astros; no de otra manera, atravesando las nubes con las copas de sus árboles, se elevan hasta las estrellas las frondosas cumbres de la airosa colina.

Mas por la parte que mira al polo glacial ártico, la colina escasea en aguas. No así por la en que el turbulento austro se encarniza con el piélagos, donde regada por caudalosa corriente, fluye a la continua y baña la corriente meridional con errabundos riachuelos. En torno de la cual, cubre la montaña con espesa arboleda un bosque de inculto ramaje y circundado de densas sombras, que las alígeras aves regalan con sonorosos gorjeos, particularmente si la hembra abriga a los tiernos polluelos. Pero cultiva el pueblo las tierras situadas al pie de la falda de la montaña y prepara las ya removidas con el duro azadón, derramando por los surcos ora tiernos frutos, ora la simiente de Ceres o bien hincando ramas cortadas del árbol. Luego hermosea con diversas flores las praderas, entremezclando violetas y caltas, nardos y lirios, que alfombran la montaña con tapiz perennemente florido. Sola reina de las flores emponzoñados los zarzales, incesantemente iguala los días con los encendidos capullos, embelleciendo con perpetuo don las praderas, de flores esmaltadas. Va, en fin, a menudo a la revuelta meridional la ingeniosa multitud, para

elegir presto del árbol las maduras frutas; pues la ardiente tierra, fértil con la abundante humedad y rica de densa sombra, produce pródigamente los frutos. Así escogía por su mano los melones, el ciruelo, las cidras, las nueces y otras innumerables frutas el pueblo indio, abundante en los continuos productos del fecundo suelo.

Ábrese por encima la montaña en grandes grietas, que se extienden por diversos parajes desde lo más elevado de la cumbre hasta el borde de la falda; pero hermoseados por matorrales de tiernecitas hojas y cubiertos de añosos robles, hasta que, despojándose del fausto por la inclinada planicie, se allana el camino y refresca las lozanas mieses con los cristalinos arroyos.

A estos tesoros agregó la sabia naturaleza singular prodigio, con el cual embellece pródigamente la alta colina; pues que, cuando Febo se acelera camino de las occidentales olas, cotidianamente una nube de cándido vellón, puesta de frente, se complace en ceñir el centro de la inaccesible montaña. Con marcha lenta al principio, avanza del húmedo austro, fingiendo encaminarse trabajosamente a la Osa Mayor; pero, encorvándose con ágil vuelta en forma de amplio arco, se esfuerza por encontrar el sol en el oriente y ciñe por largo tiempo los sombreros bosques de encino con blanco cinturón y envuelve el centro de la montaña. Mas luego que hubo rodeado largo tiempo, dando siete vueltas a Triones, la nube se dirige nuevamente hacia la aterida Osa y avanza ligeramente por las cumbres con majestuosa marcha, hasta barrerlas con la flotante sirma y alzarse más rápida a las etéreas auras.

Vióse también muchas veces cómo cándidas nubes ceñían de doble cinturón la altísima montaña, matizándola de vario color. Impelido luego por el soplo del viento, el doble cinturón camina, al occidente este, busca aquel el sol naciente y, empujado en sentido contrario, corre a la propia meta y va



su camino por la espaciosa revuelta de la frondosa montaña.

Recostada en la falda meridional de esta, hallábase una aldea, que llevaba el augusto nombre del mártir Pedro, situada bajo un sol abrasador, infestada de excesivo calor, de mosquitos, moscas y nocivas arañas; pero maravillosamente colmada de prodigios por la naturaleza.

Cerca, es a saber, de la aldea, la tierra se hiende con vasta grieta y, hendida, descubre profunda abertura, por la cual el torrente, al brotar, se estrella contra las rocas y forman los escarpados peñascos cóncavas cavernas. Ocúltala con la negrura la sabia naturaleza ni hay quien pueda escudriñar los maravillosos escondrijos, a no ser que, echando las escalas, descienda a las profundidades del valle. Empero, en hollando con sus plantas el piso de la vasta grieta, queda suspenso el ánimo, pasmado con la súbita visión de las cosas, y permanece absorto, enclavada en un lugar la mirada. Pues al instante, al pie de la alta roca, ofrécese a los ojos un desmesurado pórtico, acomodado para el yugo y de extensión de muchos codos, labrado por mano de la naturaleza y esculpido en otro tiempo en el duro peñasco. Las altas cumbres extienden los muros por las leves auras sin apoyo en columna alguna; mas las colgantes techumbres, anudadas con apretadas juntas a la ruda roca, se elevan veinte codos sobre los muros. Y aun penden de la encumbrada bóveda, vuelta la cúspide hacia el suelo, conos endurecidos, extendidos por la limpia concavidad de la amplia techumbre. Y es fama que algunos arrancados de la roca de que pendían, acarrearón estrago con hórrido estrépito. De aquí el profundo temor de cuantos contemplan la gruta. La roca, además, extendida por doquiera, penetra en los escabrosos caminos del ahondado vestíbulo, cubiertos de movibles peñascos y pedrezuelas. Está todo erizado de rocas, muros, caminos y bóveda. No así los doce reyes fabricaron en otro tiempo los famosos palacios, monumento de mag-

nífica pompa, en las orillas del Nilo, lozanas con la fecunda humedad, cuando se desentrañaban por perpetuar en doce prendas su ilustre nombre y hacer perdurar su gloria por el decurso de los siglos; como embellece la poderosa naturaleza aquella caverna de maravilla.

A derecha mano de la roca e izquierda del río, cerca de la parte en olas abundante, elévase una colina cubierta de vegetación, que embellecen muchos verdes mirtos de rizada hoja, cubre un espeso bosque de frondosos olmos y regala con sonoros trinos la alada y polícroma muchedumbre de aves. Mas la guacamaya, de hermosura y variados matices dotada, colgando invertida del tronco con las encorvadas uñas, suena ásperamente y emite por las cumbres un canto ronco y rudo. Está, no embargante, muy hermosa de mirar en la gruta opuesta, cuando, en medio de las verdes encinas y sombrías frondas, meneas la cola y enrosca los pliegues del plumaje, de cerúleas pintas y azafranado matiz salpicado, y aderezada toda ella a maravilla de purpúreo brillo. A la manera que tal vez la húmeda hija de Taumante irisa las nubes con el pluvioso arco; con polícromo manto colora la tierra, gozosa en ceñirla de bello giro y, cuanto más el hálito de la humeante tierra espesa las nubes, tanto más resplandece en el cielo la hermosa Iris; así el ave, notable por sus pintadas alas, con el nítido color matiza de variadas tonalidades todo el umbrío bosque.

A derecha mano la caverna, a la izquierda la colina, por en medio se precipita el río de undosas aguas y desciende del alto escollo al hondo valle; mas rueda la viva corriente con tan gran caudal que resuena el valle, conmovido por el ronco fragor, y retumba la caverna y el bosque con ensordecedor estrépito. La voz rehuye el oído y no se puede proferir una palabra, si no es quien se complazca en confiar sus razones a los veloces vientos. Cual en el fértil suelo de la isíaca Canope las

undosas aguas del Nilo corren por campos y rocas y, con salto que todo lo arrolla, se precipita la catarata, conmoviendo las montañas y los oídos con horrisonante estruendo; no de otra manera retumba la gruta con furioso bramido, cuando la corriente azota las rocas con las olas amontonadas. Luego que ha caído, se difunde a lo largo de la extensa superficie, cubierta de espumas por los retorcidos remolinos y siendo de temer para todos; pues, arrastrando y haciendo girar a los nadadores los sepulta bajo las aguas.

De aquí fluye rápido por entre las sombras del hondo valle, arrastrando en la impetuosa corriente pesados troncos y ahondando con la brusca caída las rocas inclinadas. Pues despeñándose el río al hondo valle, apenas advierte que está encerrado en cruel cárcel y lo tienen los duros brazos de la elevada roca, cuando al punto intenta quebrantar los ásperos peñascos y cava un enorme canal en la roca viva. Quiébrase esta en partes y con la perenne corriente ahueca umbrías grutas de eterna noche, inaccesibles a los rayos del sol y de verde musgo tapizadas, las cuales ni planta humana holló ni, desiertas, osa tocarlas con receloso paso la taimada Licisca. Por en medio de ellas se desliza veloz el río con rápida carrera, rompiendo por doquiera la corriente en los opuestos peñascos hasta que, corriendo por sobre los guijarros hasta el límite de sus márgenes, despeña, nuevamente enloquecido, sus aguas.

Pues el abismo quebranta los peñascos del fondo, horrendo de mirarse con los hirvientes remolinos y la fresca corriente, en ingentes olas encrespada, al cual se aproxima por debajo el tártaro, reino de Plutón, sombreando por doquiera la caverna con espesas tinieblas. Pero el canal, fácilmente ensanchado en enorme círculo, está por todas partes rodeado de altos peñascos a manera de muros, que, formados en otro tiempo por el violentísimo salto, separó el río nacido de la montaña, la-

brando la redonda concavidad, ocultos por muchos matorrales de frondoso ramaje, brotados de los despedazados flancos del redondo peñasco, que a veces las pintadas aves, cautivadas del dulce hechizo del paraje, alegran con el armonioso certamen de sus gorjeos. Está suspendida sobre el abismo una roca, una altísima roca, de cuya caída habría aquel de horrorizarse. Desde aquí el impetuoso río, despeñando nuevamente sus aguas, se precipita al canal y corre rápidamente con inmensa fuerza. Entonces la corriente, caída del elevado cerro, disuelve, con el soplo del viento, las aguas en mínimas partículas; con la caída, truécase toda en menuda lluvia y ondean por doquiera las linfas, a guisa de cándida nube, por las auras. Mas la profundidad, que causa terror abajo, colmada de fresca agua, resuena con hórrido estruendo, coronada alrededor de espuma por el abismo, y corroen, ansiosas las olas las ahuecadas riberas, tragando las peñas desgajadas en el revuelto remolino. A la manera que el océano, cuando trastornan a los mares los impetuosos vientos, ora, alborotado, arroja a los astros las ligeras olas, de arte que se creyera que ya el océano tocó al cielo; ora deja en seco el fondo, separadas las olas, ardiendo en vivas llamas por aterrar a las tartáreas cavernas con su fragoroso mugido; azota luego las peñas y el acantilado de la costa con rabioso furor y sumerge las naves en el sinuoso vórtice; así, ceñida por el vallado del ahuecado peñasco, la corriente azota y devora ansiosa las ásperas rocas.

Mora aquí la hija de Taumante, en el arco que a veces finge sonoro el río, herido en su precipitada caída por los dorados rayos del sol. Esto es, cuando el resplandeciente Febo se dirige en su carrera al mar hesperio y conduce a los fatigados corceles, entonces la modesta ninfa de Juno está asentada en el sereno cielo, derramando poco a poco las aguas de Iris y oponiendo el agua a los rayos, con el designio de que, refractada la luz, ostente variados colores con maravilla de Febo.

Empero, tan pronto como el río hizo salir el polícromo manto de la ninfa y royó la profunda concavidad con el reiterado choque, lleva las aguas por detrás del peñasco cortado y con rápida marcha abandona el amplio abismo. Mas, corroído por las aguas y cortada que es la roca, el canal desciende a las tártaras regiones tan inclinado que no percibe el oído ni el más leve murmullo de la corriente, sino que llega al fondo veloz y callado, hasta que, rodando a la costa del Océano Pacífico, incorpora su dulce caudal al salobre marino.

Acá se dirige corriendo todos los años la noble Guatemala, por el tiempo en que los miembros se entumescen con el frío cierzo y con el riguroso invierno languidece el césped de las praderas. Trepando por escalas colgantes a las pétreas techumbres, dominan desde el puente la corriente del río, hasta que, llegando bajo la roca, registran las cóncavas peñas, en alto la luz. Lo admiran todo, la montaña y el río y la gruta. Sellado, no obstante, el labio, siguen las señas e indicaciones, ora sea que desea algún joven saludar a un amigo, ora que, declinando el sol, quiere regresar a casa.

Callen las gentes egipcias los verdes campos, que el abundoso Nilo fertiliza con la caudalosa corriente, y el antiguo mundo las siete maravillas, a quienes la gárrula fama tributa pregón de loores. Con su hermosura excede a todos los portentos el valle, que provee a las pudorosas ninfas de singulares sombras, siempre fragantes con la odorífera vegetación de la montaña, resonando siempre con el suave canto de las aves.

FIN DEL LIBRO TERCERO





LIBRO CUARTO

La cochinilla y la púrpura





Visitados los cristalinos dominios de Neptuno y los reinos de Vulcano, armados de aterradoras cenizas, place contemplar la rósea grana con el múrice y examinar atentamente todo el artificio.

Tú, oh Virgen tritonia, que tiñes de bermejo color los mantos entretejidos de oro y huelgas de que la doncella lidia haya salido victoriosa en la aguja, dime qué región te dio próspera vida jugos y llenó el orbe de grana y de púrpura fenicia; quién los escoge en los campos; qué simiente arrojan a la tierra y con qué cultivo nacen los regios gérmenes.

Florece en la región occidental una muy noble ciudad muy poblada, adornada de bellas casas, famosa por sus mercaderías y sus magníficos templos venerable, a quien dio nombre el valle de Oaxaca. Rodean por doquiera a la floreciente ciudad campos de inmensa explanada, asaz substanciosa y de fértil gleba, donde el aire combinó el frío con el ardiente calor y sostiene, así a hombres como a ganados, con el benigno clima. Brillan los campos esmaltados con perpetuas flores, y el feraz árbol, cubierto de verdes hojas, se encorva pródigo el uno al peso de las sazonadas pomos, en tanto que el otro, precavido, te reserva tiernos frutos. Verás luego por una y otra parte cómo se elevan al cielo los sauces con la copa cubierta de follaje y se desarrollan con un tan grueso tronco que ocupan gran circunferencia en torno y obtiene el corpulento árbol una anchura de muchos codos.

En medio de ellos, destaca en los campos el rico nopal, de altura de seis codos, por débil tronco sostenido, a quien no

engalana con su frondosidad hoja movible alguna ni con su sombra ahuyenta del ganado al ardiente Febo. Mas el vigoroso nopal se cubre de carnosas ramas, entretnejidas de firme trama de fibra, de blancas púas protegidas y cubiertas de verde piel, que en la figura se parecen frecuentemente al huevo. Pero, por más que estrecha los ramos fuerte trabazón, llena, sin embargo, el interior un humor que circula por todas partes, acomodado para alimentar en algún tiempo gusanos de grana. Ni verás sin embargo, que esta hoja se cubra de ramos, sino que habrás de admirar los nacidos en la orla de las ramas, de arte que el uno corona la punta del otro con su raíz. Y aun se cubre, el árbol de flores ligeramente doradas, brotadas de la ancha hoja y bajo la misma orla, de las cuales sale el fruto, armado de densa punta y levantando la deforme flor en la elevada extremidad.

Pero si deseas hincar esta planta en los campos, ella, moderada, no te dará trabajo alguno. Toma ramos desprendidos del floreciente árbol y plántalos en la extensa campiña y, que los hayas plantado en tierra, fértil o, por el contrario, árida o bien entre las rocas calcinadas por la sedienta ansia, sacarán muy prestamente otros tantos frutos y aún más.

Esta es la antigua morada, estos los magníficos palacios de los gusanos de la grana, quienes gustan de apurar el licor de árbol y conducir por las hojas la numerosa prole. Nace esta en los ramos, de la antigua estirpe de los padres, de ingenuas costumbres adornada y de níveo color, aborrecedora de las matanzas de ciudadanos y enemiga de desórdenes y, contenta con los ramos del fresco nopal, a nadie mueve guerra, con nadie se enfada ni invade el insolente pueblo a los inermes vecinos.

La sabia naturaleza reparte toda la especie en los dos sexos, a quien concedió diferenciarse por medio de privativas señales. De aquí que marque el dorso de los machos una leve pinta roja, dejando para las hembras la blancura. Cubre a am-

bos delgadísima piel, la cual, manoseada a impulsos de cruel capricho, verás destilando con la sangre vertida.

Imítalo en la figura la cucaracha; pero este esconde la cabeza y, falto de piernas y talones, reptaba inexperto por los ramos de la rígida planta. Mas moverá los serpeantes miembros con tanta lentitud que se creería que, con indolente reposo, fortifica el cuerpo, atento a la hoja y sorbiendo el jugo del ramo.

Mas para que el insecto sorba en el árbol el rojo jugo y pueda enriquecer con la propia sangre a los ciudadanos, al retorno de la primavera, cuando Febo es propicio y huyó el invierno, cuando ríen los lozanos campos con el reverdecido césped y el calor del sol templaba las ateridas auras, la precavida industria saca en canastos, cubiertos de lienzo de cáñamo, los gusanos encerrados, que reserva en los hogares. Esparce luego varios por las altas hojas del árbol, recogiendo con blando algodón los delicados corpezuelos y uniendo la muchedumbre de hembras con los lucidos machos. Al instante, adhiriéndose obstinadamente al blando nopal y devorando con febril vehemencia los suaves ramos, día y noche bebe los jugos la argentada multitud. Aquí la frágil hembra se ayunta con los perezosos machos para sacar, puestos los huevos, inmensos enjambres por los arboles y cubre la ciudad de niveos habitantes. Esta mocedad reptaba por las hojas e imitando el ejemplo de los padres, habita los reverdecidos ramos y previsora busca con el hocico y chupa sus mieles.

Pero ¿quién hubiera de creer que la inocente familia es invadida por feroz enemigo y muere a rigor de cruel muerte? Sin embargo, apenas, ganadas las ramas, comenzó a albear cuando de pronto elevase por los espaciosos campos confusa turba y, aproximándose a las hojas el ejército enemigo, atacaba con dañados dardos a la imbecil juventud. La implacable araña enreda al insecto en su tela y, destrozándole el vientre,

sórbele las humeantes entrañas o bien los arrebatada con el porfiado pico la cruel gallina, si no es que, trepando antes por las ramas un cierto gusano extraño, roe los corpezuelos de la pacífica gente. Y aun arrebatada al insecto con los feroces picos la numerosa legión de aves y, atravesando con raudo vuelo los aires, celebra, remontándose a las alturas, el triunfo de la horrorosa muerte. Tal suele alguna vez el lobo, a impulsos del furor, forzar rapaz el aprisco y declarar la guerra a los cordeiros. Entonces dilacéralos encarnizadamente, arrebatándolos de brazos de sus madres y rabioso, con sanguinolenta boca, devora a través de los campos a los inermes, en medio de los lastimeros balidos de los restantes.

Por lo cual es preciso que no esté el campo cubierto de heces que suministran corrompido pasto a los insectos perniciosos y arrancar asimismo en torno del nopal todas las hierbas, con el designio de que la araña no escoja materiales para sus venenosas redes. Es, además de esto, provechoso que los criados se esfuercen para vigilar y alejar con el zurriago a la atrevida gallina y, si es que la araña con escurridiza planta se introduce furtivamente a favor de la obscura noche y despedaza cruelmente los gusanos, arrójala al punto de aquel lugar, echa fuera de allí las celadas y la muerte, no sea que serpee por entre las hojas su corrompido contagio.

Ni basta preservar la grana de su terrible enemigo, si no la guardas igualmente del helado soplo de los vientos y no libras sagaz a la purpúrea gente del peligro del frío. El frío, en efecto, las copiosas lluvias y los amenazadores vientos presagian horrenda ruina a la feliz juventud e inundan fieros los campos de roja sangre. De aquí que debes haber hincado las plantas a la falda de una alta colina, la cual, con la fuerte trabazón, enfrente al gélido aquilón y aleje el glacial frío de la tierna multitud. Si a pesar de todo la mocedad se ve estrechada por la estación invernal, apresta leña y ciñe de fogatas a los que se hielan, a fin

de que, entibiándose en el nutrido círculo de fuego, resistan a la muerte. Mas cuando revuelto chubasco se precipita sobre los dilatados campos o bien una nube cargada de granizo amenaza descargar sobre el ganado, guarece los gusanos con tapetes colocados por encima, como los indios tapan todos los años con amplias esteras. Pues la ingeniosa gente, hincando por todas partes maderos, que sobrepasan lo alto de los extendidos nopales, acomoda una cubierta de espesas esteras, que ora traen, ora retraen por medio de una sogá.

Así preservada la cochinilla va y viene por las verdes ramas; sus miembros nutridos durante dos meses con fresco jugo, se asemejan a los de sus longevos progenitores y en su delicado estómago transforma en rojo licor el humor sorbido en las altas ramas. A la manera que el gusano de seda, famoso por el tejido asirio, ávido del moral, alimentándose del frondoso verdor huelga de parecerse a los ascendientes en su corpulento desarrollo; transforma en su pequeño estómago las hojas adecuadas, que come apresuradamente y, transformadas, las convierte en seda; no de otra manera el nevado habitante del nopal elabora en su débil estómago del jugo un regio color. Después, tan pronto como el débil enjambre hubo criado más robustas fuerzas y colmó glotón el cuerpo de purpúreo jugo, corta el colono de raíz algunos verdes ramos, cuajados de albeante multitud de hijuelos, y los cuelga de las vigas en la caliente cocina, o bien la previsora gente preserva del frío soplo del aquilón y reserva para padres de la nueva prole los enjambres, encerrándolos en cóncavos y cubiertos canastos.

Entonces, provistos de algodón, escogen cuidadosamente los gusanos que restan en los campos sobre lo alto de la planta, para sacrificar en seguida a los míseros con improvisa muerte. Pues extiende el indio sobre tapetes los enjambres escogidos y riega cruelmente con agua caliente a la inofensi-

va muchedumbre, hasta ver que sucumben todos al rigor de dura muerte. Si no es que se prefiere abrasar sin culpa alguna a los nevados ciudadanos por ciega sed del pernicioso oro. Enciéndese en tal caso un horno de viva lumbre, hasta que esté todo resplandeciente, inflamado con el sofocante calor. Separada la lumbre, echan al horno el enjambre y, así tostado, deja allí la vida entre torrentes de sangre o, cuando menos, los esparce el indio en los amplios corrales a los abrasadores rayos del sol y los tuesta con su calor. Tal en algún tiempo el gusano de seda, que ha de perecer a manos de mísera muerte, ora se le expone por el suelo a los ardientes rayos del sol en mitad de su carrera, ora, colocado en canastos, se le arroja a las devoradoras llamas, y la vida apagada se esfuma por entre las mortíferas auras.

Cuando la cruel plebe india hubo sacrificado con los referidos suplicios a la purpúrea gente y la hubo sacado de los cóncavos hornos, la mansa cochinilla se convierte en roja grana, guardando bajo la nevada piel el bermejo color, con el que los galos, los holandeses, el veneciano, el hispano, el inglés, los rusos, los belgas y el orbe todo se tiñe.

Empero, para que esta visión de logro no turbe a alguno, sepa el tal que plugo al cielo reservar esta industria a los colonos indios. Pues muchas veces algunos ciudadanos, codiciosos del exorbitante lucro, adquirieron ansiosos con resuelto empeño purpúrea prole, con el designio de cultivarla esparcida en hojas. Mas la cochinilla, falta de las dulces ramas del pasto o víctima de gran mortandad, acarreada por los huracanados vientos, o rehusando hacer salir de los huevos por las ramas a la propia prole, burló con deplorable caso las tentativas del amo, consumiendo maligna el caudal con la estéril indolencia. La gente india, por el contrario, hecha a soportar rudos trabajos, ni palidece afeminada ante las frías lluvias ni teme a Febo, cuando blande la ardiente antorcha. De aquí que

sufre imperturbable todos los sucesos temibles, la luna y el sol, la lluvia, el frío y el calor, y guarda vigilante por largo tiempo noche y día, espantando a los numerosos enemigos de los gusanos de resplandeciente albor. Ímproba solicitud, de fijo, mas debida a tan cuantioso provecho.

Ahora, ea, y pues que la muchedumbre del Parnaso se muestra propicia al designio y descubre al ponto tranquilo el alma Tetis, recogeré por la escabrosa ribera el purpúreo jugo, de cuya desaparición, juntamente con la púrpura, se duele Tiro; pero que resplandece, mucho ha, en el hemisferio occidental.

Escóndese en las postreras tierras de América una aldea excelente y no muy alejada de las olas del mar, a la cual un río proporcionó traficar con el mar del sur y confiar a la inmensidad del océano las frágiles barquillas. Abrásase continuamente la aldea tostada por el aire ardiente; mas, abundante en fuentes y en campos de perenne verdor, amortigua el sol con la grata sombra de los bosques y refresca el calor de la multitud con las dulces frutas. Llamaron los antiguos indios a esta aldea Nicoya; pero dióle celebridad y memorable nombradía la púrpura.

Porque en efecto muéstrase erizado en la alborotada ribera del espumoso ponto un escollo, que se extiende a lo ancho, así como la fila rocosa, inmovible al furor de los vientos, si sujeto a las altas olas. Adhiérese porfiadamente el caracol enclavado en estos escollos, pequeño en volumen, en verdad, pero notable por su brillante púrpura, al cual una delgada concha suministra movible cubierta, excelentes lares, cuna y triste fosa. Esto busca el codicioso indio por la peñascosa ribera y, en habiéndolo hallado, lo arranca de la peña y lo guarda por largo tiempo en vasijas henchidas de agua, hasta acumular un montón de la reptante turba.

Tú, antes de arrancar la púrpura de las escarpadas rocas, advierte si Febe, renovada, recobra su resplandor así como

los días completos desde el primer orto del reluciente astro; ya que colma de roja púrpura los moluscos cuando, en su creciente, avanza los cuernos. Si, por el contrario, fatigada amengua su brillo y tarda declina gradualmente en su cornífero resplandor, cesa de gatear por las escabrosidades en busca del molusco, si no es que quieras tolerar inútilmente el estéril trabajo.

Ni se oculta esta prudente industria a la gente india; pues busca los moluscos por las ásperas riberas, totalmente olvidada de Febe, que otorga los dones. No saca, sin embargo, necesariamente, de las hondas vasijas ni extraerá el precioso jugo de la abierta púrpura, sin examinar primeramente el cielo con atenta mirada. Pero, cuando la luna con nuevos carros ilumina las cumbres del orbe, el pueblo, provisto de pequeñas piedrecillas, saca las conchas de la vasija y las quiebra a golpes. Cauta, no obstante, busca y descubre el purpúreo color en el lleno vientre. Luego, haciendo pasar el tejido por los abiertos moluscos, tiñe el algodón o la seda con la encendida púrpura, igual a la cual no la hubieran dado jamás las riberas de Tiro. Resplandecen las sedas, teñidas con el reluciente y vivo color, que no destruye jamás largo lapso de tiempo transcurrido, ni borran las lejías, si se le sumerge en acres aguas. Y aun, lavado frecuentemente el vestido en agua fresca, resplandece brillante y se complace en burlar todo empeño, guardando obstinadamente fijo el eterno color.

En fin, ¿quién, oh Musas, fue el primero en coger estos moluscos y en enseñar a teñir la lana con el rutilante jugo? Se dice que en el hórrido litoral del mar tiro un moloso arrebató al molusco, riqueza de los mares, y manchó de roja púrpura la golosa boca. Acongojada toda la casa, al juzgarlo herido, con ansiosa mano examina cuidadosamente la cara y el hocico del que apretaba todavía la bermeja rapiña con crujiente mordisco, y se esfuerza por lavar con agua la sangre derramada. Mas



en tanto que limpiaban los labios del perro, bañados en púrpura, tñese toda la mano y el cristalino río, y llevan una brillante marca los cándidos linos, salpicados de rojas manchas, hasta que casualmente fue posible arrancar la presa, con teñido diente retenida, y examinar detenidamente a vista de ojos el resplandeciente brillo.

#### FIN DEL LIBRO CUARTO





LIBRO QUINTO

El año



Ahora, habiendo dicho del jugo de la grana, en las altas ramas recolectado, y del sidonio, que se cría en la roca, digo de los insignes añiles, que a las tierras roturadas por el arado presenta la paciente industria de la gente occidental.

Tú, oh Diosa hija de Júpiter y linaje caro al padre, que gustas de copiar con la aguja el sereno cielo, reproduciendo las radiantes estrellas con el luciente hilo, aquí tienes cerúleos colores por el arte aderezados, con los que, mediante la famosa aguja, triunfarás del luminoso Olimpo. Mas, para que no sea que vaya a destruir ignorante tus campos, muéstrate propicia y gobierna favorable mi trabajo.

Al principio, cuando Febo quebranta las fuerzas, derretidas en sudor, elige lugares tostados por el ardor del cielo para las menudas ramas, que en el campo ya cultivado han de plantarse. Pues si el frío asedia, o desuela la enemiga escarcha los campos, escogidos acaso cuando el excesivo frío del rigor de la estación invernal, ni holgarás con las varitas nacidas de las plantas nuevas, ni las estériles yugadas repondrán los crecidos dispendios. Examina después diligente el vigor de la inculca tierra, qué semilla recibirá cultivada, qué otra rechazará inculca y con qué ganancia puede devolverte las expensas que has de erogar. Las vegas que adviertas compuestas de negro meollo, se esponjan, créeme a mí, con los fecundos terrones, ni las da mejores la naturaleza para sembrar las simientes. Y si espeso bosque sombrea al terreno escogido o bien está repleto de matorrales, entremezclados con apiñadas zarzas, con toda presteza derriba despiadadamente la selva a golpes de hacha,

arranca la frondosa arboleda juntamente con las ásperas zarzas y, una vez secadas, transpórtelas en carros la laboriosa mocedad y guárdelas en la casa, acumuladas para muchos años.

Ni esta solicitud preparará suficientemente los campos desbrozados, si no es que la muchedumbre quema en medio de las llamas los residuos de los troncos y, encendiendo lumbré al rededor, reduce el embravecido Vulcano a cenizas la hojarasca desparramada por la llanura. Es decir, que la tierra, entibiada por el étneo calor, se entreabre blanda y oculta solícita las sales en su regazo, para reverdecer luego fecunda con jugosas avenas.

Mas luego que retirado el fuego cesó la destrucción del campo y Vulcano, volviendo pie atrás; se dirigió al antro siciliano, humillan al yugo los robustos cuellos los dóciles novillos, que, con reiterada aradura, roturan los negros terrones. Si no es que se prefiere mullir las yugadas con el azadón, hasta que hayan quedado igualados todos los terrones disueltos. Menester es entonces labrar las tierras con copiosa multitud, que con la trabajosa labor acrecienta los dispendios. Pero el obstinado despropósito prefiere a menudo tal cultivo al sesgado arado y se aterra a la antigua rutina. De aquí que se observe cómo numerosa plebe, diseminada por la campiña, ora voltea las tierras con los rastrillos, ora con sus manos allana las yugadas, ora acomoda los surcos con los vigorosos brazos.

Cuando la muchedumbre de agricultores, habiendo roto la trabazón del campo, acomoda estas llanuras, para al punto confiar las semillas a la tierra, esparce por las aradas la más pequeña de las simientes (que creerías acaso la picante mostaza). Tal suele el colono, llevado de la visión de la mies venidera, derramar el dorado, trigo por las aradas. Después, tan pronto como la simiente se hinchó en el fértil seno de la tierra y desgarrá feraz las entrañas de la fecunda madre, vístese todo el campo de innumerables espigas y ríen las praderas, cubier-

tas de menudas y tiernecitas ramas. Empero, por más que las florecientes yugadas produzcan en pródiga abundancia con tan intenso cultivo y esté cubierta la tierra de hojosa sombra, no te apresures a congratularte; que resta aún al colono largo camino. Pues la hierba que primeramente brota de la semilla encierra en su tallo tan poco jugo que rara vez los provechos compensan las expensas erogadas. Por eso la juventud deja que las cañas se doblen al peso de la dorada simiente, después las siega con la corva hoz y, forzada a esperar por largo tiempo la mies venidera, se esfuerza porque el triste campo se restablezca del despojo. Elévanse a la sazón las mieses más de seis codos, vestidas de anchas hojas, que semejan a un pequeño huevo, a quien la liberal naturaleza reservó color cerúleo por encima y por debajo verde entreverado de amarillo, salpicadas de flores de encendida y rojísima púrpura. Ríe el campo y el austro, si sopla, ondula las leves avenas, a lo igual de las cerúleas olas del alborotado ponto, meciendo con sus soplos las engruesadas cañas.

Al punto la gente, armada de tajante segur, invade la herbosa mies y con maligna labor tala los lozanos frutos de los campos por largo tiempo cultivados. No siega sin embargo imprevisora todas las espigas ni despojará todos los campos juntamente con las mieses; antes bien, inteligente, no arrebatará de las tierras más hierba de la que la numerosa caterva de compañeros sumerge en el cristalino río, al extraer diligente de las hojas el azulado jugo del cortado tallo. El campesino entonces da a los segadores una yunta de mulas, para que cada uno las unza después a los carros en que se hacinan los gruesos haces, asentados con el peso colocado encima y atados por medio, y que han de ser acarreados a la casa, aun al mediodía. Es decir, que la muchedumbre de segadores, sujeta a quedarse en la ingrata labor, no estará de regreso en la morada familiar sino cuando el sol se encamina arduo a lo alto del cielo.

Entre tanto la plebe, dejando la común morada, con prolijo cuidado limpia de suciedad los pródigos estanques, que el amo preparó hábilmente, tiempo ha. Pues al punto que se disponen las tierras para la siembra de las plantas, construye el colono, con no pequeño gasto, al pie de una empinada colina, por donde fluye un río, tres estanques, de diversa cabida ciertamente, pero que solidísimos todos cierran el paso con su resguardo a las aguas después acumuladas. El más extenso, que se recuesta a filo de la falda de la colina, alza el borde más elevado hacia las altas auras y excede a los demás por sus paredes tan altas que, puestos debajo, beben de allí las teñidas linfas. El menor extiende las paredes al pie de la vasta mole de este y ofrece con borde más reducido albergue no tan amplio a las corrientes aguas. El más angosto está colocado después de este y apoyado en sólido terraplén hospeda los colores clarificados por el río. Resplandecen interiormente con el trabajo y el primoroso artificio los estanques que el ingenioso artífice pulió hasta la perfección, para que el color no se oculte en los escondrijos de la cortada abertura.

Cuando la ligera turba, habiendo recibido la corriente por la revuelta de la colina, apresta los estanques y aparta atenta las inmundicias, oprime continuamente los bordes del mayor con los manojos cortados y llena la concavidad con el precioso peso. Sin embargo, para que la hierba no flote después en las aguas que han entrado o bien, fugitiva de la pila, se sustraiga a los fríos baños, la cauta plebe sume de traviesa a la hincharla hierba por medio de vigas oblongas y la fuerza a deponer la orgullosa altanería. Derrama entonces la clara corriente, conducida por el largo canal, sobre las patentes hierbas, hasta cubrir las ramas con el peso de las vigas y pacientemente déjalas sumergidas hasta otro día. Mas cuando el día siguiente alumbró claro en la tierra y el sol sacó por el cielo los dorados corceles, el guarda registra por doquiera las aguas estancadas;



si conservan límpidas la antigua claridad; o más bien se parecen a las ramas en el verde color. En fin, luego que el agua verdea y, llena de fresca púrpura, extrajo los jugos exprimidos de la hierba, con toda presteza el guarda, abriendo el caño del pilón, manda precipitar la corriente, llenar con el verde líquido hasta la parte media del estanque puesto debajo y que las tintas aguas se entremezclen con continuo movimiento.

Pues junto a la corriente se alza una rueda giratoria, que voltea impetuosamente en torno del madero sumergido en la pila, rodeado de extensas paletillas. La cual rueda, al punto que los mozos llenan el estanque de abajo con la verdosa agua, gira fácilmente con la presión del riachuelo, que se ha hecho bajar de la colina, alrededor del eje forrado de metal y, engranando con el móvil madero, frescas sus fuerzas, mezcla desde lo más hondo las tintas aguas, hasta tanto que la hez, agitada con redoblados golpes, suelte las sales y, por su propio peso, se precipite al fondo. Cúbrese primeramente toda la superficie de azulinas espumas y el agua, hirviendo por doquiera en grandes burbujas, amenaza atravesar con atrevido salto las orillas. Mas poco a poco, evaporándose la espuma por entre las leves auras, las aguas, teñidas con el cerúleo jugo, cálmanse en las pilas y las heces de las hierbas caen precipitadamente de la alta corriente, semejando, por su espesor, cieno líquido. Recogen después el colorado líquido en una limpiísima vasija, se esfuerzan diestros por condensarlo al punto y, tentando muchísimas veces con el dedo el fondo, reconocen si se reúne el lodo formando un todo y si contiene la grana recogida bajo las aguas. Si es que todavía no nada en el fondo el cenagoso alpechín, ordena el artífice remover aún más los estanques por medio de los maderos rotatorios y repite la experiencia en la jofaina, hasta que la grana condensada se pose en el fondo de la tinaja. Entonces, suspendiendo totalmente el movimiento, quedan en calma y permanecen por largo tiempo en reposo

las aguas acumuladas en el pilón, tintas de azul celeste. Manda luego el capataz separar lentamente la compuerta, la cual separada, abre la pila desde la superficie al fondo (habíala cerrado antes con greda cernida la diligente mocedad) y al punto, suelto de grillos y cárcel, se lanza por la puerta abierta y despéñase al río. Después, arrancando esta y aquella porción de endurecida arcilla, franquean el obstruido pozo y permiten a las aguas salir del undoso pilón, hasta que el azulino lodo se esfuerce por salir detrás.

Nuevamente tapan entonces los mozos con greda la abertura y se traspasa el alpechín, recogido en tinajas de barro, al medio del más pequeño de los estanques en donde se le limpia otra vez. Forzado a ello, se posa en el fondo, y tú mismo creerías que el colorado cieno sedimenta, empapado de heces verdemar. Empero, la ilustre Guatemala apila con este lodo fabulosos tesoros y cobra auge el comercio del mundo entero.

En vaciando el ingenioso populacho las cenagosas heces de la planta, con un grueso hilo suspende de las altas vigas costales tejidos en forma cónica, de donde fluye el líquido pletórico de purificado color. Luego esta masa limosa, extraída de la bañera más pequeña, se traslada al punto a unos angostos costales; suspendida y buscando por entre lo compacto delgados caminos, filtrase gota a gota el líquido por la parte inferior y semeja por su espesor a la cera tibia.

Luego la solícita plebe extiende la blanda masa sobre pisos de tablas y, exponiéndola muchas veces al ardiente Febo, consume totalmente con sus ardores la dañosa humedad. La húmeda masa, humeando por el centro, emite ligeros vapores y un tenue humo se eleva por los aires. Al instante la muchedumbre fracciona la masa endurecida por los rayos del sol y por el incesante céfiro y la reduce a grana, llamada, del nombre divulgado de su patria, indiana.

Mas, ¿qué, si llegan en espesas nubes las lluvias, al tiempo en que Febo endurece con sus rayos el verdemar indiano? Entonces los ríos corren empapados en el glauco jugo y la grana desleída, huye por los campos rasos. Por lo cual es fuerza rodear la masa expuesta al sol de centinelas, que observen vigilantes los techados sometidos a las borrascas de Júpiter, adviertan a los compañeros de la lluvia que amenaza descargar y pongan rápidamente la masa a cubierto.

Entre tanto el populacho descarga el pilón, lleno de varitas putrefactas, y levanta una alta pila con el tallo exprimido, de donde pulula, trompa en ristre, la belicosa mosca, que osa atacar las manos de los hombres y el lomo de las bestias. De aquí que muchísimas veces verás alrededor las manos rociadas de sangre y las piernas maltratadas con excesivas heridas. Y hasta, atravesando los aires con las ligeras alas, penetra atrevidamente en las habitaciones altas de las casas y, yéndose por las oscuras hosterías, invade los manjares, afeando las mesas al mezclarse con la comida servida. Deploran la plaga y se entristecen hombres y ganados. No de otra manera que en otro tiempo, bajando de sombrío bosque, invadieron de pronto a los frigios los monstruos estinfálicos y, haciendo presa en todo, afearon los manjares con la asquerosa inundación y llenaron de triste luto los corazones. Mas para que la industria pueda ablandar la encarnizada plaga y evitar la molesta herida de la trompa, preserva la turba las manos con untura y las piernas con un delgado papel y suspende de las altas cúpulas ramas bañadas en blanda cola, que haya de buscar ardientemente con la boca el apiñado enjambre de volátiles; para que, infausto, encadenados los pies, sufra con cruel muerte el condigno castigo.





LIBRO SÉPTIMO

Las minas de plata y de oro



Contemplé ya los huertos que flotan por las ondas del lago; ya visité las yugadas del Jorullo, que despiden vivas llamas por los quebrantados hornos; y las cataratas del río que se despeña con fragoroso estrépito ; ya examiné la cochinilla y la resplandeciente púrpura, así tiria como indiana, y construí las arduas moradas con los diestros castores. Ahora dejo las auras, ahora, deslizándome a las profundidades de la tierra, voy a cantar las minas, dominios de Plutón, dominios siempre centelleantes con el reluciente metal y que colmaron prodigamente al orbe de tesoros.

Tú, que con las aladas plantas penetras muchas veces a las entrañas de la tierra, empuñando en la diestra luminosa antorcha, ven, ruégote, muéstrame el camino y provéeme de lumbre, mientras huelgo de registrar los tenebrosos escondrijos y el oro y la plata y los subterráneos reinos.

Alzase al occidente de la tierra larguísima cadena de colinas, que extiende su inmensa falda por todo el país y corta la feliz región con su pesada mole. Nacida bajo el suelo meridional de la nueva tierra, se prolonga ininterrumpida hasta la Osa escítica, apiñando innúmeras montañas de altísima cumbre, ora de bellos bosques cubiertos, ora erizadas por doquiera de peñascales, ora hasta vomitando por el cráter negra lava. A uno y otro lado se extiende la vasta llanura de los valles regados por undosas fontanas y por la corriente de los ríos, tras los cuales va la abundosa Ceres, rebotante la cornucopia. Cual se eleva a los cielos en los odoríferos campos el majestuoso Apenino y remontándose corta por medio a todos, prolon-

gándose ya a la derecha mano, ya a la izquierda, y enriquece espléndidamente los pomares con los errantes arroyuelos; tal se extiende la cordillera por los inmensos campos, viniendo a dar con sus sinuosidades a las tierras occidentales. Allí encubre inagotable todas las minas la rica América y de ella extrae laboriosa el reluciente metal.

Si te agita vehemente deseo de barrenarlas, antes de hender las entrañas de la tenebrosa montaña, mejor es reconocer las inaccesibles vetas del terreno, cuál contiene plata, cuál corresponde al amarillo oro y cuál promete en galardón pesado plomo. Pues sube la vena hasta lo más alto de la superficie de la tierra y gusta de sacar la cabeza a la intemperie. De aquí se divide en porciones, formando prolongaciones envueltas en densa obscuridad, y se extiende en diversas ramificaciones, ya esparciendo en derecha las ramas por las entrañas de la montaña, ya precipitándose al más profundo centro de la tierra. Más aún, vastamente extendida en muchos codos, a veces se endurece, comprimida por múltiple compañía, ocultando avara los tesoros bajo diversas capas. Entonces primeramente se envuelve en una capa de arena ávida de humedad, luego otra de plomo, otra después de amarilla tierra y encierra en seguida las riquezas, que ora recogerás disueltas en el horno, ora negociarás las que no compensen el trabajo, hasta ser señor de cuantioso tesoro, que habrá de extraerse por medio del mercurio de la porfiada roca. Muy frecuentemente dará sus tesoros otro filón más puro y nunca acompañado de enojosas capas; pero que, durísimo, jamás cederá al cortante hierro y sí solo al furor de Vulcano. Y si acaso, barrenando la roca, se quebranta al primer golpe, más prestamente nadarán las ciudades en fabulosas riquezas.

Sin embargo, luego que los conocedores descubrieron las venas de plata, comienzan a abrir la montaña con el duro hierro y cavan con los reiterados golpes una enorme caverna.



Pero las que primitivamente prepararon en la colina excavada, las topará abandonadas por diversas partes a lo largo del dilatado campo. Pues si bien algunas minas han dado al principio ricas piedras, ofrecen las restantes poquísimos granos de plata, jamás suficientes para compensar los gastos que habrían de erogarse. Las grandes riquezas resérvalas la tierra en sus entrañas y con ellas enriquece a quienes perforan hasta el fondo su ubérrimo seno. Por eso rivalizan todos en penetrar a poder de hierro en las profundidades, hasta lograr que la tierra devuelva con usura sus tesoros.

Mas luego que tal trabajo descubre los escondrijos de la colina y abre el sudoroso obrero los profundos antros, envuelven a todos tinieblas de horrenda noche y no se descubre sendero alguno por las hendiduras cortadas. Titubea tembloroso el pie y no es posible caminar, cuanto más dedicarse algún tanto a la ordinaria labor. Entonces es fuerza comenzar por encender teas y disipar con su llama las hórridas tinieblas, antes de que el trabajo abra las entrañas de la montaña a poder de continuos golpes de palanca. Asciede a la techumbre en apiñadas y negras espirales el humo, que lo tizna al punto todo con el negro hollín. Se ennegrecen las paredes, la techumbre y el suelo de la cueva y en breve negrean rostro y cuerpo de los mineros. Mas, ¿a qué esfuerzos no empuja la loca codicia? Obstínanse en el trabajo y, colocando teas por una y otra parte, penetran por las ennegrecidas aberturas y quebrantan con reiterados golpes los muros de la mina, siguiendo por entre cuevas y rocas las marcadas señales del reluciente filón.

Mas para que no vaya a ser que la colina, cortada la falda, se desplome con horripilante catástrofe y sepulte repentinamente en las tinieblas a los mineros, apuntala la mocedad con resistentes maderos la techumbre y encorva las bóvedas por los lugares sombríos de la montaña; para que no se endurezca

la opulenta colina con los no movidos riscos. Entonces basta con dar a la techumbre forma de arco, para que la robusta gente, alejados los peligros, se entregue a la faena.

Quebrantadas las rocas y ahuyentadas las tinieblas con la luz, muchísimas veces precipita de la alta cumbre los tesoros envidiosa fortuna, esterilizando la ardua faena. Pero, fiada en su esfuerzo, baja a las profundidades de la tierra la gente minera y sigue porfiadamente la vena con la ayuda de las escalas, hasta dar regocijada con el metal. Y si es que nuevamente el metal se precipita al orco, nuevamente al orco lo sigue la mocedad.

De aquí que muchas veces la mina semeja a grandes casas, abarcando hogares superiores e inferiores y sostenida a trechos por fuertes columnas, artísticamente labradas y cortadas de la misma roca, las cuales jamás puede el amo tocar con el hierro, por más que esté lleno de plata el opulento pedestal.

Mas tan pronto como descubrió la turba el montón del tesoro, hace alto, cava bajo la colina una gran cueva y sostiene vigilante la techumbre con enormes columnas, no sea que se desplome y perezca aplastada la mocedad. Entonces el inteligente ingeniero distribuye a cada cual el trabajo: el uno, en la diestra la tea, sirve de alumbrar; corta el otro con el pico de la barreta paredes inaccesibles y elige el de más allá trozos salientes de las paredes, seleccionando atinadamente las rocas preñadas de metal. Primeramente el minero golpea las riquezas, alumbrándole un muchacho, y parte una piedra a fuerza de reiterados golpes. Crujen los peñascos interiormente, sacudidos por el duro golpe, y resuena la cueva toda con tremendo estrépito. Tal a veces los sicilianos cíclopes, con vigoroso esfuerzo, forjan la metálica barra en los étneos antros y conmueven con fragoroso estrépito las cavernas.

Y si la maligna roca se resiste obstinadamente a la barreta, la gente minera domeña su resistencia por medio del agua

toma el que alumbra de la fresca agua a carrillos hinchados y, cuando el minero, según que es costumbre, alza los musculosos brazos, lanza con fuerza el muchacho el agua que tiene en la boca, aventando de ella la arrojadiza linfa tantas veces cuantas el minero deja de golpear con la pesada barreta, hasta que las rocas, al cabo maceradas, se desprenden del muro.

Atormentada con la traza, la roca monta rabiosamente en cólera y amenaza a los mineros con cruel desastre y muerte. En efecto, no bien rechinando los dientes se hiende, quebrantada la trabazón, cuando a veces vomita airada un negro vapor que corta el hilo de la existencia más presto que mortal herida. Mas en percatándose el minero de que despide la cortada abertura el vapor, que se espesa formando lentas espirales, hurta el cuerpo al muro y se desvía rápidamente, en tanto que el vapor busca salida por la boca de la mortífera cueva. Pero si se queda quieto y se detiene un punto, sucumbe al instante a manos de desastrada muerte. Tal en otro tiempo el Averno, profanado en sus linfas, vomitando hasta las nubes envenenados miasmas, mataba con horrible muerte las remontadas aves, si no buscaban otras auras.

Mas si por el contrario osa la roca no ceder al agua, se hace entonces absolutamente preciso domeñar su rebeldía con el acerado cincel de reluciente y aguda punta, el cual menean dos mozos, avivando el trabajo. Pues el uno acomoda la reluciente punta; bate el otro la concavidad con reiterados golpes, en tanto que el muchacho riega a bocanadas el resonante peñasco. Así taladran en la dura roca un profundo agujero, que la ingeniosa gente llena de polvo sulfúreo en más de la mitad y el resto con endurecido sábulo. Aprieta luego las materias introducidas y las empuja con repetidos golpes, hasta que semejan guijarros y se espesan, comprimidas por la presión. Pero el polvo, siempre sujetado con arena apretada, deja caer por el agujero una cola, larga y también sulfúrea, destinada a arder

después con rápida llamarada. Préndele fuego sin dilación el minero con una tea y huye con veloz carrera, para evitar el inminente peligro, guareciéndose tras de las amplias columnas. Entonces la roca montañosa, explotando con ensordecedor estampido, salta y se parte al saltar en varios pedazos.

Muchas veces también se resiste la durísima costra de la cóncava montaña complaciéndose en burlar todo empeño. Pero la gente minera, sin cejar un punto, se arma de fatales teas y coloca bajo la roca alto haz de leña, para vencer con la lumbré su obstinada firmeza. Noche y día humean las tenebrosas concavidades de la colina, hasta que, dominada de étneo furor, la roca entrega sumisa el metal que en su seno guarda.

Mas arrostraría manifiesto riesgo de perder la vida todo aquel que quisiera penetrar en la humeante mina. Por tanto la gente minera es obligada a escudriñar con precaución los escondrijos; si acaso el humo salió totalmente de las cuevas; si por el contrario se esconde aleve con perversa maña. Pues suele a veces elevarse atrevidamente a la techumbre de la cueva y permanecer durante largo tiempo oculto bajo las bóvedas. Mas cuando la risueña mocedad, habiendo descendido a las galerías, inconsideradamente agitó con su rápido paso el aire encerrado, el humo descendiendo paulatinamente de lo alto de la roca, invade todas las concavidades de la vasta excavación y asfixia en breve tiempo a la muchedumbre.

Las tenebrosas profundidades, continuamente castigadas con suplicios tantos, producen de improviso peñascos de plata y de oro, que la turba conduce rápidamente hacia arriba sobre el encorvado cuerpo, trepando por las escalas, quienes tienen oficio de cargar, o si no los vacían en grandes alforjas de piel de toro y ordenan los suban a la cumbre.

Pues tan pronto como la humedad se filtra por las profundidades de la montaña, es necesario taladrar más adelante las excavadas colinas; para que el ansioso pulmón respire las

nuevas auras, el aire renovado alimente con su hálito las teas y luego para que, bajando de la amplia abertura, haga posible distinguir los trozos rocosos en la montañosa caverna. Por eso la muchedumbre perfora la colina desde la alta cumbre, barrena las profundidades y camina por la recta galería hasta llegar a la cúspide de la cueva principal, renovar el aire de los antros y suministrarles luz. Por encima, en la boca del tenebroso abismo, los artífices sitúan amplias columnas de roca bruta, en las cuales acomodan una máquina, trabada con sólidas vigas y sujetada alrededor con resistente y retorcida jarcia, ampliamente revestida de cilindros vacíos. Y al ser movida la pesada maquina por ligeras mulas, que caminan alrededor, haciendo girar la lanza, la una alforja sube a la boca del hondo abismo, en tanto que baja la otra a la mina excavada. En ellas eleva a tierra la mocedad, al son del crujir de los maderos, las piedras arrancadas de la alta colina.

Pero muchas veces brotan del quebrantado peñasco arroyos, que inundan con su abundosa corriente las tenebrosas cuevas y que, encontrados, dificultan enojosamente la grata labor. Y hasta alguna vez colmaron los ríos con sus undosas aguas las galerías cortadas, no bastando a extraerlas de las minas bomba alguna, provista de numerosos cubos; puesto caso que manaba agua tanto más abundantamente, cuanto más la máquina absorbía la cenagosa corriente. Conviene en semejante caso tapar la cueva con rocas acumuladas, a no ser que prefieras neciamente perder tesoros y vida.

Hay, no obstante, alguna vez tal acaudalado que divide al través la colina, cavando, cortada la falda, otra amplia abertura por las entrañas de la montaña. Taladra la falda y, señalándole el imán el incierto camino, penetra a poder de barreta en las profundidades, hasta que las palancas quebranten los antros inundados y salgan las aguas, al empuje de la propia presión, aneguen las llanuras de riachuelos y abandonen la caverna.

Y si mana del antro quebrantado no muy caudalosa corriente se hace necesario entonces adaptar para las aguas una cavidad semejante a una cisterna y abrir en el suelo un profundo pozo a donde, descendiendo por obra del natural impulso, corran los perniciosos riachuelos, para acumularse, todos en un algibe común, a la boca de la quebrada y vastísima abertura. Entre tanto es preciso disponer por arriba cuerdas con sus cubos, a fin de que, apurando a las mulas con duros latigazos, la móvil serie de cubos descienda al fondo del pozo, para elevarlos luego a lo alto con su crujiente mole la bomba y arrojar el agua de su henchido seno.

En resolución, si rehusaran las aguas penetrar a este pozo, por posarse apaciblemente en una profundidad de muchos codos, levante las dormidas linfas otra máquina, acomodada sobre los pavimentos interiores de la tenebrosa cueva, la cual, provista de cubos, voltarán igualmente bajo la misma colina las mulas traídas de la boca del antro, llenando en breve la cisterna con los riachuelos, que la primera bomba extraerá de las pilas de la parte de arriba.

Sacadas las aguas del fondo al aire libre, el minero, bajo la colina, prosigue a fuego y hierro el trabajo y suben los cargadores a la abertura de la montaña todos los trozos de la roca quebrada. Por la parte de arriba y a la ancha boca de la mina, un diligente portero guarda noche y día la entrada, recibiendo fiel en ella los trozos de la excavada colina y socorriendo con pronta largueza a muchos necesitados. Ora ofrece un trozo de mineral a las almas del purgatorio; ora a Dios, al Verbo del Padre y a la Madre Inmaculada, y reparte pródigamente caridades entre los torturados por triste pobreza. El resto entrega, para que los quiebren con los martillos, a la plebe, que sabe diferenciar la piedra vana de la preñada de mineral y las conduce a otra parte a lomo de mulos, sudorosos con el peso, para que un perito en la industria extraiga de los filones los tesoros.

Mas cuando los mineros hubieron acabado la diaria tarea del amo, siguen trabajando afanosamente cada uno para sí, despedazan las rocas, desgarran las entrañas de la tierra y acumulan para sí propios desmesurado acervo de peña. Subido que es a la boca de la mina, recíbelo el portero a la orilla y leal divídelo con lisura por mitad y lo parte equitativamente en dos porciones. El minero primeramente elige para sí la una de ellas, y guarda el portero bajo techado la otra para el amo.

A veces mozuelos (que la maligna plebe apoda zorrillos) bajan a las galerías de la hórrida colina, para apañar trozos abandonados bajo el tenebroso monte; pero que han de mostrar luego al portero en los umbrales de la mina, el cual divide todo nuevamente en partes iguales. A la manera que tal vez la próspera hormiga camina por los fértiles campos y recolecta un montoncillo de farro abandonado; así escudriñan las tenebrosas cuevas los tiernos mozuelos, no aptos aún para la dura labor.

Empero, cuando cualquiera oculte para sí un trozo, si acaso puede ocultar alguno, el que alumbra, los mozuelos, el minero o los cargadores, y esconda con hábil astucia el hurto, aparte el arrojar a la turba de la horrenda mina, previamente se la pone en cueros vivos, salva solamente la ropa que vela al pudor. Lo cual no embargante, bajo la tal ropa oculta piedrecitas el cavador; en cruel herida, abierta de industria, otro; y disimula un tercero los trozos en los erizados cabellos. Pero el sagaz portero examina atentamente y esculca durante largo tiempo y con toda escrupulosidad vestido, heridas y cabellera. Lo que topa hurtado al amo, lo recoge; lo que se le escapa, guarda lo de derecho para sí el ladrón, sin que en lo sucesivo pueda el amo apremiarlo con castigos o reclamarle los trozos robados.

Es decir que siempre trabaja, por dinero, estas minas la canalla, en medio de la cual se oculta gente maleante, sujeta a muchos y grandes castigos, la cual trabaja mezclada con

la plebe. Verás allí al ladrón, por sus delitos sujeto a vergonzosas condenas; verás manos inhumanas, que gotean sangre; verás a quienes rompieron los lazos de una vida honesta, prefiriendo habitar los negros escondrijos a humillar la cerviz al sagrado vínculo. La maldad está en seguro; huelga el crimen, libre de vengador. Ni va el juez a parajes tales, para castigar a los delincuentes, si no quiere sublevar a la numerosa turba, provocar pronunciamientos y perder la vida en los campos en medio de sangrienta riña. Esta encanallada caterva habita alrededor de las tenebrosas minas y se hace de riquezas, acumulando metal, que vende al punto en los umbrales de la negreante cueva, ora sea justo salario del propio trabajo, ora más bien poco ha sustraído por arte de feas rapiñas.

#### FIN DEL LIBRO SÉPTIMO





LIBRO OCTAVO

Beneficio de la plata y del oro



Abiertas poco ha las minas, a costa de copioso sudor, reduciré a rico polvo las rocas acarreadas y me esforzaré diligentemente en extraer gran cantidad de plata y de oro de los avaros peñascos, así como en colmar al mundo entero de los tesoros obtenidos.

Tú, oh Fortuna, que con serenos ojos contemplas a los tristes y gozas en socorrer velozmente a los desgraciados, mira los miembros fatigados con la tremenda faena y los afañes largo tiempo empleados en tan empeñoso esfuerzo. Ré-sérvame fiel los tesoros alguna vez prometidos, arranca con tu diestra las riquezas de la quebrantada roca y, en tanto que la tierra brote capullos, céspedes el campo, verás mis ofrendas pendientes de tus templos.

Hay a cierta distancia de la rica mina unas prósperas posesiones, notables por sus extensos corrales y dulces aguas, de vastos portales, aposentos y espaciosos patios, en donde abraza los grandes hornos vivo fuego y el pesado molino y la máquina en hierro afianzada muelen los huesos de la colina, ricos en nítidos metales.

Hasta aquí acarrean nervudos mulos los trozos de la montaña, los cuales, ásperos, intenta al punto la plebe cortar con grandes mazas y, cortados que son por la percusión, los divide en pequeñas piedrecillas con una rechinante piedra.

Y todavía, para desmenuzar una y muchas veces los ásperos trozos rocosos, se apresta una gigantesca máquina de ferretheadas escodas de enorme peso, coruscantes con el re-

luciente metal, en torno de la cual agitan fuertemente aguas corrientes las mulas, que vuelan con veloz carrera, o bien mediante poderosa caída. Imberbe juventud, armada de palas, pone por ambos lados bajo las escodas metales, para estrujar más prestamente los ásperos trozos rocosos a fuerza de reiterados golpes y para que el movimiento de la máquina ablande la escabrosa dureza, hasta tanto que, triturada, la convierta en delgada arena y vuele tenue polvo del deshecho fragmento roqueño. Recíbenlo cajas colocadas a lo largo junto al choque de las escodas y fijadas a la máquina con fuerte lazo.

Aquella ímproba faena acarreó muchas veces peligro de la vida a los mozuelos, asesinando o los sin ventura con prematura y cruel muerte. El polvo, en efecto, entrando por las abiertas narices, invade lo alto del cerebro y arriba al fondo del pecho, cortando la primaveral existencia en punto de tres lustros. Por eso es necesario asalariar mozuelos con subido jornal, para que así se aventuren a tan grave riesgo de perder la vida.

Si alguna vez los peñascos fragmentos se substraen a los férreos golpes y resisten a las escodas con la rebelde trabazón, dómalos el molino, moviendo las encorvadas ruedas, hasta tanto que, pulverizados por el poderoso peso de la corva piedra, asciendan a modo de hálito a los aires, como finísimo polvo.

Cuando ya molidos vuelan sutilísimos por el aire largo tiempo, recógelos prontamente sobre el allanado lomo una espaciosa era, en donde la muchedumbre imita montículos con los pulverizados peñascos, los humedece con agua, hace cieno del polvo humedecido y lo salpica luego con saleros colmados. Luego que el postrimero rayo de Febo alumbró a la tierra con sus destellos, desmenuza con el talón el lodo, espeso por la densa agua salada, y mézclalo la caterva con la sal el tiempo fijado.

Entonces un conocedor de la industria investiga todas las dolencias del lodo, si la tisis aprieta al enfermo con fríos temblores, o si más bien lo abrasa la calentura. Luego disuelve en un gran vaso el salado lodo, valiéndose del mercurio, examina en seguida prudentemente el contenido del vaso, agitándolo variamente y empujando el lodo en contrarios sentidos. Entonces, fijando con el dedo el metal posado en el vaso, comienza a semejar el color del frío plomo y descubre que el líquido languidece con la fría dolencia; pero si mana leche y enturbia el agua con la blancura, averigua que el enfermo está consumiéndose con fuerte fiebre. La medicina empero acomoda oportuno alivio a las dolencias.

Si acaso tortura al metal el cenagoso frío, Macaon, docto en la apolínea ciencia, protege al aterido. Dispone piedras de cobre, machacadas durante largo tiempo con amarga sal, para cocer después la mistura en las airadas llamas, hasta que, echada en agua, haya advertido que semeja al pus y al veneno y que ensucia las aguas con su infecta podredumbre. Tiende entonces al tembloroso enfermo bajo un sol ardiente, cúbrelo de cobre y aleja la enfermedad.

La fiebre se va más tardíamente del cuerpo del enfermo; pues tan pronto como conoció que este yacía en el corral, toma aquel con la experta diestra mercurio, fuertemente comprimido en un peine de espesas puntas, para que el vigoroso riego salga a manera de granizo de la cubierta, reciamente apretada con las dos manos, con el objeto de que, entreabierta la trabazón, penetre los pasos del carbazo. Baña con este enérgico rocío los reblandecidos metales y fecunda el fósil lodo con el mercurio. Luego el sabio médico, no olvidado de la dañina calentura, alivia las abrasadas entrañas con la cal peonia.

De nuevo la turba, mezclando el cieno con los medicamentos, repetidas veces pisa con mayor ligereza por sobre

el lodo y prosigue durante diez días la trabajosa faena. A la manera que suele a veces la muchedumbre apretar por largo tiempo la viga del lagar y exprimir con los pies los racimos, hasta tanto que la uva destile el zumo; no de otra suerte la mocedad, hecha al duro trabajo, pisa muchísimas veces los montículos en los espaciosos corrales. Pero cuando alguno hubo desmenuzado el lodo con el rápido pisar, al instante la previsora gente amontona la porción en forma de cono y anota la cantidad de mercurio, cobre y sal por medio de un papel colocado en la cúspide.

Mas cuando, transcurridos que son los días, desea el ingeniero examinar la calidad y fuerzas, disuelve el lodo, tomado del montículo, introduciéndolo en el aguamanil colmado de agua. La arena rica de metal descende al punto al fondo, dejando el lodo en la superficie, lo cual, inclinando la copa, vierte en el suelo el perito, moviendo las cápsulas ora a la diestra ora a la siniestra, hasta que se descubre la extremidad de la plata en la superficie del sábulo agitado. Apriétala luego con el dedo pulgar y observa atento si la orilla sujetada destila mercurio; si, seca, agotó el absorbido y no destila la orza agua alguna. Caso de que, por seca, nada destile, es necesario bañar nuevamente en mercurio y desmenuzar los metales. El discreto ingeniero vuelve a comenzar las mismas tentativas, en tanto que la rica orla destila el agua cargada de fruto. Pero si, comprimida por el mercurio, destila prontamente, nada se agrega al montón, sino que, enviado al agua fontanal, se le limpia en las piezas destinadas al efecto.

Hay allí un pilón de altura de cuatro codos, por doquiera ceñido de una concavidad de ferreteadas ruedas, en medio del cual se asienta una máquina giratoria, que voltea en torno del peón, provista de muchas paletillas de roble quebrado, el cual mueven con su precipitada caída las impetuosas corrientes o bien voltéalo la mula con rápida carrera. Aquí entra el

lodoso montón, tantas veces pisado en la espaciosa era del corral; para ser limpiado en las aguas. Por la parte de arriba, al correr de las aguas, por el acueducto colgante, en tanto que la expedita máquina giratoria se enrosca formando rápidos círculos, arremolina al lodo depositado la rápida corriente. Mas luego que, perezosa, cesa en el anhelante movimiento, se esfuerza por posarse paulatinamente en el fondo la abundante plata, así como el cieno por flotar en la superficie, al cual, abierto el pequeño caño de la pila del molino, derrama por tierra el joven y, meneando las palas, revuelve en las tinajas los resistentes lodos, de nuevo regados con agua fresca y recogidos en seguida una vez más en el vaso, hasta que los metales, totalmente purificados se posen en el fondo.

Sin embargo, para que las sórdidas heces no se oculten en la blanquizca pasta, acomete la mocedad a limpiarla en artesas de madera de roble, las que, rebosantes de cristalina agua, ora mueve lentamente por el un lado, ora empuja rápidamente al contrario, o bien arroja al undoso álveo las aguas mezcladas de heces, hasta haber vaciado el agua toda y haber logrado que los metales se posen purificados en la seca vasija.

Entre tanto, suspenden de alta viga un costal cónico de lino, compacto por la apretada trama y apto para retener la plata, echando de sí el mercurio. Abrese este costal al montón sacado de la tinaja y detiene tenazmente bajo su tejido la plata pura, arrojando de su seno la mayor parte del mercurio, que en copas guarda la muchedumbre bajo techado.

Bajados al suelo los costales colgados de la alta viga, la plebe por fin saca la plata del avaro seno, brincando de gozo al manosear la dúctil carga y entreteniéndose con tal motivo en formar varias figuras. A la manera que tal vez en los años infantiles la bandada de niños huelga regocijada en jugar con la ática cera y en seguir la natural inclinación, ya modelando con sus manecitas un ternero, ya figurando un vasito ora un

canastillo, ora una montaña de elevada cumbre; así también juega el populacho con la dúctil plata. Todos, sin embargo, forman pesadas barras de la enorme carga o hacen glóbulos de la blanca mole.

Mas para que los restos del hidrargiro puedan salir de los glóbulos, colocan dentro de compacto vallado un montón de blanda plata, tapada con una cubierta metálica, y por encima suelta la mocedad las riendas a Vulcano. Entonces la dócil masa bajo el furor de las rabiosas llamas, deposita el mercurio en los calderos puestos debajo, dejando dentro del cercado la plata pura y maciza, galardón que al cabo otorga la fortuna a las faenas.

A veces también extrae la previsora turba los tesoros de los cortados filones por medio de las hirvientes aguas; pues la árida roca, endurecida por el fuerte calor, disminuye muy frecuentemente las riquezas mezcladas con la cal. De aquí que la plebe, en pisando el humedecido cieno en el vasto corral y en regándolo cuidadosamente de mercurio, echa al punto agua a la asiria caldera y la coloca sobre los hornos, que crepitan con el voraz fuego. El agua se hincha presto y, amenazando a la caldera con la destrucción, hierve y se abrasa por los espumosos bordes. La plebe entonces introduce prontamente el desmenuzado metal y quita el ardiente calor con las abrasadoras linfas. Tal suele en ocasiones el docto en la ciencia de Apolo calmar los ardores febriles con baños calientes. Diligentísimo el artífice examina sutilmente entre tanto las linfas, repitiendo en el aguamanil la acostumbrada experiencia, para averiguar con certidumbre que nada ha de agregarse al lodo del montón o bien, por el contrario, llenar la olla, aumentando el hidrargiro. Mas cuando la copa, con repetido examen experimentada, indica que el cieno deposita sus tesoros en el fondo, al instante el artífice saca fuera de la caldera las inmundicias, en tanto que por encima un joven aprendiz



calma con agua la irritada pasta del vaso y el furor de este. En tal punto la caldera esconde las lavadas riquezas en su vasto seno y guárdalas al abrigo del agua en ella vertida. Pero el artífice, armado de larga cuchara, invade el vaso, cuida de arrancar poco a poco de su seno las riquezas y las deposita al mismo tiempo en la vasija inmediata. Entonces lava en las cristalinas ondas los restos del lodo y por último purifica la plata en un ardiente casco.

Mas si trajeres de las minas metales para disolverlos en el cóncavo horno, construye dos, une los desunidos juntamente con el largo canal y, luego que el fuerte cordaje haya traído de la cortada roca piedras preñadas de metal, muéllalas, a poder de reiterados golpes, la máquina y quiebre en pequeñas piedrecillas los grandes trozos, que hundirás en el caliente horno juntamente con plomo, esparciendo por arriba arenas de fina arcilla. La plebe entonces da a Vulcano entera libertad, no, sin embargo, de arte que derrame neciamente las ígneas arenas sobre los rocosos trozos, sino que las llamas, avivadas por los hinchados fuelles, cunden por todo el horno, siguiéndose el destilar de la mezcla. Los fragmentos largo tiempo encerrados y traspasados por las voraces llamas, se disuelven dócilmente y destilan ígneas ondas, que, a lo igual de las linfas tal vez, entran en el amplio canal y corren con rápido curso al horno inmediato. El metal disuelto descende a los cóncavos empedrados, ya caldeados por las llamas y cubiertos de leña reducida a pavesas. Vaga por el horno la llama avivada luego por los fuelles y a la cual con hojas secas suministran pasto los mozuelos, en tanto que el diestro artífice trae hacia sí desde allí las inmundicias que flotan en la llameante agua y las extrae con una corva vara.

Mientras tanto los metales fundidos en el enrojecido horno, precipitados por la abrasadora llama, sacuden fuertemente con su oleada las cóncavas orillas. A la manera que el mar,

cuando impetuoso viento agita sus aguas, ya descubre valles en medio de las olas, ya toca las estrellas, ya azota con hórrida furia la sinuosa ribera; no de otra guisa fluctúa en medio de las llamaradas la argéntea humedad. Mas cuando la turbulencia se va del caldeado horno y el voraz Vulcano consume la plata en el devorador fuego, al momento la superficie toda se precipita a lo más hondo, ostenta inmóvil las serenas ondas y arranca la muchedumbre la barra del ennegrecido horno.

No con tan solícito trabajo fatiga a los mozos el oro, pro sapia de Febo, en gran manera a él semejante y que vence en brillo a los demás metales, al cual otorga la prepotente fortuna habitar palacios y consolidar en su augusta altura los tronos de los reyes. Arrebata el oro, más que los restantes, el corazón de los mortales; por enriquecer más presto al señor y economizar trabajo. Pues a penas la hórrida máquina de escodas forradas de metal y el molino desmenuzó con poderoso golpe las piedras, cuando la muchedumbre vierte mercurio en las arenas, habiendo enroscado la máquina en pesados círculos. Destila entonces la rica tierra al pesado metal, al cual recibe gozoso en su seno el molino. Sacado de aquí lávalo la mocedad en las aguas introducidas, exprime en costales el lavado y lo limpia en el tonel. Cual se lanza el manípulo espada en mano y acomete a un varón de generosa sangre nacido, en seguida lo acorralla tapando las salidas de alrededor, lo fatiga, redobla audaz los golpes y lo amenaza con la muerte, y él, no pudiendo atacar a su vez a la muchedumbre con la espada, cuida cuerdamente tan solo de evitar el tremendo peligro, rindiéndose presto a la soberbia caterva; así también el dorado metal del linaje de Febo se rinde, doblegada la cerviz, al cruel ladrón.

Alguna vez la mocedad purificará al brillante oro en dos hornos, aprestados según costumbre para aumentar el logro del amo y disminuir dispendios.

Terminadas estas faenas con continuo sudor de la muchedumbre, examina el oro y la plata sacados el veedor, enviado por el rey de España. Acumulará este los glóbulos en una lámina y examina luego por medio del fuego el trozo cortado con tajante tenaza, el cual reserva para sí, como justa retribución de su trabajo, y averigua cuánto oro, mezclado con el propio peso, ha escondido la rapaz plata. Examina luego diligentemente el valor del oro también por medio del fuego, apartando, conforme a derecho, el quinto del rey. Y, sellado el oro y la plata, al punto pénelos el amo en seguridad.

Mas si quieres acuñar tú mismo fugitivas monedas, menester es primeramente separar la plata del oro y trocar los metales de color blanco sin brillo por otros algún tanto dorados, teniendo al arte por guía en el nuevo método y valiéndote del fuego. Ni podrás, sin embargo, separar tú mismo las propias riquezas; pues a nadie es lícito ejercitarse en la industriosa labor, que es reservada a los ministros elegidos por el augusto monarca.

Recibidas grandes barras de plata, dispónelas la turba para el trabajo. Unos escogen redomas de vidrio, aptas para las barras; suministran otros roedora agua. Luego recibe la hinchada calabaza en el vitreo seno trocitos de barra mezclados con aguas estigias y coloca bajo ella la diligente mocedad abrasadoras ascuas, avivando con grandes fuelles el ardiente fuego. Hierven dentro las aguas y roen los preciosos trozos, hasta que, disolviéndose la plata, se liquida y recorre reluciente el vidrio colmado de agua salpicada de espuma. Entonces la próvida mano extiende un bastón de cobre y toca la ardiente masa con el extremo de la vara, diestramente introducida por el cuello del retorcido cristal. Al instante (cosa admirable de verse) la masa que hierve en el interior se precipita y cesa de pronto el hervor. El oro puro descende al fondo de las cálidas aguas y se sitúa la plata en el lugar más inmediato,

dejando arriba la suciedad y las aguas. Mas luego que el cristal  
apartada la lumbre, se enfría, descubre las barras separadas,  
rota la trabazón, y pone la fortuna término a tan ruda faena.

FIN DEL LIBRO OCTAVO



LIBRO NOVENO

El azúcar



Ame el vulgo los secretos tesoros y las opulentas entrañas de la tierra. Gusto yo de recoger en los moldes de barro las dulces mieles. No las que la abeja siciliana liba por los campos y guarda solícita en lo hueco de los árboles, sino las que, exprimidas en las prensas y vaciadas en las metálicas tinajas, condensa, a poder de llamas, el colono mexicano.

Tú, oh niño, ingenioso maestro en el corvo arado, que educas a los robustos toros para las faenas agrícolas, oh, asísteme y, roturados los campos y removidos los terrones, enséñame a plantar en los surcos la simiente de la nectárea caña, así como en seguida a segar con la guadaña las doradas mieses, y trueca las tinajas de dorada miel, de espuma salpicadas, en el cándido azúcar de los moldes de barro.

Luego que el colono hubo elegido los campos para la siembra de la meliflua caña o bien abrasó un bosque con crepitantes llamaradas, al instante los novillos, vigorosos y escogidos para el arado, roturan las fértiles yugadas y con reiterada aradura voltean las tierras. Entreábrese todo surco y muestra el hoyo abierto en una profundidad de hasta dos pies, en donde se de positán tres o cinco nudos sacarinos, si la mala calidad de la tierra tolera pocas semillas y rechaza ingrata el cultivo. Pues cuanto más languidece la tierra con el ocioso jugo, tanto más se cubre el surco de enmelada caña, sin ocultar los cañaverales revestidos de espesa hoja y sin que la pomposa frondosidad ahogue a los nacientes gérmenes.

Abiertos con copioso sudor y con arte los canales para el riego, la turba africana, de piel tostada por el sol abrasador,

de hercúlea fuerza e incansable en la dura tarea, turba enviada a nosotros por la tórrida tierra líbica, para cultivar continuamente con el rastrillo los melifluos campos, al tiempo en que la libra iguala los días con las noches, corta con la podadera las puntas de las cañas maduras, con las cuales apresta hojoso pasto a los fatigados novillos. En seguida, repetido el tajo, troncha otro trozo y, como antes la simiente, lo deposita en la cavada tierra, sembrando por los campos cañas, no derechas, como se hinca muchas veces la fresca rama en las huertas, sino tendidas. Luego extiende por tierra tres o cuatro trozos de la caña cortada y, alternativamente separadas por los hondos hoyos, los arregla y a la vez los coloca en hileras de a tres. Agrega luego en línea recta unas cañas a otras, añadiendo extremos a extremos y trozos a trozos. Del mismo modo que el capitán, forzado por el riesgo de la batalla, forma con admirable arte las aceradas falanges, las divide sagazmente y las hace más compactas, agrupando tres soldados. Mas tan pronto como la muchedumbre llenó de la dulce simiente los surcos, precipita en el hondo hoyo los terrones alzados y cubre todo con la capa de tierra; pero sin oprimir, sin embargo, con el peso de los terrones las plantas cubiertas, retardando así inconsideradamente las mieses. Por eso acomoda la tierra paulatinamente con avara mano y oculta con liviano césped las extendidas avenas.

Cuando al radiante día siguiente, recuperada la luz, ahuyenta las tinieblas y restituye al orbe con el sol la hermosura, al punto el diligente colono camina rápidamente por las tierras labradas a la vera de los cañaverales del undoso riachuelo e impide diestramente que las linfas se precipiten con el natural ímpetu; para que no vayan a arrebatar las entrañas del campo y descubrir las semillas. Al contrario, rocía con tenue murmullo los terrones que están para brotar, tolerando de industria que, estancada el agua, permanezca largo tiempo



tranquila sobre la fértil tierra, hasta tanto que empapados los campos rechacen el arroyo derramado. Y si la tierra se opone malignamente a los errantes riachuelos y se niega endurecida a absorber la fecundante linfa, regará muchísimas veces con el río los agostados campos, hasta ver que los gérmenes hieden el seno de la tierra y que se revisten por doquiera de umbría frondosidad las yugadas.

Mas viendo al cabo, transcurridos que son quince días, los cañaverales coronados de lozanas hojas y el campo todo vestido de tierna frondosidad, al instante la líbica mano se provee de las oportunas armas y se apresta para escardar con la corva hoz las lozanas mieses, para que, acrecentándose la hierba inculca, no ahogue (cual a veces la madrastra, por las furias agitada) los nuevos frutos y oculte el ejército de dañinos ratones. Verás por eso que toda la tierra negrea con la muchedumbre y trueca de pronto por el negro el verde color; pues la tostada mocedad, esparcida por el vasto campo, escarda con inagotable solicitud los verdes cañaverales y arranca de raíz las hierbas dañinas, permitiendo así que lozaneen los nacientes gérmenes de la planta. La refresca después, conduciendo los arroyos por las yugadas, y arrebatada nuevamente la cizaña, que renace de la fecunda tierra, y durante largo tiempo cultiva los sembrados con alternativa labor, hasta que el campo se trueque en selva de doradas avenas. Entonces habrás de maravillarte de que los surcos se ericen de largas picas y se cubran por doquiera de duras saetas. A la manera que en otro tiempo las cohortes nacidas del diente de la serpiente brotaron, una vez suficientemente rasgadas las tierras por el aguijón, lanzando desde luego piquetes; levantó entonces a los aires la lanza al hierro, hasta que al cabo, alzándose la pica en medio del césped, dio una horrible mies y una selva amenazadora; así también crecen en la vega las dulces mieses, cuando la luna hubo tendido por el orbe los altos cuernos dieciocho vueltas.

Después, cuando la mies hubo madurado en las doradas cañas y la espiga colmó las entrañas de ambrosiaco jugo, la solícita mocedad, esparcida de nuevo por el frondoso campo, invade, hoz en ristre, los ricos manojos y tala todo el sembrado, cubriéndola de triste luto. Unos, con redoblados tajos, siegan la apiñada muchedumbre de cañas; cargan otros los carros con las segadas; aprietan las cargadas otros y todos son indulgentes con los marchitos campos o bien, sofocados por los abrasadores rayos del sol, se rinden a la faena. Pero la líbica turba, atormentada por el furioso Febo, burla los rayos solares con el dulce licor, que le ofreció, al morderla, la caña silvestre. De fuerte dentadura, desnuda las cañas de la desahrida corteza y descubriendo, cual si armada estuviese de un cuchillo, la nevada médula, machacada bajo el sombrío roble, rúmiala en la boca, refresca las abrasadas fauces con el jugo exprimido y echa al asesino Febo del negro cuerpo. Pero tú, sí, tostado por el estival calor del sol, quieres alguna vez alimentarte del nectáreo jugo, elígete más bien hábilmente doradas cañas y procura en primer término desnudar con el cuchillo las blanquísimas entrañas; cortando las verdes cortezas y las hojas, pártela luego en trozos y, separando de la vara los numerosos nudos, atrae plácidamente los dulces jugos y aplaca las entrañas, abrasadas por las crueles llamas.

El incauto efebo, calculando mentalmente estas cosas y alucinado por la vana apariencia del logro presente, ordena que los cañaverales, todos a una, sean despojados de la meliflua hermosura y que se pongan asimismo bajo la prensa todos los nudos, sin que pueda en lo sucesivo reparar tan gran ruina, aun cuando atesore en más corto tiempo muchas riquezas; pues la ociosidad echa a perder la seca prensa y con la indolente inacción se embota toda la mocedad. Por lo cual el colono, de la dilatada experiencia doctrinado, fortifica previsor sus prensas, que destilan la miel de la caña, y

dispone que alternativamente se remuevan con el hierro los barbechos; a fin de que, cuando la dorada mies, segada, se extienda por los campos, se eleve al mismo tiempo a las auras una lozana segunda, brote paulatinamente una tercera de la simiente derramada y así las mieses condensadas destilen cada año en las tinajas.

Mas antes de que la dulce caña destile el áureo néctar, entra bajo anchuroso techado de vasta circunferencia, en donde se levanta poderosa máquina de gran mole, profundamente hincada en el suelo y provista de tres cilindros, coronados de metal y del duro roble cortados. Elévase al cielo cada uno de ellos, vuelto el cuello a las alturas y, enderezado, girando sobre el propio eje, recorre una vez y ciento el puente colocado debajo, cortado de robusto árbol, bajo el cual se acomoda una gran arca enterrada en el suelo, destinada a hospedar liberalmente los dulces licores. Pero los maderos silvestres cubren las delgadas entradas de los molinos en tal manera que las espaldas tocan casi a las de los inmediatos y, volteando, pueden apretar el grueso de un dedo. Mas luego, el cilindro central, que se alza en el puente, está erizado de poderosos dientes, con los cuales, girando, traba en los demás y los hace moverse a una. Pues, si bien los unos apenas sobrepasan a los maderos superiores, con que se afianza la máquina, impulsada por el rápido movimiento, con todo, el central se eleva a la debida altura y amenaza hender con el prolijo eje el techado del molino. De allí bajan oblicuamente y se aproximan al suelo dos vigas, obstinadamente unidas al eje, de arte que, amarradas al pecho de las mulas, dan incontables vueltas y hacen girar consigo en aéreas espirales el eje y el cilindro central, los que, engranando con mordaz diente en los demás, los encorvan y, en resolución, voltean todos con estridente rechinamiento.

Empero, si quisieres hacer gracia del trabajo a los vigorosos mulos y menear con menos coste los molinos, menéenlos

con la abundosa caída las corrientes aguas y, absolutamente retiradas las vigas de la rechinante máquina, voltee entonces la rueda, trabada con maderos al desmesurado eje, y así precipitada en aéreo giro, vueltas hacia tierra las puntas, vuela bravía alrededor, apretada por el reluciente metal y los ferretea-dos círculos y, lanzada al espacio, rodee toda la prensa. Mas a la vez arregla ingeniosamente la enorme rueda, colocada fuera del techado de la prensa, a la cual, dotada alrededor de pequeños orificios, han de adornar muchas cajitas que, con constante abertura, reciban la caída de la fluvial corriente. Y atravesie a esta un hirviente eje, trabajado con metal y cuidadosamente pulido hasta la perfección, que voltee la levantada rueda sobre doble quicio y con un largo cabo atravesie las piezas de la oficina. En seguida ajusta el extremo del eje, mediante la larga punta prolongada, con la rueda menor, la cual, con los dientes endurecidos a la continua por el hierro, engrana en las puntas de la rueda, en un plano intermedio lanzada y que corona las prensas. Muy prestamente, quita tú mismo las barreras opuestas a las aguas, para que, libertadas, se despeñe la corriente en ingente caída, que voltee impetuosa la enorme rueda y el eje móvil, y habrás al punto de maravillarte de que, movido el eje, no solo se encorva en lento círculo la rueda pequeña, sino que endienta con la que gira velozmente en el vacío, a la cual con estrepitoso crujido siguen al instante las prensas.

La incansable mocedad entre tanto coloca bajo la pesada prensa por ambos lados las avenas acarreadas y se consagra vigilante noche y día a la faena. Este introduce doradas cañas por las estrechas aberturas; ocúpase aquel en llenar nuevamente los pasos con las prensadas y en exprimir completamente por la presión las cañas molidas, hasta que los infatigables molinos devuelvan chupados los trozos y, agotado el licor, haya preparado los despojos para la hoguera. El saca-

rino río destila en el arca debajo colocada y ondea alrededor en espumosas linfas. Guay de aquel, empero, a quien la máquina mordió los dedos; pues a los dedos se sigue la mano, se siguen los brazos y, finalmente, los brazos arrastran el cuerpo todo. En tal caso, es necesario apurar las mulas circularmente para atrás o bien contener al punto el peso de la corriente que se despeña; para que la feroz máquina no triture cruelmente el cuerpo. Ah, cuántas veces traspasado de dolor me he condolido de la negra suerte del que vio sus miembros despedazados por aleve desgracia. Por eso es conveniente burlar el nocturno sueño conversando o bien, cantando, pasar la noche en vela.

Luego que las prensas hubieron destilado el sacarino licor y rebasan por los bordes, de espuma salpicados, las leñosas artesas, corre, de allí conducida, por prolongado canal la dulce onda y, cual el riachuelo, busca precipitadamente la caldera, suspendida de la bóveda y por llameante lumbre caldeada, a la cual la cercana oficina recibió en su anchurosa capacidad. Al punto el jugo brinca tumultuosamente, empujando las tórridas paredes con el undoso torbellino, y las hirvientes heces flotan largo tiempo por las aguas. Pero el pródigo trasegador saca con el cedazo todo el alpechín y, meneando desde el fondo la manchada agua, limpia nuevamente las tinajas de la flotante suciedad. En seguida la olla inmediata vuelve a recoger en su seno las aguas y otra vez exaspera la cólera de Neptuno a las cuales la solícita mocedad mezclará legías tantas veces cuanta la inmundicia sobrenadare por las turbias aguas. Verás entonces cómo albean las mieles con las grandes burbujas mezcladas con las heces, a quienes poco ha perdono la llama. Pues las legías purifican presto las encolerizadas aguas y arrojan a la superficie las suciedades aún las más pequeñas. No permitirá, sin embargo, el artífice que sobrenade largo tiempo, antes bien, quitará rápidamente de la superficie las flo-

tantes inmundicias, hasta tanto que la pura linfa, rutilante con el áureo resplandor, vaya, trasegada a otros vasos, desde allí a otra caldera. Guárdate, empero, de verter pródigo sobre el ardor de la miel más lejía de la que es razón: las mieles, colmadas de acres aguas, retendrán obstinadamente el color obscuro, que jamas puede hacer desaparecer la blanda greda.

Mas luego que la tercera olla recibe en su seno el purificado zumo de las cañas, aviva la mocedad el desmesurado fuego, poniéndole debajo hojas y, renovada que es la lumbre se esfuerza por lograr que se condensen las mieles poco ha purificadas. Por lo cual el artífice presenta la amplia medida, de largo mango provista, que la diestra juventud menea con ambas manos, revolviendo atentamente las aguas, ora entremezclando del fondo a la superficie el caliente líquido, ora lanzándolo a lo alto en medio del humo que se disemina. Voltea luego y hace girar la medida e impele de nuevo a lo alto la revuelta linfa. Es decir, que removidas con la múltiple sacudida las líquidas mieles, más pronto se condensan y cuajan.

Después cuando la linfa condensada se posa en la honda tinaja y, convertida en negros vapores, se fue en parte, al punto se traslada a otra gélida caldera y, en tantas hogueras abrasada, refresca al cabo el ardor. Cual suele el caminante, del sol estival tostado, internarse en la fresca umbría y aliviar el calor; así los melificados zumos, entibiados al ser derramados en la helada caldera, pierden el hirviente ardor, comienzan, con el glacial frío del cobre, a condensarse poco a poco y semejan, ya condensados, a la cola y la goma.

La mocedad, entre tanto, acumulará un enorme montón, formado de los moldes de barro, en el vivo fuego recocidos, cuya cúspide, tapado el orificio, ha de posarse en el suelo, elevándose a lo alto la base, suficientemente ancha. Luego en primer término se tapa el orificio con la arcilla y se enfilan los moldes en las vigas en dos partes divididas; para que así,

goteado, fluyan las mieles, tapada la cúspide. La medida entonces guarda en moldes el espesado licor y deja que, puesto aparte, aterido de frío, se condense. Cuando el compacto azúcar se posa en el fondo de los cocidos conos y no se ve que el zumo ondee en los vasos, al instante, vuelta la cúspide hacia arriba, se destapan los pequeños orificios de la hacina, antes tapada, y trabajan los mozos por horadar el sacarino seno con barreno de un palmo; para limpiar los moldes, cuando el zumo, aún no condensado, flota por la cavidad. Ya que, empujado por el propio peso, por aquí destila y, recogido en las tinajas, se reserva para otros usos.

El puro azúcar, sin embargo, no albeará con luciente claridad, si no recubres el cono con la obscura arcilla. Extiende, pues, por sobre la superficie de la hacina la arcilla, ya desleída en cristalina fontana, y esconde muchas veces bajo la humedecida capa las entradas, tantas veces humedecidas poco ha, de la base. Penetra la arcilla a todo el interior del dulce cono, limpia por dentro sus entrañas y, por último, arroja de todo el cuerpo los sórdidos residuos, descubriendo, transcurridos que son veinte días, ser blancos los zumos antes dorados y ofreciéndolos embellecidos de níveo color. Mas ¿quién, o Musas, descubrió el velo que envolvía estos arcanos? ¿De dónde derivaron los hombres los principios de tan excelente industria? Se dice que enlodada paloma posó en un dorado cono los manchados pies; que con múltiples picotazos hurtó luego pequeños trozos de la miel condensada y que luego, señora del hurto y los manjares, remontando el vuelo, huyó el ave, dejando sucias huellas en el dorado cono, las cuales, paulatinamente absorbidas por los rayos del furioso Febo, negras poco ha, revistieron albo color. Es decir, que la dulce ave compensó el hurto con la revelación del misterio. De la misma manera que en otro tiempo un cachorro, mordiendo casualmente con tajante dentellada la púrpura, bañó

de rojo tinte la boca e hizo así que los vestidos se tiñesen con el purpurino jugo.

Luego cuando el azúcar albea a poder de reiterado lodo y nevado deja los negros jugos en el interior, coloca la mocedad tarimas bajo el radiante sol y, relegando a los umbrales las hacinas lodosas, coloca solícitamente por encima los cándidos conos, que semejan los egregios mármoles de las pirámides de Canope. Resplandece reluciente toda la argentada masa reverberando los rayos solares y envuelta todo alrededor en almo brillo, hiere los deslumbrados ojos con el vivo fulgor. Paulatinamente penetra el sol con su ardor las tiernas médulas y, totalmente arrojada la humedad de la candente mole, la endurece por completo y trueca en mármoles los conos.

Mas para que la viveza del ingenio aleje los inciertos peligros y puedan ser desalojados de los confines los dañinos enemigos, es ceñida la rica era de inaccesibles muros y velada por arriba con móvil y liviana techumbre. Provista de pequeñas ruedas, vaga libremente por dentro de los amplios muros y movida por larga jarcia ora sigue con rápido movimiento el templado austro, ora se dirige desviada al frío norte. Acomoda la mocedad las tarimas bajo estas altas techumbres las cuales defienden con el duro lomo los amenazados azúcares y cuando Febo, ahuyentadas con el calor las tempestuosas nubes, alza en el claro cielo la refulgente antorcha, al instante, con la gruesa sogá, traen hacia sí la techumbre y descubren los conos, albos con el cándido albor de la nieve. Pero si desde las negras nubes amenaza la lluvia, retirándola, con contrario manejo de la sogá, envuelve los nevados mármoles en espesas tinieblas. Mas cuando, vuelto el sol, desalojó la humedad envuelta en humo y los conos ahuyentaron enérgicamente los tenues vapores, la muchedumbre sin dilación pone de nuevo en la pieza las pirámides, recoge los trozos partidos y llena la casa de riquezas, con copioso sudor logradas, por medio



de las cuales levanta el rico comercio de la afortunada tierra, y el amo, obtenidos los logros, galardón del trabajo, ofrece liberalmente delicias a las regias mesas.

Empero, antes que el azúcar entre en la sombría bodega, muchas veces acomete con el pico los candentes trocitos el goloso ladronzuelo del tordo, de la sombría selva escapado. Y habrás de maravillarte de la rara sagacidad del ave. Arrebata primeramente trozos de la miel condensada. Mas para que no corra con sus asperezas la delicada gorja, sino que, deslizando suavemente, corran disueltos por la alta garganta, se ha visto muchas veces como el sutil pájaro los humedecía en las ondas. En el pico el hurto, ora lo sumerge en el límpido río, ora, enderezado, sorbe el licor que de él mana; luego lo humedece de nuevo en las linfas y, vuelto el pico a los cielos, chupa la humedad de nuevo derretida.

Y no satisfecha con el níveo candor, el ave roba también insidiosamente los trozos que amarillean en los pequeños moldes, cuajados sin lodo. Pues que la ignoble turba se levanta muchísimas veces en los cultivados campos, en los cuales es conveniente guardar las doradas mieles y colmar las tinajas de amarillas tortas. Por lo cual la mocedad, tras haber molido en la prensa las altas cañas y haber purificado diestramente las mieles en las llamas, antes de que el enfurecido fuego las haya condensado más de lo conveniente, trasiega con la medida las limpiadas en una gélida caldera y, mezclando con largos palos los hirvientes zumos, los espesa y hace se posen algún tanto en la tinaja. Entonces guarda en pequeños moldes los poco ha condensados, los cuales endurecidos bajo el ardiente sol, producen tortas. Advertirás que la masa es de aspecto un tanto obscuro y que semeja a la cera fresca; mas es maravilla cuán contento aplaude el bajo pueblo, que las compra a baratísimo precio. Con estas cubre de manjares las mesas y adorna los convites. De estas también extrae fuertes licores con vergon-

zoso arte, con los cuales, ebria, camina tambaleándose por las ciudades. De aquí que fácilmente destierren algunos los nevados azúcares y huelguen de cuajar oscuras tortas; a fin de que, es a saber, las mercaderías, que han de ser aprestadas con menor coste, atraigan a la plebe y apile el avaro dineros.

FIN DEL LIBRO NONO



LIBRO DÉCIMO

Los ganados mayores



Provechoso es encerrar dentro de los angostos cercados a los ganados, extensamente diseminados por los reverdecidos campos. Necesitamos ahora del vaquero, infatigable y apto para las duras faenas, que recoja la muchedumbre de los animales, errantes por los campos, y conduzca los bueyes montaraces a los antiguos establos.

Vosotras, oh Ninfas, cercad los campos, los bosques vosotras, oh Diosas, y, acostumbradas a tratar de coger los ciervos de veloz carrera, perseguid por praderas y selvas a las fugaces bestias y encerrad dentro del vallado a las que la tornadiza Fortuna nos niega asir con pegásea carrera; si ya no es que gustáis de derribar con silbante saeta a los rebeldes. Y yo mismo, tras haberos fielmente acompañado en la primera fila de los jóvenes, os edificaré sacros templos en la cumbre del Parnaso.

Las heredades, por doquiera florecientes en las tierras mexicanas, que hasta el presente dieron liberalmente, por el fértil seno del suelo, cuantiosas riquezas a los agricultores y al pueblo, encierran no pequeños campos en el apretado recinto; mas muchas yugadas, alrededor por todas partes extendidas, rodean un espacio de tres leguas, ya doradas por las plantas, ya de espesos bosques cubiertas; de tierra ora asoleada, ora por los cristalinos arroyos humedecida. El nervudo colono rotura las tierras con el arado y deja al ganado las praderas, bosques y ríos. Por eso verás por lo común que vagan libremente por los campos, acompañados de los recentales y sin pastor alguno.

Entre todos, se lleva sin dificultad la palma por su arrogante belleza el níveo caballo, de ancho pecho y negra cola, muy hermosa de mirar. Fiero pisa lentamente con resonante paso por la llanura, por los dorados campos, herbosos asientos, sueltas las guedejas por el cuello, por el lomo, por las orejas, en alto a la vez la cola y erguida la cerviz. Conduce por delante la espesa muchedumbre de yeguas de blanquísimo cuerpo y se espacia vigilante por el ameno campo y, si alguna con tardo paso desdeña seguirlo al caminar, con toda presteza el corcel le dará prisa con agudo relincho y disgustado excitará una y muchas veces a la vacilante. Y si la hembra inmóvil rehusare obedecer, mil veces se arrojará sobre la perezosa con furiosas dentelladas y la volverá al instante, presa de terror, a la yeguada. Ni amenaza a cada punto a la piara con castigos. Antes bien, con diligente cuidado, lleva consigo a los renacidos pastos la femenil piara juntamente con las tiernas crías, las conduce a apagar la sed en los arroyos y cuando, de regreso, vuelve a llevar la turba a los feraces prados y los atrae a tomar el fresco a la sombra bajo los añosos olmos. De ahí tantos briosos corceles, de generosa sangre nacidos, merecedores de aumentar las veloces cuadrigas del sol, que vagan libremente por los campos hasta tanto que el carro de Febo haya completado seis vueltas. Pues en el tupido césped de la verde pradera ni el hielo mata los gérmenes ni rerquema el nevado invierno las frondas o con el glacial frío se congelan los arroyos; sino que, con el suave clima, muéstranse perennemente florecidos los vergeles.

Y si un vaquero, famoso por su notona destreza, desea vehementemente amansar algún alado caballo con el duro freno, al momento, elegido uno de entre muchas piaras, lo encierra cuidadosamente en los altos corrales, cerca de las estancias interiores de la casa, aspirando a lo mismo la caterva de compañeros. Entonces volteando muchas veces la sogá so-

bre la mano en alto, laza al caballo y, estribando en todo el cuerpo, lo asegura, en tanto que la mocedad que lo ayuda, ata con otras amarras al corcel, el cual se resiste fieramente, acometiendo con boca y patas. Monta luego el jinete en el dorso, que la caterva aprestó acomodado con el jaez y, lanzándolo luego fuera de los corrales, el temerario del jinete conduce al alado caballo por los dilatados campos. Enfurecido, empero, retuerce el dorso hacia lo alto y ya alzando las manos, ya hacia el suelo inclinado, hiere el aire con las patas y arde por arrojar del lomo al que en él se asienta. Mas con ambas rodillas el domador comprime el lomo, de espuma salpicado, del fiero bruto y enderezándose maneja las riendas con las que, ora reprime al caballo, ora le hace dar una larga vuelta; lo espolea frecuentemente y lo refrena en medio de la hierba, hasta que, con reiterada experiencia domado, le enseña a recorrer las praderas con medido paso.

Mas cuando los vaqueros retienen dentro de los angostos establos a muchas reses, las hembras confundidas con los machos cada caballo guía, por los rabiosos celos abrasado, a coces y dentelladas defiende a su hato, arde en colera y provoca pleito. Mostrando los dientes, acomete arduamente al prevenido enemigo y traba intrépido el feroz combate en medio de los corrales. Encuéntanse furiosamente y, en alto las patas, lucha fieramente el uno por derribar al otro, ya despedazándole el pecho con las manos, ya con los dientes las orejas, ya desgarrándole a coces los restantes miembros. Entonces, abajada la cerviz, aprieta con amenazadores relinchos y con patas y boca se levanta de nuevo contra el enemigo, hasta que, trabando con rabiosa dentellada el sudoroso cuello, lo derriba por tierra y tiende en la arena al vencido. En seguida, contento con el honor conquistado, vuelve victorioso pie atrás, flotantes las crines por el ancho lomo. Al momento torna nuevamente a la piara y va a ver las yeguas. No de otra

guisa que el soldado, de ilustre sangre nacido, no sosiega hasta derrotar al escuadrón, que bravea; empero, es contento de rendirse a los ruegos y perdonar al vencido.

Pero ya el guarda permite vayan de nuevo por el reverdecido campo los ganados, por largo tiempo reclusos en los cerrados cercados. Mira cómo camina la piara con las yeguas mezcladas y, saliendo por las angostas puertas, se dirige en manadas a las praderas. Mas con qué solícito afán el caballo guía, alejando piaras de piaras y hembras de hembras, conduce pródigo la suya a los campos y la vuelve a los acostumbrados pastos. Guay, empero, de la yegua que, abandonando a las compañeras en el campo, se agrega e incorpora a las hembras de otro ható y rehúsa acatar el clamor marital. Pues veloz corre el caballo, con pies que vencen a las alas de Céfiro, y acometiendo con los afilados dientes, pone en confusión todas las yeguas y frenético lo trastorna todo, hasta volver al propio ható, con reiterados mordiscos, a la compañera, que topó confundida en medio de la muchedumbre.

Muchas veces también ponen al frente de la piara a un borriquillo, prenda de Sileno, horrendo por la abierta boca y por sus largas orejas poco glorioso; mas ennoblecido por su origen de ínclita sangre de reyes y a quien tributa frecuentes honores el país de los madurenses. No nos procrea sino mulas, como el rayo rápidas, famosas por las piernas y por el sosegado caminar, con las cuales recorremos larga jornada y por escabrosos senderos trepamos a las encumbradas montañas, que dominan los nublados; y que por las ciudades y por los escarpados caminos tiran de las carrozas, cubiertas de oro con regia magnificencia, así como por los carros. Esta prole, acostumbrada también a biformes cargas, recorre con asiduo trabajo campos y montes y rotura los terrones con el pesado arado.

Mas cuando, con el ganado confundida, vaga por los campos, con vigilante cuidado el guía de la piara vela por las



crías y por la madre y aleja ceñudo a los caballos de los propios pastos. Y si la hembra, menospreciando a su marido, incauta se va perdida tras las caricias y oye la voz del rijoso caballo, el borriquillo, armado de sus dientes y ardiendo en cólera, promueve pleito y con la mordaz boca acomete fieramente al enamorado, sin compasión a sus lastimeros gemidos derribalo por tierra y, derribado, lo fatiga con asaz de mordiscos y coces. Tal suele el mozo, por el bajo nacimiento deshonorado, tras haber rendido con sus fuerzas a un egregio enemigo, hacer feroces extremos de júbilo y rematar al vencido con el acero.

Ni agotado por los amargos cuidados de la piara, recorre en los campos la inmensa carrera del sol. Antes bien, forzado a permanecer cabe el abundoso pesebre, con el pasto cría fuerzas para el año venidero, nutrido el comilón con trigo y leche, hasta que la nueva primavera esmalta de botones las humedecidas praderas. Mas luego que los campos, de césped cubiertos, se muestran amenos con los nuevos lechos herbosos, el asno, trasquilados los engrosados ijares, y el lomo está muchas veces impregnado del siríaco zumo de la odorífera oliva y, herido de nuevo por el viejo amor de las yeguas, torna otra vez al ganado, agitado de vesánico ardor.

No de otra manera los toros, animosos y aptos para las rudas faenas, los bueyes, cultivadores de los campos, y la dócil vaquilla andan discurriendo y, vagando por largo tiempo, van a menudo a las selvas y praderas, sin regresar a los establos bajo las negras sombras de la noche ni morar jamás, entecas, bajo los abundosos techados. Mas, cuando la parturiente dio a luz en medio de los campos, trae tras sí al recental y, conduciéndolo a los bosques, lo oculta; el solícito vaquero, recogiénolo al instante, en medio de repetidos mugidos de dolor de la vaquilla, enciérralo dentro de pequeños establos y reúne en la casa innúmera muchedumbre de recentales; para que, insaciables, no agoten las turgentes tetas de las madres y también para que

la madre, arrastrada del natural amor a la prole ausente, venga a la ordeña y se vuelva al establo. Y si por ventura la vaca, no haciendo la pérvida caso de su hijo, se esconde, protegida por las umbrías frondas de los bosques y rehúsa tornar a los establos, para dar de mamar al tiernecito hijuelo, en tal caso la mocedad aldeana monta en los veloces caballos, a quien no adelantaría ni el resplandeciente Eton y, buscando por largo tiempo a la vaca por en medio de la frondosa espesura del bosque, la persigue, infatigable en la carrera, y la fuerza a salir de la enramada. Desde entonces, numerosa legión de jinetes, arrancándose al lecho, al punto en que la Aurora barre del cielo las nocturnas sombras, vuelve todos los días a registrar cuidadosamente el bosque, el prado y las fontanas y, retirando del campo a las rebeldes bestias, las encierra dentro de altos cercados, junto al albergue de la prole.

El ternero entonces, conmovido por la pérdida de la madre y de hambre consumido, prorrumpe en lastimeros mugidos. Al momento con sus quejas llama sin cesar a la madre, saludándolo esta con tierno clamor. Mas apenas el recental oyó los mugidos de llamada, cuando con repentina carrera busca a su madre por en medio de las confusas pjaras, hasta tanto que, guiado por los reiterados mugidos de la vaca que no deja de llamarlo, mama alegremente los pechos llenos de leche. Pero el vaquero, armado de dura sogá, impide al novillo calmar la cruel rabia del hambre. Pues al punto que el hijuelo aplica los labios a los pechos llenos de leche y comienza a probar el níveo licor, arrancándolo del seno materno, a pesar de sus desesperados esfuerzos, lo detiene de pronto con la sogá y lo amarra fuertemente a las piernas de la madre (pues la ternera se niega a descubrir las neotáreas fuentes, ocultándolas con maligna industria, en ausencia del hijo). En seguida aproxima la tinaja, de añoso árbol cortada, y ordenando con ambas manos, una tras otra, las tetas llenas de leche, colma

del tibio néctar la arbórea medida y el espumoso licor ondea por los rebosantes bordes, de donde fluye en pródiga abundancia copia de manteca y tantos témpanos de leche, cuajados en la estridente prensa. Previsor reserva sin embargo una teta, para que mame luego el recental, ya desligado. Limpia-das según costumbre esta y aquella ternera, al cabo, abriendo los cerrojos, déjalas que se esparzan por la campiña, para que pazcan el césped por las praderas y ahuyenten el calor en los riachuelos. Pero pródigo envía al campo a los tiernecitos recentales, dándoles por pastor a un mozuelo, a que pazcan al pie de los lejanos álamos y prohíbe que los sedientos apaguen la sed con la leche materna.

Mas cuando el corpezuelo del novillo hubo crecido y con los hostiles cuernos cubrió las extendidas orejas, el vaquero encierra prontamente en el angosto corral la enorme muchedumbre de hijuelos, que discurren ya por el campo, para marcar con el candente hierro las tiernas espaldas. Amarra con sogas las piernas del nuevo buey y tiéndelo en la blanda arena, después de haber domeñado su larga resistencia. En seguida señala el quemado lomo del novillo, que se resiste, con la marca propia de la hacienda, que semeja llamas. La bestia, enfurecida por el agudo dolor del hierro candente, se agita desasosegada, babeando borbotones de iracunda espuma, y suelta de la nudosa soga, arremete bravia contra el grupo de mozos apiñado en mitad del cercado. Mas la mocedad gusta de burlar la impetuosa embestida y cansar con repetidos brincos los bríos de la fiera.

Te maravillarás igualmente a las veces de ver cómo aman-san los toros bravos, logrando se reúnan sin dificultad en un solo hato. En efecto, no bien el lucero de la mañana, tornan-do renacido de las ondas orientales, restituye a los mortales la luz, vivificadora del mundo, cuando la robusta mocedad, cabalgando en alados caballos, se interna en las umbrías sel-

vas, recorre la campiña y con repetidas carreras empuja los ganados diseminados. Los unos fuerzan a los toros a salir del sombroso bosque; los otros conducen a la pradera a los que bajan precipitándose de la alta montaña y otros en fin guardan con vigilancia a los reunidos ya en medio de la granja, hasta juntar una inmensa piara de toros. Y si alguno se dispuso a huir sin dilación y abandonar a la compañía, al punto el mozo, dando rienda suelta a su caballo, lo apura espoleándolo frecuentemente y sigue al veloz desertor, hasta que, fatigado de la larga carrera y agarrado por la cola, hace tomar al caballo contraria dirección y derriba al toro, para conducir al hato, cargado con el trofeo, al escarmentado con el castigo. Luego la mocedad separa discretamente los pingues para el matadero y reserva pródida los vigorosos hermoeados con robusta cerviz de peludas melenas, para roturar con el arado las tierras labrantías, dejando en medio de la pradera la restante muchedumbre.

Mas para domar a los novillos escogidos para las tierras labrantías, previamente castrados, los junta con pacto de alianza con los bueyes y ordena que vayan con otros, por ventura ya domados, hasta tanto que dejen la bravura y fieras costumbres y hayan aprendido a someter la cerviz al yugo. Por eso el arador unce al bravo con un par de bueyes y pone a los tres bajo el mismo yugo, para que cuando el toro, impulsado por la antigua bravura, arda frenético por correr velozmente a través de los campos, los acostumbrados tiempo ha al arado, que trabajan de uno y otro lado, enfrenen al indómito y poco a poco lo enseñen a recorrer la tierra con paso igual. Y cuando el toro, bien enseñado a hender los terrones con arreglado paso arrojó del corazón el impetuoso furor y aprendió a obedecer a los ejercitados maestros, al instante quita de la dura lanza al tercer novillo y, sujetándolo por los duros cuernos con una larga sogá, que ata por detrás a la es-

teva del arado, el diestro arador menea al toro, que hace grandes esfuerzos sin resultado, hasta tanto que, acostumbrado a las rudas faenas y al pesado arado, haya aprendido a labrar las tierras con sosegado paso.

Mas suele a veces ocultarse en la siempre umbría enramada de los bosques la indómita muchedumbre de toros que, aborreciendo en extremo el césped de las praderas, el sol y los blandos céfiros, no gusta sino de la hierba pacida al pie de los robustos olmos. Ni hay quien sea capaz de arrojar del bosque la turba, a no ser que en medio de las sombras de la noche la sed fuerce al sediento a buscar los serenos manantiales de la abrigada pradera. Pero por la noche la activa juventud marcha contra los veloces toros, correteándolos, y mata en la pradera a los fatigados. Porque la mocedad prepara caballos, famosos por lo veloz de su carrera, y se provee de las armas que hacen al caso. Este empuña la lanza, con férrea punta robustecida; aquel Man de la bicorne desjarretadera, de reluciente metal; en tanto que el resto de los mozos amarra a la cola de los caballos cuerdas de piel de toro, poco ha retorcidas. Y luego que la cohorte aprestó, según costumbre, sus armas, en medio del silencio de la noche se derrama por la dilatada campiña, al tiempo en que la luna baña la tierra con sus más relucientes rayos y con que do paso se aproxima silenciosamente a los parajes de donde sabe que salen los toros bravos para apagar la sed en la corriente del río. Entonces el escuadrón, dividido en grupos por los sombreros lindes del bosque, corona sus frondas con vigilante guardia, en espera de que la presa se dirija a los serenos manantiales, y cuando el buey deja los negreantes bosques y la umbría y con tardo paso se encamina a la dilatada campiña, la cohorte de jinetes apura rápidamente con la férrea espuela a los veloces corceles y sigue al toro, que va a la corriente del río. Este el primero se esfuerza por derribar al toro con la lanza; aquel por tron-

charle las piernas por el jarrete con la corvades jarretadera; si otro no enrolla antes la sogá entre los altos cuernos y sujeta a la cola del caballo el buey lazado. La bestia, arrebatada de pronto de terrible furor, agachando la cabeza, acomete al veloz corcel; pero el diestro jinete burla con rapidísima carrera al toro, que lo estrecha de cerca y lo amenaza con la muerte y las heridas, en tanto que los compañeros cortan con el hierro las piernas de la enfurecida bestia o bien él mismo, corriendo a mata caballo, lo devuelve al cercado más próximo. Al momento la mocedad, formando corro, amarra fuertemente las piernas del irritado novillo con taurinas correas; le arranca con la espada el cuero y lo despoja de las costillas y el pecho, que de allí transporta a la granja y, todavía palpitantes, los tuesta en la lumbre.

#### FIN DEL LIBRO DÉCIMO



LIBRO DUODÉCIMO

Las fuentes





No me embelesa a mí seguir los precipitados ríos de impetuosas olas, que talan las maduras mieses de los fértiles campos. Me arrebatan con su dulce murmullo las cristalinas fuentes, que perennemente se desbordan de los riscos, de nieve coronados, a cuyo manso arrullo las Ninfas concilian el sueño en las seguras orillas.

Oh Númenes, que, acostumbrados a habitar en las silenciosas riberas, tomáis el fresco bajo las umbrías frondas y con los alternativos chorros refrescáis los hechiceros cuerpos, decid, con qué ímpetu los raudales hienden las duras rocas y con resonante mugido se lanzan por el quebrantado mármol, si a dicha por don vuestro manan las ondas de los peñascos.

Por la parte que se eleva a los cielos la sacra mansión, insigne por sus torres, por sus altas columnas magnífica, enriquecida de cuantiosos tesoros por la piedad de los ciudadanos, en cuyo interior, con áureos fulgores resplandeciente, adornado de piedras preciosas, de plata y acendrado oro, mora la Reina de los Bienaventurados, la Virgen Guadalupana, que con liberal mano hace innumerables mercedes; por aquí salta bullendo de en medio de las arenas un arroyo salado, mezclando sus aguas con sucias heces de lodo, que con su fealdad apartan del álveo a las sedientas fauces. Es decir, que aquella fuente absorbe desagradables aguas en los campos, de repugnante agua salada inficionados.

Con todo, si lenta fiebre te devora las entrañas y quieres arrojar a todos los divinos Macaones, constituido tú mismo docto Apolo de tu dolencia, toma resueltamente el agua

manchada con la mezclada suciedad y, desdeñando el desagradable sabor así del lodo como de la sal, apura cierta salud del cenagoso manantial.

Luego te maravillarás también de ver cómo en medio del álveo del pozo brotan las linfas con tan poderoso ímpetu que creerías que algún caudaloso río corre de allí por la llanura. Mas apenas el agua con las suciedades se desvía del álveo, cuando el delgado venero serpea por entre los céspedes; por cuanto empuja a las ondas la vesania del enfurecido viento, en tenebrosa cárcel encerrado y que con maligna rabia busca el aire libre por entre las hendiduras del campo.

Nada empero dio a estas aguas nombre tan glorioso como el sublime origen, muy interesante de admirar con el inaudito suceso. Luego que la Virgen Guadalupana había visitado, manifiestamente piadosa, a Juan Diego y la capital mexicana, el indio, turbada la mente y el rostro por los insólitos prodigios, manifiesta no poder seguir las borradas pisadas de los parajes, que la reina había consagrado con sus plantas; y quédase suspenso en medio de los campos, conduciendo a la indecisa muchedumbre de compañeros por lugares extraviados. Cuando súbitamente, desgarrándose las junturas del salado campo (cosa maravillosa de decirse) la tierra arroja los salutíferos arroyos, que habrán de ser en algún tiempo seguros monumentos del lugar en que poco ha la Augusta Señora había posado las virginales plantas. A la manera que suele a veces el príncipe, cuando es hospedado en una morada, colmarla de magníficos dones y testimoniar reconocido a sus huéspedes su gratitud; así también la Virgen, con amorosa hospitalidad recibida, honró las praderas con la merced del salutífero manantial y otorgó a la ciudad una eterna prenda de su amor.

De tal honor de loa se ve privado, pacientemente en verdad, un dulce riachuelo, que rebasa ante las chozas de humilde aldea, conocida por el nombre de Tzapopam. Pero los

raros prodigios que el cielo negó a la fuente compénsalos la naturaleza, pródiga madre de dones. Extiéndese por la árida llanura un inmenso campo, en el cual ningún riachuelo baña, derramando sus ondas, las yugadas, agostadas por una sequía que el Danubio no bastara a refrescar y totalmente requemadas por los abrasadores rayos del sol. El campo cultivado no devuelve allí las doradas simientes ni se encorva el frondoso árbol con el peso de las frutas producidas y, si la pródiga tierra no hubiera cubierto el suelo de césped, con el horrible aspecto hubiera alejado de los secos campos hasta a las bestias.

Mas por la parte que se alzan las cabañas de la pequeña aldea de Tzapopam, el llano se divide en dos porciones y descubre una grieta que lanza copiosa lluvia. Pues dentro en la alta concavidad de la accesible gruta, superando con mucho natura a las egregias labores del arte, se eleva en derecha a las auras la techumbre, sin apoyarse en roca alguna y por doquiera compuesta de diminutos glóbulos de menuda arena, y muestra ante los ojos una escarpada gruta, cortada la trabazón, no cerrada a Febo ni lúgubre con las negreantes sombras, sino al contrario bebiendo ávidamente la luz del día y rechazando las tinieblas.

Nadie ose, sin embargo, penetrar en la undosa cavidad, a no ser que, forzado por el ardor del cielo, desee bañar todo el cuerpo con la gélida lluvia. Pues tantas dulces gotas, que líquidos cristales parecen, se precipitan de la extendida bóveda y caen por la gruta, que creerías que, deshaciéndose las nubes del cielo, bañan el suelo con las llovedizas aguas; mas sin que la lluvia azote a la tierra con golpe semejante. Pues las cumbres de la gruta, a la derecha mano, arrojan copiosamente gruesas gotas, cual las que, cuando la tempestad amenaza descargar, lanzan las nubes contra la tierra, haciendo resonar por los techados súbito fragor. Empero, por el contrario, a mano izquierda de la colgante bóveda, la techumbre se disuelve en

deucaliónicas lluvias. Tal como liquidadas las nubes suele la inundación austral colmar de arroyos los anegados campos, azotando las elevadas techumbres con el pluvial tumulto, al tiempo en que tuesta con sus ardores las tierras el hirviente León; no de otra manera manan linfas los artesonados de la gruta. De aquí que invada el centro caudaloso torrente; manso, empero, inocente, que destila paulatinamente con blando murmullo de lo alto de la umbrosa bóveda. Tal cuando el lluvioso Acuario, volcando la urna, divide por los aires en menudas gotas los ríos, que con mansa caída rocían las mieses.

Verás luego cómo se extienden por sobre el húmedo empedrado de la gruta las undosas corrientes, de hinchadas burbujas coronadas, para reunirse callada y súbitamente y formar un cristalino río, recorriendo con ciego ímpetu toda la cueva.

La gruta, sin embargo, distingue con marcadísima diferencia estas lluvias y las señala sutilmente con vario honor. En efecto, la impetuosa lluvia, que bate reciamente al lago, oprime al hinchado seno con el fortísimo peso. Mas las que gota a gota se desprenden de lo más alto de la bóveda, remediando alternativamente el ronco fragor de la tempestad que amenaza descargar, se abate sobre las profundidades con no tan penosa mole. Y la que desciende en forma de mansa y menuda llovizna, apta para apagar la sed y alejar el ardor de Febo, tal leve onda no dañará, ni aun bebida a rebosantes vasos.

Cuánto más excelentes son, empero, las bocas de la regadora linfa que en traza de río cristalino, del duro mármol brotado, se desliza dulcemente alrededor de la amena Uruapam. Junto a la ciudad y a la falda de la alta montaña, quebranta con furioso ímpetu las roqueñas entrañas y, abandonando fugitiva las hórridas cavernas, brota violentamente de allí por nueve bocas de abertura de triple palmo, no muy separadas

mutuamente por gran espacio, y salpica todos los álveos de hinchadas burbujas. Cada fuente luego se hurta a las demás y huye por angostos cauces, murmurando sonora al rozar de las orillas y, afluyendo todas al cabo al vasto canal, colman el undoso río con las redobladas aguas. El río, con estruendoso curso, serpea por entre las espesas frondas, baña a Uruapam y, saliendo a campo raso, por entre peñascales y tierras labrantías, con veloz carrera, se despeña al profundo bátrato, por la parte en que la escarpada cueva deja ver un hondo valle, de duros riscos erizado y cubierto de matorrales, vueltos a retoñar en la roca llena de hendiduras y frecuentados por la alígera y festiva cohorte de aves.

Y a este valle, con amenazadora caída, se precipita el río, atravesando veloz el agua toda la región del aire. Ni le otorgó natura atravesar el dique con igual caída; pues parte sube a los más altos riscos del canal y desde allí con impetuoso salto se lanza al fondo a través de las auras, en tanto que el resto del raudal, a manera de agua estancada, se posa en el fondo del vasto álveo y finge calma. Pues, como esté hendido el pederalino peñasco, alzando por doquiera las barreras, cubiertas todo alrededor de innumerables rendijas, cual una gran criba, horadada por alguna gruesa punta, suministra ingeniosamente oculto camino al encerrado raudal. De aquí que la roca, con furioso ímpetu, lance jugando a las auras tantos saltos de agua como hendiduras se entreabren en los rocosos diques. A la manera que la saeta, lanzada tal vez por la tensa cuerda, saliendo con fiero ímpetu, hiende los aires y huye con resuelto empeño del tenso arco; así con alígera carrera huye de los peñascos el vivo raudal. Las olas, que con impetuoso salto traspasan los fragosos muros, están en medio y, repetidas veces cernidas, afluyen por aquí y por allí al raudal que salta de las rocas y cantan las singulares maravillas de la diestra divina. Desde allí baten el lago, formado ya con la fuente,

de donde el cristalino río, deslizándose por entre las sinuosas orillas, reanima con las frescas aguas animales y campos.

No así refresca jamás con sus aguas las tierras el río que la colina de Chucándiro lanza de sus tenebrosas entrañas. Se dice que con su impetuoso curso taladró un insondable canal a través del seno de la aurífera roca y que con magnánimo atrevimiento penetra en la mina llena de oro. Mas luego que hubo visitado los reinos del ceñudo Plutón, el áureo raudal se precipita por la extendida boca, no vomitando por las duras fauces un fresco río, apto para reanimar los fértiles frutos de los campos; al contrario, riega las tierras labrantías con arroyos de agua en tal manera hirviente que con sus linfas puedes ablandar los manjares, domar la carne y arrancar la piel de los costados del toro.

Lo cual no embargante, si, doliente, ansias arrojar la enfermedad, construye hábilmente unas termas junto a las humeantes aguas y mientras que la furiosa linfa conserva el calor, sumerge repetidas veces tus miembros en las entibiadas aguas, hasta tanto que la terrible dolencia haya abandonado por completo al quebrantado cuerpo; a no ser que la destructora fiebre consuma las entrañas con tenaz calentura y haya por largo tiempo extenuado los macilentos miembros. Es decir, que aquella fuente lleva a cierto daño a los trabajados de consunción y los hunde en prematura muerte.

Con insólitos hervores arden igualmente las aguas que con salutífera corriente riegan las fecundas tierras, que ciñen las humildes chozas de la pequeña aldea, que con perpetua fama levanta Bartolomé hasta las estrellas. Había cerca un fértil campo, hermoso de mirarse por el abundoso césped, en el cual las yugadas forman una pequeña loma y se oculta el fuego encubierto en las entrañas de la tierra vomitando por doquiera ígneas aguas al pie de la loma y llenando los aires de espesa humareda. Y es que un pequeño pozo, abrasado por los

fuegos bajo él colocados, prende por doquiera, enfureciéndose con el hervor, incendio tan impetuoso que con furiosa indignación hierva por el propio recinto y ennegrecidas arenas, eleva a lo alto del cielo una nube de humo y amenaza cubrir el sol. Es, empero, maravilla, cómo, apartado del pequeño álveo, para lozanas las mieses y concede liberalmente a las espigas los dones de Ceres con multiplicada usura. No anhela el campo las lluvias lanzadas de las cargadas nubes ni las lodosas aguas del henchido Nilo, en tanto que el pozo riegue las praderas con los dúctiles arroyos.

Nadie, sin embargo, ansia las cálidas aguas, como no sea el atormentado por los recios dolores de penosa dolencia. Pues ninguna enfermedad torturará los miembros con tan agudo dolor ni los consumirá con tan pútridas calenturas que no la alejen los caños con sus cálidas aguas. Ni la fiebre ni corrompida llaga ni el morbo gálico ni la maligna peste, que con perpetuas ataduras traba los cuerpos, resistirá jamás inmovible a las linfas.

Demás de esto, la tierra, en numerosas aberturas taladrada, alrededor del ardiente pozo, ora vomita furiosamente hirvientes aguas, ora con ciego ímpetu arroja el humo y sombrea con el vapor todo el cielo y el campo todo. Siempre, sin embargo, cada abertura socorre pródiga a la vergonzante pobreza con precioso lodo, que hace abundante espuma y es apto para lavar las ropas. A la manera que el maguey con perenne don ofrece a los mexicanos bebida y comida y albergue; así el límpido manantial, ardiendo con impetuoso hervor, donará jabón y aguas y eficaz medicina.

Nada empero embellece a los campos occidentales más gentilmente que el río, insigne por su copioso caudal y por su nacimiento, colmado de loores por el viejo Aticpaco. Y en efecto, al pie de la aldea, entreabriéndose el peñascoso suelo, pone al descubierto las escabrosas entrañas de la alta

montaña y muestra una profunda cueva en medio de niveos mármoles, cercada de una y otra parte de colinas y erizada de escollos, la cual, semejando, por su forma circular, un vaso, voltea y tapiza de aterciopelado musgo los peñascos de la cavidad, que alada saeta no atraviesa ni se puede pasar a nado.

Domina a este vaso una montaña cónica de altísima cumbre, cima cubierta de apiñada arboleda y oscura por la umbría de sus frondas, la cual, atravesando con su desmesurada altura las nubes, podría ella sola dar auxilio a la turba de gigantes, si de nuevo quisieran escalar el cielo. De allí por las escarpadas hendiduras, con sonoro murmullo, corren, despeñándose desde las rocas cubiertas de nieve, los ríos que colman la inmensa hondura de cristalinas aguas y baten los cóncavos peñascos con grato rumor. Mas mana tan puro el transparente raudal, que sin dificultad puedes contar los peces que nadan y las pedrezuelas del fondo. Y cuando con sus cristalinas ondas hubo bañado las musgosas rocas, corriendo con henchido caudal el abundoso río, ofrece camino a las barcas que vienen de alta mar y atraviesa gravemente las vegas cubiertas de amenas frondas, ora regando a derecha mano los bosques, ora las praderas a la izquierda, hasta que con triple remolino desemboca en el mar.

Con todo, me es más amada la fuente cristalina del abundoso río, en donde el debilitado pueblo reanima con las caldas los quebrantados cuerpos y gusta de calmar la perniciosa calentura. No brotan las aguas en el airoso repecho de cima cubierta de frondosidad y verdor, ni en la colina escabrosa con los quebrados mármoles, sino en una hoya que se oculta casi en medio de la llanura, cortada a modo de luna y de extensión de más de cuarenta codos, cercada todo alrededor por vallados de seca arcilla. De allí la prepotente naturaleza, habiendo abierto las entrañas del campo, otorga al pueblo ingente copia de aguas, por seis canales abiertos sin trabajo alguno.



Sin embargo, para unir la seriedad con el grato donaire, distinguió ingeniosamente al manantial con aguas alternadas. Pues que esta hendidura mana agua caliente; aquella lanza copiosamente agua tibia; a las cuales se sigue la fresca linfa, que arroja otra abertura, llenando de varia suerte de aguas el álveo, cubierto de movibles glóbulos de cándida arena. Con estas aguas el copioso manantial prepara perennemente en medio del campo los baños, gratos por el frío unido al calor, a los cuales jamás pudieron aventajar con sus dúctiles aguas ni los que en otros lugares brillan en las marmóreas pilas ni los vanamente relucientes tal vez con la plata pura.

Oh, y cuántas veces en otro tiempo, sumergido en las tibias ondas, cuando la ebria vendimia hierve en los henchidos racimos, fortificaba los debilitados miembros en las salutíferas termas. Oh, plugiera al cielo que de nuevo fuera permitido a mi cansado cuerpo reanimarse en los antiguos baños y que pudiera yo ir a ver los manantiales, a líquidos cristales semejantes, y gozar de las templadas auras y del suelo feraz.

Mas, pues que la truculenta Fortuna me niega todo alivio, me encaminaré, cantando versos al son del dócil plectro, a los amados campos y con rústicas tonadas aliviaré mis turbulentas penas a la vera de las doctas ondas del Helicón. Vosotras, oh Ninfas, franquead vuestros riscos, franquead vuestras fontanas y, pues que hemos hecho profesión de dar a conocer las maravillas del patrio suelo, cantemos mayores prodigios de la Diosa Mexicana.

Había una aldea denominada Ixtla, famosa por sus dilatados campos y rica en regadoras aguas y en fértiles tierras, las que parte mulle siempre con los rastrillos el ávido colono y parte concede liberalmente para apacentar los ganados. De aquí que habrás de ver cómo doran las tierras las lozanas mieses y los ganados discurren por doquiera paciendo los crecidos pastos. Acrescia la fertilidad del campo el manan-

tial que brota en medio de la arena, con su puro chorro, que se derrama en torno de las yugadas y el cual se granjeó por siempre insigne fama. Por cuanto el agua, que mana de la quebrada abertura, refrescando con sus errabundos e inexhaustos giros los dilatados campos, si acaso alguien se acerca al caño a fin de examinar atentamente a vista de ojos las maravillas del raudal, al punto el undoso chorro, cual si se ruborizara, vuelve receloso pie atrás y tuerce el paso aterrorizado, soltando luego de nuevo al agua las cristalinas riendas. A la manera que la sensitiva, irguiéndose lozana en el herboso y verde lecho de la ribera, suele extender con magnífica pompa las hendidas hojas; mas si tal vez fueres osado de manosear con incauta mano sus frondas, en tal caso la planta pliega al instante todas sus hojas, enrojeciéndose con el carmín del pudor; así también el fontanal chorro huye púdicamente las miradas. Y si, desviándote un tantico del álveo del raudal, deseas regresar ingeniosamente y contemplar con reiterado examen el manantial, antes irresoluto, el undoso chorro no se mantiene ya vacilante, sino que serpea fugitivo por el campo con rápida carrera.

Y aun todavía te revela prodigios mayores que estos la Guasteca, en cumbres abundante y tostada por el abrasador Febo. No arroja tímidas ondas ni forma estanques rebosantes de cristalinas aguas; sino que alarga las orejas, prontas a escuchar las voces y, conmovida por desapacible fragor, se enfurece. Brota del delicioso seno de la cálida tierra una serena fuente, apacible por el claro y vivo raudal y blando murmullo, que arroja en su alta cumbre la colina temapaquense, bañando con las fugitivas aguas las verdes laderas. Mas si acaso agitates las aguas del plácido manantial con el sonoro clarín o bien con ronca y destemplada grita, enfureciéndose el undoso chorro, arde en viva cólera; fuera de sí, se entrega a rabiosos transportes; se revuelve enloquecida por el álveo; bate

con las arremolinadas aguas las escarpadas paredes del pozo y, cuanto más resuenan los aires, heridos por los clangores del clarín, o con el atronador vocerío retiemblan las montañas, tanto más el raudal, semejante a un demente, se encoleriza. Mas cuando, mudo el clarín se sigue tranquilo silencio o bien las voces de mando acallan el estruendo y grita, depone la fuente su enojo y no arremolina de nuevo sus ondas.

No con corriente así enardecida en vesánicas oleadas de ira riega los campos la fuente tehuacanense, sino que arroja por enre los peñascos corrientes más delicadas que las hojas de los árboles, con las cuales la fértil gleba hace germinar las doradas simientes. Pues el río, brotado de las profundas entrañas de la tierra, no baña en manera alguna la vega con perenne caudal, sino que mana variablemente y a horas alternadas, ora bañando los verdes campos con el grato riego, ora, retenida la corriente en las cavernas de las montañas, defraudando avaricioso por completo a las sedientas arenas. Ni corre de nuevo el riachuelo por los campos atormentados por la sed, sin enviar antes por delante hórridos bufidos por las cortadas rendijas y sin que las cóncavas cavernas resuenen con trepidantes mugidos. Tal suele el río Laugelio con inconstante corriente ora amenazar en las rebosantes orillas, ora hurtar su caudal, ya apresurarse, ya detenerse en medio de los peñascos.

Ni hermosa la fecunda naturaleza estos parajes con sus maravillas de manera que, menospreciando a las demás llanuras, se las rehúe a ellas. Antes por el contrario enseñó a las fontanales aguas a manar alternativamente en Nexapa, expuesta a crueles dolencias. Y en efecto, yérguese en medio de la región un cerro, que con la alta y puntiaguda cumbre amenaza destruir a Febo, lanzando por ancha abertura, cortada la falda, un raudal más reluciente que la plata y en gran manera semejante al cristal, que, con alternativo chorro, mide

los días y las noches, huye el sol y ansía, la luna. Pues no bien la antorcha del sol baña con sus destellos las doradas arenas y comienzan las olas a rielar con la presencia de Febo, cuando la linfa, torciendo taciturna el paso, así como si odiara los rayos del sol naciente, al punto va a encerrarse en el negro antro de la montaña. Mas, cuando Febo sumerge en las olas los corceles de Neptuno, se avecina la húmeda noche y Febe se aproxima dudosa, muy prestamente la fuente, de nuevo y con precipitada carrera, hace volver a sus aguas y riega los campos a favor de las sombras nocturnas.

Jamás, empero, la pródiga naturaleza reunió más fuentes semejantes a un prodigio que en el seno de una montaña de ondulantes y suaves bordes y abundante en grutas, a la cual, de viejo vocablo, denominaron los pueblos Quinco. Pues verás ora cavernas en las cuales ondean aguas dulces, ora otras que destilan líquido azufre, ya también manantiales de aguas mezcladas con nitro, con cuya candente espuma relucen las duras cumbres. Corre esta por un frío canal desde la alta cima; conduce aquella sus caldeadas aguas por escondidos conductos; si ya no es que arroja mordaz alumbre por las hendiduras de la roca. Corren por doquiera las linfas, con varia droga mezcladas, aptas para el deleite y convenientes para curar las dolencias.

FIN DEL LIBRO DUODÉCIMO



LIBRO DECIMOTERCIO

Las aves



Canto las aves campesinas; aquellas que se reproducen a la continua y a las cuales ofrecen vianda las heredades en las propias arboledas; las que de varios y brillantes matices esmaltadas cobija la espesa selva en el umbrío albergue de la enramada; las que modulan dulces trinos con la canora garganta y, finalmente, las que gustan de la guerra y de vivir de la rapiña.

Acometo empresa ardua en verdad. Franquead, oh Napeas, vuestros tesoros del valle; haced venir de todo el bosque a mi presencia las aves todas y contadme benignas su genio y costumbres, así como sus multiplicados gorjeos por las frondas de la selva.

Escondió en otro tiempo América en sus bosques innúmeras aves, insignes por la reluciente veste de su plumaje y egregias por las modulaciones de sus dulcísimos trinos. Además de esto, había criado también en el corral aves domésticas y, abarcando muchas en su fecundo regazo, había producido enjambres de piadores pollos, cuando la generosa España nos hizo merced de la gallina y ofreció banquetes al amado pueblo. Mas luego que el hispano agregó en los corrales estas aves, excelente don, conducidas en las naos a través del mar océano, por doquiera resuenan con el cacareo de las gallinas las ciudades, las haciendas, las aldeas y las chozas de la mísera plebe. ¿Quién, en fin, podría contarlas, después, que el pródigo Vanierio llenó con el precioso don todos los corrales y obtuvo, con aplauso de Febo, la aonia corona?

De aquí, dejando los resguardados corrales y sus aves, voy calladamente a los sombríos escondrijos de la selva, a cazar con el lazo y con la trampa las aves bosqueriles.

Y ya veo a lo lejos en medio de las frondas del bosque al pavo indiano con el apiñado enjambre de polluelos y la turba de hembras, paciendo el espeso césped al pie de la sombría arboleda. Pues el que al presente llena los corrales con copiosos enjambres y con incesante grito hiere nuestros oídos, habitó libremente los escondrijos de los bosques y, descendiendo de silvestre sangre, dejó en la frondosa montaña raza inmortal.

La montañesa ave, tarda para alzar el vuelo, sobresale en su impetuosa carrera por la dilatada vega. Forma ingeniosamente los delicaditos nidos bajo los matorrales y gusta de conducir a la umbría los hijuelos y toda la caterva de compañeros, al tiempo en que Febo, hecho fuego, abrasa con sus rayos. Mas luego que el sol se eleva desvaneciendo las sombras nocturnas, al punto el macho encamina la muchedumbre a la amena campiña y entrelazando él solo pelotones con alternados pelotones, manifiesta a sus compañeros el amor ardiente que les guarda en el fondo de su corazón. Hinchando el cuello, irguiéndolo y echándolo hacia atrás, alza con gran esfuerzo las encrespadas plumas, barre la tierra con las alas, con el moco cubre el pico, despliega el sinuoso abanico de la cola, da ágiles vueltas por toda la campiña y reúne alrededor las pavas en apiñado pelotón. Y luego que, entonado, hubo rendido a la multitud todos los honores, conduce a sus camaradas a las cercanas corrientes, a que apaguen la sed en el manantial, para volver a llevarlos desde allí a los matorrales familiares.

Pero tú, para celebrar convites con los pavos cazados (pues que la cohorte de aves ignora qué cercado de las granjas cubre todo su cuerpo de dorada gordura) ármate solícito de redondos bastones y cuando la turba pía bajo la umbría de



las dulces frondas, arrójala del sombroso paraje y empújala a la dilatada llanura. Corre ella por catervas a todo correr y se derrama en precipitada fuga por el extendido campo. Rápidamente entonces, lanzando los bastones, esfuérzate por herirles las piernas y alejarlos del bosque. Amputadas ambas piernas, se detienen al instante y se posan gemebundos en el césped del herboso prado.

Mas suele a veces la alada caterva, a favor de las sombras de la noche, subir volando a las verdes ramas y entregarse al plácido sueño, escondida entre los árboles. Ciñe tú hábilmente los bastones con lazos y hazte seguir de un compañero, provisto de luminosa antorcha, que con sus llamas alumbre los ojos de los pavos. Y luego que haya entregado sus miembros al callado reposo la unida cohorte de aves, rompe con fuerte rumor su profundo sueño y pon enfrente la llameante tea a la turba agitada y amedrentada por el repentino fragor. Con los ojos enclavados en la resplandeciente luz, examina ella la antorcha colocada debajo y, alargando el cuello, los hinca maravillada en el vivo resplandor. Tal alguna vez la mocedad rústica y hecha al campo, que jamás había contemplado las villas y las grandes urbes, si algún día llega a ver los dorados alcázares, enmudece la ignorante turba y, observándolo todo, mira alrededor y no sabe salir de la suntuosa morada. Entre tanto, trepa poco a poco a la frondosa encina armado de los bastones y guarda cautamente silencio. Laza entonces el cuello del pavo y baja al punto del alto árbol al lazado, para que lo recoja el compañero. Aprehende en seguida uno y otro con los bastones provistos de lazos, hasta que hayas despojado de pavos toda la alta encina.

Semeja al pavo en la corpulencia el faisán, de airoso penacho, ora fuere pajizo y bayo, ora pintado de color ceniciento obscuro. Vence, empero, fácilmente a la corpulencia la gallardía. Yergue la alta cresta de diminuta punta, de suaves

plumas formada y resplandeciente de lindeza y, recubre los gallardos miembros de áurea pluma, semejante al metal de Chipre, o más bien negra hasta superar al hermoso azabache, y relucen las piernas con el azafranado tinte, osando igualar al pico en el color.

La veloz ave no sobresale por su raudó vuelo ni osa ascender a los altos pinos; pero con repetidos saltos traspasa las cimas de los bosques y gusta de conciliar tranquilo sueño en los escarpados montes. En resolución, si bien torpe para volar, con las ligeras plantas recorre dilatadas llanuras y, atravesando los espaciosos campos, esquiva los corredores mastines que la persiguen. De aquí que sea menester cazar a la rápida ave, o herirla si no, disparándole mortífero plomo, si quieres servir a la mesa regias viandas; pues aventaja a las demás aves por su agradable sabor y adorna los exquisitos banquetes con magnífico lujo. Y si faltare acónito para matar a los perros, los mismos huesos te proporcionarán mortal ponzoña. Si, por el contrario, te inclinas a enriquecer los corrales con la escítica ave, esta, domesticada en la amorosa mansión, llenará los patios con la piadora pollada.

Algunas veces el gallo de fasis se asocia con dos aves que en su carrera dejan atrás al viento. La primera que, alada, remeda el color del plomo, es gárrula en extremo y la apellidan chachalaca. Nunca iguala en sus miembros a las robustas gallinas. La segunda que, cubierta de negreante pluma, inspira desdén, llamada por los colonos, con extranjero nombre, pava, aventaja en corpulencia a las gallinas nuevas. La primera, impertérrita cantadora, se muestra al momento en el ameno bosque y por el cacareo de la parlera lengua cae en las enfoscadas de los cazadores, que escudriñan, ojeando, las sombrías selvas, en tanto que la segunda, sosegada y sellado el pico, pace los sazonados frutos en las hojosas ramas. Ni una ni otra, sin embargo, suministrarán manjares a las abundantes mesas, a no ser

que, al punto en que sufren cruel muerte, el cazador despeje prestamente los miembros de las plumas y ya despojados los refresque paulatinamente el aire. Si, por el contrario, arrebatara las entrañas con el vientre aún caliente, ninguna llama batará a ablandar el endurecido pecho y en vano, aflojadas las riendas, se enfurecerá Vulcano.

Sobresale, empero, en los bosques la perdiz, ave consagrada a latona, siempre buscada por su exquisito sabor; a la cual acompaña por los lozanos campos la vodorniz y ofrece succulentos manjares a las opíparas mesas. Incapaces ambas de subir a las altas frondas, hienden el denso aire volando con rauda vuelo a ras de tierra y habitan abyectas sobre pobres penates, llenando, cual madres fecundas que son, de enjambres de polluelos los nidos, acomodados al pie de los matorrales. Tiende entonces diestramente las redes a estas pingües aves; o bien caminando quedo por los silenciosos campos, acomételas cuando reposan por la noche y están sumidas en profundo sueño.

Junto con estas conduce las bandadas por los frondosos campos el voraz tordo; y la paloma torcaz, hondamente amedrentada, frecuenta las sombrías montañas, de innúmeras aves acompañada, para cuya caza se deben aprestar las redes conducentes.

Pero ame otro estos manjares y festivo sirva caza fresca a los amigos de todas partes congregados. Pláceme a mí escuchar los sonoros cantos de las aves y recrear la vista con sus variados colores.

Y reciba los primeros honores el dulce yulqueo, cuyo gentil corpezuelo está todo revestido de dorado plumaje; de figura linda en extremo y mayor que el gorrión. Relúcele la garganta, de negreante color embellecida, y en la cola, así como en las largas alas negreantes, se entremezclan las plumas negras con las albeantes plumas. Esta ave se domestica al

instante en nuestros patios, y subiéndose alegre a los hombros con repetidos saltos, coge el trigo de la boca, saluda ingeniosamente con el canto y recrea candorosamente a su dueño con variados donaires.

No así diversamente matizada se presenta la noble ave, muy mayor que los gorriones e insigne por su gentil figura, cuyos miembros reviste flotante clámide en el tirio jugo tinta, cubriendo todo el egregio cuerpo, extendida desde la coronilla de la cabeza, con róseo velo. Erguido el cuello, agita la encendida cresta de suave plumaje formada, y con serena mirada lanza dulces trinos de la sonora garganta.

Sobresale, empero, la calandria, famosa por su melodioso canto, de bella figura dotada y de triple color. El ceniciento pájaro ostenta plumas de resplandeciente blancura, entremezcladas con motas de apagado oro y, ofreciendo dulces espectáculos con los vivarachos ojillos, imita, oh ruiñeñor, tus potentes trinos.

Mas ninguna ave, puede cantando, rivalizar o igualar al pito real en las modulaciones de sus dulces gorjeos. Es de grande cabeza, de pequeño pico y plumizo plumaje y ostenta en el pecho triste luto. Pero luego que comienza a engañar con sus melodías las roedoras penas y modula la dulcisona garganta el canoro canto, arroja las cuitas del oprimido pecho y recrea el oído con la inefable dulzura.

Se le asemeja en la figura y disposición y se le asemejaría en el plumaje el ave que mora en los hondos valles y frecuente los bosques, si sus alas no se tiñesen de dorado color. Escondida en la umbría enramada de las selvas, parece tañer una esquila con sonoro toque. Murmura el ave al principio grave tañido, para remedar en seguida otras varias suertes de melodías, hasta acallar la dulce garganta con otro semejante tañido.

No con tan regocijado canto gorjea el tristísimo pájaro llamado, con falso nombre, centzontle, en todo semejante al

mirlo, así en la figura como en el color. Pero lo es inferior en el canto y melodiosos trinos. Dulcemente canta el ave; mas anubla los corazones con tristes plañidos e inunda los lares de densas nubes de tristeza.

Pero los pechos que ella acongojó con cruel angustia, alivíalos con sus dulces armonías el diminuto rise, de cuerpo totalmente cubierto de cerúleo plumaje. Festivo atruena continuamente la estrecha jaula con sus melodías y, si en medio de las tinieblas de la noche prendieras la luz, recrearáte él con blandos donaires.

Iguala al rise el colorado gorrión en el variado color y también en los dulces trinos. Cuánto, empero, le aventaja en los matices la rutilante ave. Ostenta el plumaje todo teñido de sidonia púrpura, de violas la cabeza, relucen sus alas con el cerúleo matiz, de refulgente esmeralda entreverado.

Pero nada conoció el orbe más bello que el diminuto colibrí, privado del gorjeo del melodioso canto; mas famoso por el irisado plumaje que cubre sus tiernecitos miembros. Es pequenuelo su cuerpo, por ventura no mayor de un pulgar (provisto por la madre naturaleza de agudo pico, que iguala casi a todos los miembros del ave). Esmalta las verdeantes plumas de áureo brillo y las entremezcla de variados colores, al sol arrancados. Vuela, con raudo vuelo, que vence al del veloz céfiro, y levanta con las rechinantes alas un ronco susurro. Mas si quiere con el pico libar en el cáliz de la aromosa flor las mieles que gota a gota destila y restituir a los miembros su vigor (pues se rehúsa a alimentarse en otra mesa alguna) se sostiene en el aire, agitando rápida y fuertemente las alas, hasta haber extraído con el redondeado pico el nectáreo licor. Y tan rápidamente agita las diminutas alas, que se escapan a los ojos que atentamente las siguen y engañan con su vigorosa celeridad, de arte que pensarías que el pájaro se mantiene en el aire colgado de algún hilo. Y si el bóreas se aproxima a los

bosques y el variable aire se enfría aún más con las variables lluvias, con precipitada fuga abandona el colibrí nuestros fríos campos, deja con rauda vuelo los verjeles y, largo tiempo oculto en la sombría espesura de la montaña, se entrega, cual la ingeniosa Progne, al plácido reposo, hasta tanto que Aries iguale los días con las noches sembradas de estrellas y la nueva primavera restituya a las praderas la antigua hermosura.

A los cuales, por cierto, lucha por vencer con el sonoro canto el canario, que a nosotros envió la florida España. Modula con la resonante garganta variados trinos y entremezcla melifluo dulces plectros, recorriendo inquieto el estrecho encierro con incesantes brincos. Y si gustas de recrear el ánimo con divertidos donaires, toca con el dedo la jaula del cantor, al instante él, abandonando cadencias, viandas y linfas, vuela rápido a jugar cortesantemente con el alargado dedo, arranca de los comprimidos labios los manjares que se le ofrecen y, revoloteando por la parte superior, con el pico separa las alas, concierta el plumaje y compone el pechuelo. Mas cuando el ave se desentraña por aprestar los nidos para los tiernecitos polluelos, tiende sobre ramas de pino un cojín de suave algodón y dispone pudorosa los blandos penates. Y si faltaren a la hembra vellones para los procurados nidos, dulcemente le arranca plumas al macho del apiñado plumaje del pechuelo y este se le entrega rendido para la dolorosa extracción. Tan hondo es el amor del ave a los hijuelos, tanta la gloria de engendrarlos.

En tanto que me detengo y con atenta mirada contemplo los nidos, he aquí que grazna en los sombríos bosques la regia ave, ceñidas las sienes de carnosa diadema y ornado el cándido cuello de purpurino collar. Semeja al águila en la corpulencia; pero, galana con su pintada veste, aventaja a la reina de las aves en el don de la figura y disposición. Con soberbio fausto, habita en los parajes descarriados de las selvas y, empuñando el cetro y gozando del bosqueril reino, gobierna

sabiamente a la negreante bandada en los silenciosos campos. De donde la asociada cohorte del denominado zopilote, si tal vez descubre en la falda de la montaña el cadáver de un toro, se guarda de tocar la presa antes que su rey, para agotar luego vorazmente las cruentas reliquias.

No con regia brillantez hermosea sus miembros la tzacua ni se honra feliz con cetro alguno; mas cúbrese, cual el tordo, de vestes diversamente matizadas y gusta de acorrer amigablemente a la propia gente. Escoge un alto árbol de frondosa copa y, adornando pródiga las ramas de pensiles nidos, ocúltase toda la república en medio de las verdes frondas. Luego escoge previsora para los polluelos una guarda, la cual, subiéndole presto a las ramas superiores del cerezo, con vigilante guardia avisa de las asechanzas del enemigo, va solícita a ver los renacientes nidos, prorrumpe en sonoros gorjeos y, regresando a las altas frondas, con pico y alas arroja a las aves extrañas. Si se acercan a los cerezos hombres, gente enemiga, al momento azuza con sus cantos a los incautos camaradas; a fin de que con raudo vuelo abandonen los nidos y el árbol. Tal suele a veces el castor, sumergido en el río, agitar las aguas de debajo y dar a los compañeros la voz de alerta.

Suena ya, empero, mil veces en los solitarios bosques un remedo de la voz humana y la misma me ha llamado a mí. Y mientras que la tengo por voz de hombre, charla indolentemente en el álamo el loro, gala de los bosques, el cual cubre su cuerpo de verde color y salpica el lindo cuello de apagado oro, así como también la brillante frente por en medio de las sienas. Domesticada en la casa por un maestro la ingeniosa ave, platica, remeda la risa, canta y, malvada, se ríe a carcajadas con ocasión del dedo desgarrado a mordiscos y se goza en destruir las cosas con el pico. Mas cuando el ave charla y se aplaude a sí misma, arrebatada y arranca plumas, armada de las veloces alas y de las uñas.

Y bajo las frondas, gallarda por la figura y la disposición, impera la fiera reina de las aves y gloria de la selva, por las garras insigne y corvo pico. Teñido el cuerpo todo de negro color, diversifica, entremezclando, cándidas plumas, las alas, que extiende revoloteando, elevada a altura de doce codos, y arma los dedos de largas y corvas uñas. Habita en los bosques, con el oscuro roble negreantes, y en los campos lejanos poblados de aves y de presa. Mas luego que el ave desea ardentemente saciar el hambre con la hostil rapiña y la ansiada presa se acerca a sus campamentos, al punto el águila, paje de armas de Júpiter, abandona el sombrío bosque y, fieramente encrespadas las plumas desde la coronilla de la cabeza con fulmíneo vuelo arrebatada por los aires la presa, e incapaz de soportar el hambre, la despedaza con las corvas garras, ora haya sido ave, ora ternero el arrebatado de los campos.

Pero aventaja al águila, por la rápida caída con que hien- de los aires, el cruel halcón, cubierto de rojizo plumaje y teñido el cuello de encendida púrpura. En la corpulencia semeja ciertamente al gallo; pero aventaja en la celeridad del vuelo a las aves de rapiña que se ocultan en las montañas. Pues apenas la paloma torcaz tiende el vuelo y asciende a lo alto, cuando al punto el halcón, más veloz que el rápido euro, desplegando las alas, se remonta hasta dejar atrás al ave y volar levemente por sobre ella. El salteador entonces, cual el rayo lanzado por la nube cargada, se abalanza al ave y, esparcidas las plumas por los aires, hincan las uñas en los miembros, que gotean sangre, y voraz la oculta en medio de los robles de la selva.

No con tan raudo vuelo hien- de los aires el gavilán, ave afeada no solo por la figura sino también por el obscuro color; pero inicua acecha frecuentemente a los polluelos en el nido y con audaz robo se los arrebatada a los padres. La muchedumbre de aves se apiña en torno del salteador e, infiriéndole heridas, trata por largo tiempo de arrancarle la presa; pero él



aprieta el pingüe hurto, hasta que escondido en el bosque, le despedaza con el pico las entrañas.

Semejante a este y cubierto de obscuro plumaje, de menor corpulencia, el pequeño cernícalo se esfuerza por asolar los corrales. De aquí que, extendidas las alas en el aire se mantiene quedo y las mantiene inmóviles. Mas en divisando los pollos que vagan por el corral de debajo o bien la culebra, que infla el fiero cuello, al momento el ave con las carniceras uñas arrebatada a los piadores y arrebatados los eleva a las alturas, desgarrando ferozmente sus miembros y les come las entrañas. Si, por el contrario, eleva a los aires la sierpe con las corvas garras con uñas y pico despedaza el corazón de la enfurecida alimaña, hasta que con la vida deje también la cólera y huya hacia las sombras de la muerte.

Ahora bien, después que ofrecí los gratos espectáculos de nuestras selvas, sacaré de pronto al maravilloso monstruo de las aves y yo mismo lo conduciré por el orbe por doquiera; a fin de suministrar por ventura alivio en las dolencias. Escondida en las solitarias sombras del frondoso bosque vive el ave, de diminuto cuerpo, mas revestida de tan abundosa pluma que, de menguado corpezuelo, aparenta mediana corpulencia. Es corta su cola, la pierna larga y lleva grabada en el plumaje una doble mancha, que pinta al ave con alternado color. La una que adorna el dorso de reluciente bermellón; la otra con que el blando pecho aventaja en albor a la nieve. Grandes ambas, sin embargo, y ampliamente extendidas; mas afeadas absolutamente por el desaforado pico, que semeja una concha y está pintado de diversos colores; pero más pesado que el ave, como que es del ancho de la mano y aún es más largo que el cuerpo mismo cubierto de plumaje. Tiene la lengua toda la suavidad de la pluma y sirve de curar las dolencias del corazón. Y en efecto, el enfermo encierra en una jaula al ave, arrancada a la espesura de la espesa y negreante selva, cuida de que

esté aprisionada y, cuando ella apaga la sed en el río, y hubo bañado repetidas veces en el remanso la alada lengua, ansiosamente bebe él muchas veces del agua y arroja del quebrantado pecho la cruel dolencia.

FIN DEL LIBRO DECIMOTERCIO



LIBRO DECIMOQUINTO

Los juegos



Después de haber alborotado con las flechas las cavernas de las montañas, y con los ladridos de los mastines las hórridas selvas, aplace entremezclar los juegos con la ingrata labor, y con tranquilo ocio renovar las quebrantadas fuerzas.

¡Oh tindáridos jóvenes, que gustáis muchas veces de jugar con el delgado disco y de alejar del ánimo los enojosos cuidados, decir qué espectáculos ejecuta en los juegos festivos la bizarra mocedad, de las occidentales regiones enviada; pues de niños lo habéis visto y podéis manifestarlo.

Al instante seguiré yo mismo a los gallos, para las generosas lides armados. Pues no me es permitido oponerme a las peleas, que revelan inauditas monstruosidades de frenético furor. No bien camina la encrestada ave, la cerviz erguida en actitud de reto y engreída con soberbia altanería, gozosa en acometer a las compañeras con incesante riña, cuando el insensato amor de juego, cuando la sanguinaria voluptuosidad encierra a la arrancada a los corrales en angosto gallinero, la sujeta con un cordel amarrado al pie y la reserva maliciosamente para la pelea. Al principio el ave se entristece, lanza furiosos y largos lamentos y se esfuerza por soltar el cuerpo de los inusitados lazos. Mas luego, acostumbrada a las viandas y a los abundantes lares, pasea majestuosamente todo el antro y saluda muchísimas veces con su cacareo a Febe y a Febo. Nácele un amarillo penacho en la encrestada cabeza, la barba tíñese de bermejo, las plumas caen extendidas por el cuello, y la flexible cola, con las encrestadas plumas acrecentada,

se endereza a altura de la cabeza, formando gallarda curva, y deja al descubierto los corneos espolones del armado gallo. Pero le recortan las armas, la cresta y las barbas quienes gozan en impeler las fieras aves al feroz combate, conservando una pequeña parte del talón izquierdo, en donde el jugador acomoda pequeño y filoso cuchillo, por redondo cordelito sujeto y amarrado a la pata. Y cuando hubo llegado el ansiado día fijado para la pelea, lleva cada uno al sangriento espectáculo a su atleta, horroroso de verse con el rutilante cuchillo y lanzando amenazas.

Hay siempre una pequeña plaza de allanado ruedo, salpicada de manchas de sangre y de huellas de reciente mortandad, tiempo ha consagrada al cruel furor de Marte, la cual ofrece alrededor muchos asientos entarimados a la muchedumbre que aplaude estruendosamente los triunfos y hace cuantiosas apuestas.

Cuando la clamorosa multitud llena estos escaños, al momento ponen en mitad de la arena a los dos atletas, de afilado y letal cuchillo armados. Entonces las aves, encendido el fiero corazón en repentino furor, enrojecen la cara, viva lumbre lanzan por los encarnizados ojos y encrespado el plumaje se lanzan a la pelea, abajada la cerviz. No ose, sin embargo, lanzarse precipitadamente a la dudosa lid o venir a las manos y atacar al enemigo, sin espiar primeramente sus movimientos e indagar todas las entradas. Luego, hendiendo los aires con repentino salto, se alza contra el enemigo, golpeándose pecho contra pecho y apretándose ferozmente con los armados talones, trabando patas con patas y cuchillos con cuchillos, sin que jamás se aplaque el furor en el rabioso corazón, hasta derribar al vencido en la arena tinta en sangre. Vuelan las plumas, las entrañas corren por el rasgado vientre y el belicoso atleta, regando el campo con un tibio arroyo de roja sangre, sucumbe a manos de cruenta muerte.

El vencedor está triunfante en medio de los generales aplausos de la numerosa multitud y, sacudiendo con fuerza el pintado pecho con las doradas alas, canta con robusta y vibrante voz el glorioso triunfo. A la manera que tal vez los toros, recorriendo enfurecidos toda la llanura, se infieren, entrelazados los cuernos, numerosas heridas, redoblan las embestidas y fatigan al enemigo, hasta que la ardua victoria quede por el combatiente más valeroso y porfiado; así el gallo, del reluciente cuchillo armado, se esfuerza por conquistar la palma en la encarnizada pelea. Mas si, por el contrario, el cobarde vencedor, cuando el enemigo se debate con las ansias de la muerte, se espanta y, volviendo la espalda, huye, inmediatamente, desdeñando al deshonorado y cobarde vencedor, rivalizan más bien por ceñir al muerto la corona del laurel, premio de las sienes victoriosas.

Luego la multitud dispone, con cabal conocimiento, una y otra pelea, hasta que Febo llega a la mitad del Olimpo y la noche vela el firmamento con sus negras sombras.

Esto no embargante, presto desdeña la multitud las peleas de gallos, si algún día celebra el estadio carreras de veloces caballos y se permite contender cruzando apuestas. Elige atinadamente para la dudosa contienda dos corceles de gallarda figura y potente brío. Son hermosos de mirar con el grácil vientre, que ciñe los menudos ijares; con la animada cabeza; con el fuego que respiran las anchas narices; con el amplio pecho y larga pata. Despojan los rivales de las férreas herraduras las rápidas plantas y ordenan a intonsos mozuelos que monten sobre el lomo mismo, de retorcido mimbre armados. Lánzase regocijada la mocedad, contenta con los solos frenos, y está ebria de dicha, gozosa en cabalgar.

En seguida, tan pronto como, habiendo recorrido con sosegado paso el campo, llegaron al lugar señalado para los combatientes, desde donde cada uno trata de atravesar el pri-

mero en la carrera el olímpico campo, montando ambos rápidamente en los corceles, desean desasosegados adelantarse corriendo con veloz planta. Empero, en tanto que los mozuolos acarician con la diestra los robustos ijares y las peinadas crines, que por aquí y por allí ondean en la cerviz, mitigan los corceles el hervor en el fogoso corazón e igualan manos con manos y frentes con frentes.

Mas ambos, oído el toque de la trompeta y la señal de arrancar, obedecen prontamente la orden. Vuela este veloz, cual el rayo, del cielo arrojado; corre aquel más rápido que las alas del ligero céfiro; y rivalizan impetuosos por aventajarse en la vertiginosa carrera y llegar primero a la meta fijada. Y cuando raudos atraviesan con supremo esfuerzo la llanura y resuenan los despejados campos con sordo fragor, el uno va delante, en seguida lo pasa el otro, luego ambos galopan juntos, igualadas las frentes, y con incierto vuelo revolotea largo tiempo la victoria. Los mozuolos entre tanto importunan con los talones a los corredores y los aprietan vivamente, asestándoles reiterados varazos en cuello e ijares, hasta que la suerte da al vencedor adelantarse en la carrera al vencido y ciñe a sus sienes el honroso lauro. Con aclamaciones reciben al mozuolo, lo saludan con aplausos y repiten nuevas carreras los alegres ciudadanos.

Pero nada anhela la mocedad de las regiones occidentales tan ardientemente como lidiar en el circo los feroces toros. Se extiende una superficie, de firme palizada circundada, que suministra a la copiosa multitud infinidad de escaños, guarnecidos de tapices de vivos y variados colores, y a la cual solamente sale el acostumbrado a la lidia, ora, como peón, conozca de burlar al toro brincando, ora con el duro cabestro gobierne al fogoso corcel.

Esto así aprestado, conforme a vieja costumbre nacional, al momento sale precipitadamente al ruedo un novillo bravo,



corpulento, erguida y amenazadora la cerviz, los ojos inflamados por el furor y rebosante el corazón de rencor fiero; y, ansioso de apagar con sangre el ardor de su rabia, recorre feroz alrededor todos los asientos, hasta que el jugador le pone ante los ojos un blanco lienzo y, cuerpo a cuerpo, irrita su ira, por largo tiempo acumulada. El toro, cual la saeta, impetuosamente disparada por la fuerte cuerda del arco, se lanza contra el jugador, que en frente de sí tiene, con intento de atravesarlo de una cornada y, atravesado, aventarlo hacia las leves auras. El jugador entonces le tiende repetidas veces el capote; rozando los cuernos, hurta el cuerpo y, desviándose apresuradamente, con rápido brinco esquivo las letales heridas. El toro, rabiosamente inflamado de nuevo en ponzoñoso coraje, reuniendo todas sus fuerzas contra el jugador, acomete, espumajea de ira y amenaza con la muerte. Pero el jugador, enarbolando en la diestra una pequeña saeta, hinca él mismo velozmente el penetrante hierro en el lomo del novillo, al tiempo que este, abajada la cerviz, agita el capote. El toro, traspasado por la aguda saeta, da remontados botes y llena de mugidos todo el circo.

Mas cuando intenta arrancar las banderillas hincadas en el lomo y mitigar con la carrera el rabioso dolor, el jugador le pone delante al caballo, que respira llamas por todo el cuerpo, y hace así arder la lucha. El cornífero, que probó entre tanto las heridas de la ferreteada lanza, astutamente, durante largo tiempo, fatiga por aquí y por allí al caballo y esparce con las patas la menuda arena, buscando diversas entradas. Está el fogoso Etón escuchando atentamente, dispuesto a frustrar el golpe, en tanto que el jugador espía las perniciosas mañas del enemigo. La fiera entonces, más rápida que el veloz viento, acomete al caballo, a la pica y al jinete. Pero el diestro, dando de pronto otra dirección a las riendas, espolea al caballo y, deteniendo con la metálica punta el cuello de la fiera, esquivo

cuidadosamente entre tanto la furiosa embestida. Mas si el presidente ordena que el toro, ya quebrantado con las reiteradas heridas, sea, con la última suerte, enviado a la muerte, el atleta, armado de fulminante espada, o bien el jinete, igualmente armado de la aguzada pica, intrépidos desafían el peligro, azuzando con gritos al toro, que amenaza con el cornudo testuz, y dirigiéndose hacia él espada en mano. Los repentinos gritos exasperan la rabia toda del toro y acomete al jugador, que lo azuza con armas y voces. El atleta entonces hunde en el lomo la espada hasta la empuñadura o, al acometer, pínchalo el jinete con la acerada pica y lo hiere en medio de la cerviz, haciendo pasar la pica por en medio de ambos cuernos y, trémulas las rodillas, cae en tierra el toro. Síguense los aplausos de los espectadores y las triunfales aclamaciones y rivalizan todos en solemnizar la victoria del matador.

Alguna vez, cuando fía en demasía de la aguda espada, arrójaló el toro a lo alto, atravesadas las entrañas por los cuernos, y muere el temerario gladiador a manos de los inicuos hados. El toro revuelca al muerto por la ensangrentada arena. El público se horroriza de verlo y temen los compañeros el riesgo. De aquí que unos juegos se suceden a los otros por su orden, si es que se desea variarlos.

En efecto, suele a veces la mocedad aparejar, para montar, un toro, a viva fuerza arrancado a la ganadería, de poderosas fuerzas dotado, corpulento y que con su fiereza amenaza con la muerte. Sujeta el mozo la mantilla, a modo de caballo, en el peludo lomo, circunda la cerviz de redonda y larga sogas, empleándola luego impávido a manera de fuertes bridas, monta el novillo, que se resiste furiosamente, armado de las crueles espuelas y fiado en su robustez.

Bramando de furia el toro, se revuelve en todas direcciones y se esfuerza impetuoso por arrojar del lomo al jinete. Ora, de furibundo coraje poseído, se alza, acometiendo con

los retorcidos cuernos las altas auras, ora, acoceando los aires, se lanza, con anhelosa carrera, contra quienes topa ante sí e, intentando brincar el cóncavo circo, trastorna todos los escaños de la amedrentada turba. Cual ruge el líbico León, abiertas las cruentas y fieras fauces, amenazadores los dientes, los ojos feroces y encarnizados y, mostrando las garras, acomete a los astutos enemigos, y ya con veloz brinco se debate en el vacío, ya fatiga rápido a la turba con impetuosa carrera; así también el toro, indignado de la inusitada carga, poniendo en desorden el circo, ora acomete a estos, ora a aquellos. El mozuelo, empero, se mantiene impertérrito e inmovible sobre el lomo y pica las ijadas con reiterados espolazos.

Y aun todavía el valeroso mozuelo, vibrando en la poderosa diestra larga pica desde lo alto del corpulento toro, manda sacar otro del fondo de los cerrados establos y lo empuja gozoso, a poder de puyazos, por toda la llanura. El toro, de la novedad aturdido, al principio se apoca y con veloz carrera esquiva al compañero, ricamente enjaezado. Mas, largo tiempo punzado con la fiera pica, se enfurece, en cólera encendido, y acomete con los cuernos al que lo sigue, trabando ambos encarnizado combate a cornadas. Pero el robusto jinete pone con su pica fin a la contienda y animoso continúa en perseguir a los toros por la llanura, hasta tanto que con la fatiga cesen en sus amenazas y, vencidos, sosieguen.

Luego agrega la mocedad a los toros las carreras de caballos, en cuyo lomo asegura el joven las diestras plantas, pisando con el pie derecho en el de la derecha y en el de la izquierda con el izquierdo y, derecho sobre ellos, refrénalos a ambos con las bridas. Impele al punto a la carrera a los impetuosos corceles el firme jinete y, reteniendo sus bocas sujetas con el fuerte cabestro, gobierna hábilmente el rápido paso de los corceles, que atraviesan a una la llanura. Dando desde allí vueltas y revueltas, hace describir a los veloces corredores un extenso

círculo, sin haber meneado jamás ni por un instante los pies de los altos lomos.

A veces la multitud, desdénando los toros en la llanura, gusta de ir a ver los hombres nuevos que vuelan. Se despoja de la corteza, en resina bañada, a un alto pino, que con la inculta copa atraviesa los relucientes astros. Cortando en seguida, según costumbre, las frondosas ramas, enderezan en medio del olímpico circo el cibeleo árbol y, rodeado todo a lo largo de una cadena de soga, muestra al trepador los extremos de las gradas. Se le corona luego de amplio cuadrado de roble, apto para dar por los aires innumerables vueltas, de arte que en su centro medio puede levantarse una ahuecada y bicorne pértiga que, con contrario movimiento, sigue rápidamente al cuadrado y voltea consigo al que se asienta en el extremo. Pues encorvándose acomoda en tal madero ambos muslos un mozuelo y está en lo alto con impertérrito valor. Luego la diligente mocedad, introduciendo la soga en sentido contrario, incluye también el ahorquillado madero (en donde se asienta el valiente efebo) y lo ciñe todo alrededor con apretadas sogas, que con el propio montón desenrollado, barren el campo del circo, y conducen por los aires a los voladores. Cual suele a veces el trompo ceñirse de apretado cordel y, en volteando en el suelo, desenrolla y quebranta las apretadas ligaduras; así el móvil madero, con sogas amarrado, voltea rápidamente y suelta los lazos.

Luego trepan velozmente al cuadro, puesto a la parte de arriba, cuatro elegidos entre lo más granado de la gente moza, todos atemorizados, vestidos todos galanamente, y se sitúan los unos en frente de los otros, hasta el momento de que los amarren con retorcidas sogas. Mas tan pronto como cada uno de ellos se siente atado con las maromas, suspendido por la cintura, de un salto se vuelven precipitados contra la baja tierra. Luego gira la máquina y, desenrollando con el

bífido cilindro las enrolladas cuerdas, soltando soga, fuerza a los voladores a dar alrededor por los aires lunadas vueltas y a enlazar círculos inmensos en círculos inmensos. Entonces agitan el aire con los pies y pulsan con sus manos los sistros y resuenan en los escaños nutridos aplausos, hasta tanto que el impetuoso movimiento arroja al suelo, vacilantes las rodillas, a los rendidos, cual Baco, completamente aflojadas las bridas.

Sustituye el pueblo este por otro elevado madero y desea ardientemente celebrar el espectáculo con homéricas carcajadas. Es decir, que tan pronto como el hábil carpintero labra y acepilla con el hierro un pino y lo hubo alisado hasta la perfección, unta profusamente de espeso sebo el pulido tronco, hasta tanto que, ensebado todo alrededor, comience a brillar. Entonces se endereza en medio del circo el pulido pino de reluciente corteza, colocando en el extremo de la punta una copa repleta de dineros. Mas no lo asirá el ansioso vulgo, sin que antes, con titánico esfuerzo, trepe al maligno pino y con sus manos arranque la hincada copa.

De aquí que muchos, haciendo uso de maña y fuerzas, intentan con vario esfuerzo despojar al madero de sus bienes. Este ciñe las vacilantes piernas de retorcidas sogas, para así asegurar las firmes plantas en el ensebado madero. Arma aquel ambas manos de agudos clavos e hincándolos en la superficie del embadurnado tronco, levanta con gran trabajo los miembros que resbalan. Mas apenas, habiendo con presurosa rodilla trepado por una pequeña parte del añoso pino, se anima con vana esperanza, cuando de pronto ambos, frustrados sus deseos, resbalando del alto tronco, vienen a tierra. La vagabunda turba da gritos de alegría, prorrumpe en estruendosas carcajadas y excita a los ya rendidos a que intenten de nuevo recorrer el enojoso camino por el vergonzoso amor del exorbitante logro. Con titánico esfuerzo se precipitan ellos con nuevo ánimo, meditando muchas cosas y temiendo un

infortunio. Mas, habiendo muchas veces con deplorable desgracia caído, ambos desisten de sus proyectos y ni curan del galardón. Pero tal vez entra en el juego algún mozuelo con tan resuelto empeño y aprieta con sus brazos el madero de arte que arrebatada de la punta la copa. En cuyo caso, los escaños todos aplauden al esforzado vencedor, magnifican su nombre y lo colman de alabanzas.

Empero, nada ofrece espectáculos más maravillosos que la numerosa turba de indios cuando juega. Recogen previamente de resinoso árbol copia de hule (al cual dio nombre su elasticidad) y con varios montones forman una gran pelota, que con reiterados botes haya de hender los aires. Después forma la sinuosa muchedumbre un inmenso círculo, en el cual el primer tiro lanza a lo alto la grande y redonda pelota, sin que a nadie sea lícito tocarla con las manos, sino por el contrario, con los muslos o con los codos, hombros y rodillas. Luego, al punto que el globo es arrojado a los aires, juega con ardor, brincando continuamente, toda la turba en medio del campo. El uno empuja con el codo al otro, él lo rechaza; este opone la cabeza a la pelota que cae; aquel, rápido, la arroja nuevamente con la rodilla hacia lo alto o bien golpea la cara posterior del hule. Mas si alguna vez la pelota cayere al suelo, es fuerza levantarla con los codos o con las rodillas y lanzarla al aire desde la llanura. Habrás de ver entonces cómo los indios ruedan por todo el campo, hasta alzar de nuevo a la caída con los codos o con las rodillas. Y si alguno fuere osado de tocar con las manos a la voladora esfera y violare incauto la rigurosa prohibición, el tal, tras haber recibido una reprensión, paga los gastos del juego.

FIN DEL LIBRO DECIMOQUINTO



## APÉNDICE

### La cruz de Tepic





Hasta aquí he pintado los florecidos campos que se asientan en mitad de la vega; el furor de Vulcano; los undosos raudales, que descienden de las colinas; las vestes, en vario jugo tintas; del castor las egregias moradas y los metales arrancados al cerro. Enseñé luego detenidamente a condensar las mieles y a conocer los usos de los animales domésticos y, cabe las fuentes, habiendo seguido así a las aves como a las fieras, a calmar con los festivos juegos las cuitas del corazón. Dejando, empero, estas cosas, trocado el designio, canto ahora a ti, oh monumento de la redención del mundo, que la ingeniosa naturaleza esculpió en nuestros campos.

Mas para que ningún contagio manche mi mente ni pueda el canto profano violar las cosas sagradas, idos al punto, oh Musas, y aleje el délfico oráculo, obligado a enmudecer, a las castalias ondas, la cítara y cánticos. Tú sola, Omnipotente Sabiduría del Soberano Padre, que providente juegas en el orbe todo, gobernando con solo una seña el mundo de uno a otro confín, muéstrate propicia, cuando el plectro, por trememente mano pulsado, ensalza los indubitables monumentos de tu claro triunfo.

La rica América, extendida en inmensas regiones, por la parte que prolonga ampliamente las tierras hacia la aterida Osa, habiendo dado a luz con trabajo, hizo salir del hinchado seno dos montañas de encumbrada cima, que con la pendiente atraviesan las nubes y conducen sus cumbres por el cielo. En medio de ellas se recuesta un valle llano, vastamente extendido por la honda llanura, ora pelado al tiempo del crudo

invierno, ora, al del primaveral signo, frondoso con el nuevo verdor y con las renacidas caltas. Riega esta región con su sonoro curso entre los peñascos un cristalino río, cortándola por medio con sus rápidas ondas.

Reina, empero, sobre el campo, el río y las altas colinas, en medio del valle situado, Tepic, el cual alcanzó egregia nombradía, que levanta hasta las estrellas la voladora fama. No brilla por la magnífica multitud de sus suntuosas moradas ni se envanece con columnas diestramente cortadas del mármol de Paros ni con templos por vetusta mano fabricados o relucientes por doquiera con el oro o las centelleantes gemas. El pueblo, sin embargo, digno de loa por su modesto género de vida, frecuenta los templos, adornados con perpetuos exvotos. Mas las gemas, el deleznable oro y el fausto de las mansiones compensólos la generosa naturaleza con un inaudito prodigio.

Porque en efecto, cerca, en los alrededores, de frondosidad y verdor cubiertos, del pequeño y dichoso pueblo, en donde crece el ameno césped por el despejado campo, se ha visto que la tierra se alza medio pie sobre el resto del suelo y así levantada por la alta pradera, se extiende unos doce codos por el espeso césped, de más de tres palmos de anchura y, cortado a la vez por un terrón alto y puesto al través, que forma con el tronco los letales brazos y muestra la cruz, prenda del divino amor. Tal alguna vez levantándose en la excelsa cumbre de la montaña, se cubre de frondosos árboles la selva espesa y sombría con la negreante arboleda y te ofrece tantas cruces como árboles. Firme está la cruz, tapizada por el risueño césped de la pradera, sin que languidezca jamás, seca por el frío del invierno, o a lo menos palidezca con las rigurosas nevadas. Antes por el contrario, cuando con el hielo languidecen los campos del pueblo, ella sola sostiene perennemente eterno verdor en los amenos lechos herbosos. Mas si por el contrario, con las

copiosas lluvias brotan las mieses y con nueva lozanía florecidas producen yemas, se dice que al instante la hierba de la cruz se seca con funesta aridez y conserva por largo tiempo el calor, hasta tanto que el agotamiento devaste nuevamente las demás yugadas. Cual suele el lozano sauce abrir las sombrosas frondas en la estación invernal y, de abundosa hoja revestido, extender por los aires las pomposas ramas, cuando los reverdecidos campos sonríen con el copioso césped, secarse todo amarillento, agostadas las hojas; así la abundosa hierba de la cruz, del sol tostada, se la ha visto marchitarse al tiempo en que el resto del campo reverdece, y florecer de nuevo, una vez consumida la frondosidad de los campos.

Ni habrás de maravillarte menos de un prodigio, inaudito ciertamente, con el cual el árbol, como taladrado por agudos clavos, produce continuamente en lugar de clavos tres avenas, más crecidas que el resto del cesped y que reverdecen junto a él. Y aun la maravillosa cruz, rasgado el costado, muestra una abertura y señala el lugar de la herida (por la parte que la cruel lanza franqueó el corazón) con los rojos borbollones que de allí brotan. Es fama que en otro tiempo manó de allí un cristalino raudal, mediante el cual la ardiente calentura, la hiel, la pálida tabes, las asoladoras pestes y los cuerpos dolientes de cualquiera enfermedad, arrancaron a menudo eficaz medicina y ahuyentaron a las vengadoras diosas, que aceleraban la muerte. Y se dice que las salutíferas aguas, que tomaban en otro tiempo las manos de los enfermos, triunfaron de la peste y soltaron verdaderamente las ligaduras del paciente; pero que, habiéndose soterrado en las entrañas de la tierra, juntamente consigo enterraron, con gran dolor del pueblo, la salud.

El religioso vecindario del célebre pueblo, largo tiempo conmovido por estos sucesos, reuniendo por todas partes dinero, cercó con un muro la cruz, separándola del campo profano, y la honra frecuentemente con exvotos y perfumes.

Aquí tienes, oh mocedad, floreciente con los hervores de la primavera de la vida, a quien la naturaleza otorgó gozar de benigno cielo y recrear el oído con los gorjeos de las aves y contemplar las bandadas que con las matizadas alas hienden los aires y a quien el herboso campo ofrece extensamente verdes céspedes, siempre de aromosas flores esmaltados, aquí tienes los cantos con que, a la orilla del impetuoso Rhin, trataba de engañar mis negras cuitas y mis ocios. Aprende a estimar sobremanera tu fértil tierra y a explorar animosamente y examinar, observando por largo tiempo, las riquezas del campo y los excelentes dones del cielo. Con incautos ojos siga otro, a la manera de los brutos animales, los campos dorados por la febea lumbre e indolente consuma en juegos todo el tiempo. Pero tú, entre tanto, de gran viveza de entendimiento dotada, despojada de los antiguos, revístete ahora de nuevos pensamientos, y, habiendo hecho profesión de descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita en la investigación todas las fuerzas de tu ingenio y franquea tus tesoros con fructífera labor.

FIN





## RAFAEL LANDÍVAR

Nació en Santiago de los Caballeros de Guatemala en 1731 y murió en 1793 en Bolonia (Italia). Su nombre completo fue Rafael de Landívar y Ruiz de Bustamante. Hacia 1749 ingresó a la orden de la Compañía de Jesús en México y se ordenó sacerdote en 1755. Regresó a Guatemala y se desempeñó como rector en el Colegio de San Borja. En 1767 Carlos III de España decreta la expulsión de los jesuitas de los territorios bajo su dominio.

En el exilio, Landívar escribe con gran nostalgia su *Rusticatio Mexicana* en latín eclesiástico, la cual consta, en su edición final, de quince libros y un apéndice. Se trata de una obra magna, de un total de 5,348 versos, que fue publicada en Bolonia en 1782.





## CONTENIDO

Carta del Dr. Alejandro Giammattei a los lectores .....	7
Lecturas Bicentenarias: Un recorrido histórico por las letras guatemaltecas .....	9
Presentación editorial .....	11

### RUSTICATIO MEXICANA (SELECCIÓN)

Al que leyere .....	19
Dedicatoria: A la ciudad de Guatemala .....	25
Advertencia .....	27

### LIBRO PRIMERO

Los lagos mexicanos.....	31
--------------------------	----

### LIBRO TERCERO

Las cataratas guatemaltecas.....	45
----------------------------------	----

### LIBRO CUARTO

La cochinilla y la púrpura.....	57
---------------------------------	----

### LIBRO QUINTO

El añil .....	69
---------------	----

## LIBRO SÉPTIMO

Las minas de plata y de oro ..... 79

## LIBRO OCTAVO

Beneficio de la plata y del oro..... 91

## LIBRO NOVENO

El azúcar ..... 103

## LIBRO DÉCIMO

Los ganados mayores ..... 117

## LIBRO DUODÉCIMO

Las fuentes..... 129

## LIBRO DECIMOTERCIO

Las aves ..... 143

## LIBRO DECIMOQUINTO

Los juegos..... 157

## APÉNDICE

La cruz de Tepic..... 169

Rafael Landívar ..... 175

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN  
LECTURAS BICENTENARIAS

01 \* *Popol Vuh*

(Traducción de Francisco Ximénez)

02 \* *Rusticatio Mexicana*

Rafael Landívar

(Selección de Francisco Morales Santos)

Traducción de Ignacio Loureda)

03 \* *Poesía Periodismo Personaje*

María Josefa García Granados

(Selección de Enrique Noriega)

04 \* *Poesías*

José Batres Montúfar

05 \* *Cuadros de costumbres guatemaltecas*

José Milla y Vidaurre

06 \* *El despertar del alma*

Enrique Gómez Carrillo

07 \* *Poesía de Luis Cardoza y Aragón*

(Selección de Enrique Noriega)

08 \* *La Oficina de Paz de Orolandia*

Rafael Arévalo Martínez

09 \* *Romances de la barriada*

Manuel José Arce y Valladares

10 \* *Cuentos*

César Brañas

(Selección de Francisco Morales Santos)

11 \* *El Señor Presidente*  
Miguel Ángel Asturias

12 \* *El Resucitado*  
José Humberto Hernández Cobos  
(Estudio preliminar de Delia Quiñónez)

13 \* *La Oveja negra y demás fábulas*  
Augusto Monterroso

14 \* *Antología personal de poesía*  
Margarita Carrera

15 \* *Cuentos de Joyabaj*  
Francisco Méndez

16 \* *Cárcel de árboles*  
Rodrigo Rey Rosa

17 \* *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas*  
Sabino Esteban Francisco

18 \* *Poemas grises*  
Isabel de los Ángeles Ruano

19 \* *Eva y el tiempo*  
Lorena Flores Moscoso

20 \* *Esta desnuda playa*  
Ana María Rodas

21 \* *La Independencia:  
Su bicentenario (1821-2021)*  
Enrique Noriega



*Rusticatio Mexicana* de Rafael Landívar, se terminó de imprimir en los talleres de Grupo Impresos Unidos S. A. (6.<sup>a</sup> calle 11-17 zona 2, Ciudad de Guatemala) mes de noviembre de 2021, a 200 años de fundación de la República de Guatemala. El tiraje fue de 1,000 ejemplares, impresos sobre papel bond *beige* de 75 g.



**ESTE MAGNO POEMA**, escrito originalmente en latín por el jesuita Rafael Landívar, es una de las obras que exaltan la flora, la fauna y los medios de producción agrícola y ganadera de la Nueva España. La *Rusticatio Mexicana* (1781) versa sobre los campos de Guatemala y México que, según explica del autor:

*Intitulé este poema Rusticatio Mexicana, ya porque casi todo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.*

El poema está dividido en quince libros (de los cuales hemos seleccionado once) y un apéndice. En esta edición, se ofrece al lector la traducción en prosa de Ignacio Loureda, fiel a la segunda edición de la obra original publicada en Bolonia (Italia) en 1782.

**LECTURAS BICENTENARIAS** es una colección conmemorativa impulsada por el Ministerio de Cultura y Deportes a través de Editorial Cultura y del Banco de los Trabajadores. Los libros seleccionados conforman una pequeña muestra de las obras fundamentales de la literatura guatemalteca de los últimos siglos; con la intención de alimentar el catálogo de la red nacional de bibliotecas públicas de Guatemala, así como para el deleite de los lectores que deseen conocer su presente, a través de las voces de grandes mujeres y hombres que trascendieron a su tiempo por medio de la palabra que hoy nos convoca, para nombrar a este país desde el entramado de la memoria colectiva.

ISBN: 978-9929-774-42-1



9 789929 774421



**GOBIERNO de  
GUATEMALA**  
DR. ALEJANDRO GIAMMATTEI

MINISTERIO DE  
CULTURA Y  
DEPORTES



**BANTRAB**